

JOSÉ RIVERA RAMÍREZ

DE LA MUERTE Y LA VIDA

FUNDACIÓN “JOSÉ RIVERA”  
TOLEDO, 2004

Nihil Obstat

Imprimatur

2004

## INTRODUCCIÓN

El paso de Don José Rivera por la tierra ha representado una explosión de caridad. Su único, absoluto y radical Amor ha sido Dios, las Personas Divinas. Y envuelto en ese Amor ha podido amar a todos como pocos hombres lo han hecho. El lenguaje de los enamorados es siempre un lenguaje de totalidad... el “*sólo Dios basta*” de Santa Teresa, el “*todo lo estimo basura en comparación a Cristo*” de San Pablo...

La pasión de Don José durante su vida terrenal ha sido la unión con Dios, el vivir en Dios, es decir, el morir a todo lo que le separara de Dios. Y el culmen de este caminar es la muerte, el paso a la Casa del Padre, cuya única Palabra lo es de Salvación...; es el hombre el que dice sí o no a esta Palabra del Padre.

En este nuevo Cuaderno hemos recogido diversas reflexiones de Don José acerca de la muerte y la vida. La personalidad sacerdotal de Don José, su celebración cotidiana del Misterio de la Muerte y Resurrección de Cristo, ha empapado su existencia de pasión por la vida eterna. No sucede de otro modo en cualquier sacerdote, en cualquier bautizado que tenga conciencia de su identidad. Pero Don José ha dejado iluminar esta conciencia por el Espíritu de tal modo que hasta de una manera casi sensible los que le conocieron percibían en él el hombre que “veía” la Realidad que predicaba.

Este vivir en Dios caminando aun en el tiempo le ha capacitado singularmente para hablar de la muerte bajo el signo de la fe, transmitiendo una desconcertante esperanza. Toda su vida ha sido un “*vivir muriendo*”; todo su acuciante apostolado, su penitencia expiatoria, sus acciones amorosas, sus gritos proféticos, han tenido un objeto: “*que todos se salven...*”

Don José ha experimentado en su andadura terrena que no estaba solo: Dios, los ángeles, los santos de toda época, las gentes que trató y que iban marchando... Todo le hablaba de la muerte y de la Vida.

Estas vivencias de Don José han sido motivo para reflexiones explícitas expresadas en su Diario y en los Cuadernos de Estudio. Así hemos podido entresacar diversos fragmentos en que se reflejan sus meditaciones sobre la muerte, su deseo del cielo, la relación de la muerte con la santificación y la personalización plena, la relación con los salvados y su carácter de intercesores, el purgatorio y el infierno, el temor a la muerte, la preparación de su propia muerte como máximo acto vital, etc...

La peculiaridad de estos textos, como del resto de los escritos de Don José, es que no se trata de un estudio “objetivo”, en el sentido de

mostrar una doctrina sistematizada firmada por un autor. No. Son las vivencias interiores y personalísimas de Don José las que nos iluminan sobre este tremendo misterio. Su hablar en primera persona, sus referencias a personas muy cercanas para él, su inquietud por su propia responsabilidad y fidelidad sacerdotales a favor de los demás, su confianza absoluta en Dios, su deseo de plenitud –deseo desbordante de una plenitud desbordante-,... todo esto es un tesoro para cada uno de nosotros, pues la muerte de cada uno es radicalmente personal e irrepetible: Dios nos pone delante un testigo que indica con su vida cómo vive la muerte un cristiano.

Don José marchó a la Casa del Padre en 1991... pero hacía ya mucho tiempo que vivía como entre los dos mundos...

*“Ya estoy desarraigado. Y en medio de la gente,  
Que en necio torbellino se angustia y se fatiga  
En el gesto excesivo o en la mínima intriga  
Yo camino ligero, ya casi todo ausente.*

*Y cuando cese un día, definitivamente,  
El mandato divino que a la tierra me liga,  
No arrullará mi muerte ninguna voz amiga,  
No cerrarán mis ojos, no besarán mi frente.*

*Solitario camino, ágil, libre, jocundo,  
Abiertos a mis ojos senderos de otro mundo,  
Cubriendo mi vereda del Señor al Señor.*

*Y cuando solitario mi hombre carnal sucumba  
Acaso ni siquiera me den los hombres tumba,  
Mas gozará mi espíritu la Verdad del Amor!”*

## MUERTE Y SANTIDAD

### CONSUMACIÓN DE LA PERSONALIDAD

**Día 18 de Febrero `90**

Oración de 6,15 a 7,15. Luego habré de buscar otra hora y media durante el día. Anoche regresé del viaje de Talavera-Fuenlabrada-Peñalsordo...

Claro está, el acontecimiento incomparablemente mayor de este breve período, ha sido la muerte de Paula María, juntamente con las Misas celebradas en cada jornada. Por la presencia de la muerte y la resurrección de Cristo. Pues digo bien con reiteración superlativa, que tal obra última del Señor, se realiza en los sacramentos y en la muerte de cada cristiano. Pero lo mismo que para mí -y como miembro de la Iglesia en su condición terrena-, la Misa que yo celebro es para mí la mayor cercanía, el don más alto, igualmente sucede con la muerte de una u otra persona. Y es evidente que hasta ahora, a lo largo de toda mi carrera en este mundo, la persona más próxima, en quien verdaderamente se iba fraguando la unidad cristiana, es Paula María.

Proyectando escribirla al retorno del viaje, había compuesto el martes, o el mismo miércoles de mañana, el poema tantas veces reclamado, del cual tenía ya la primera estrofa. Aún falto de pulimento, lo copio aquí, tal como lo tengo escrito en un cuaderno:

Y no habría tristeza  
si con pasos más raudos que los míos,  
antes que yo alcanzaras los umbrales  
fríos, rígidos, blancos, de la muerte.

Y no habría tristeza  
si a mi paso de carga acostumbrado,  
me adelanto al asalto enfebrecido  
de la fosa o la hoguera de la muerte.  
Ni me apena siquiera el pensamiento  
de haber vivido en este mundo ignotos,  
con esta carne que conoce cuerpos,  
que fuego abrasará, comerá tierra.

Para el eterno amor, inquebrantable,  
solamente la imagen espantosa  
ocurre a veces, de lo ya imposible:

que no hubieras nacido, no vivido,  
y fuera sueño la unidad eterna.

Efectivamente, la muerte de ella, es solamente un progreso en la unidad. Pues no más que mi infidelidad a Cristo, mi negación de la vida, podría separarnos. Definitivamente salvada, ella no opondrá nada al progreso en unidad, tantas veces enunciada, deseada. Viceversa: ahora colabora ininterrumpidamente conmigo. Presencia continua, ya sin riesgos. En este mundo el cuerpo une, como instrumento, pero separa a la vez. Por la imposibilidad de la cercanía continua; por la dificultad del entendimiento; por la inevitable tendencia a modos de uniones aparentes, reales rupturas de la unidad personal únicamente posible.

[...]

No he sentido tristeza alguna. No puedo dudar en absoluto de su salvación; como no dudo de tantas cosas, que sin ser objeto de revelación particular, son ciertas en sí, a la luz de la fe. Y entonces para mi estilo de existencia, declaradamente eterno, existencia de una persona eterna, la muerte correspondiente a la persona, la muerte en cristiano, no separa, une. Mucho mejor saberla salvada, que en sus lejanos lugares terrenos. Claro que esto no se le puede decir a casi nadie... Responden que lo sentimos, quieren decir: emocionalmente nos apenamos, porque somos hombres. Pero la realidad la expresa Ignacio de Antioquía, caminando al martirio: entonces seré hombre. Y sí, mil veces, hemos pensado juntos que la unión es personal, y la persona crece en unidad, en la medida que crece en su elaboración personal cada uno, la muerte es un paso, de calidad suprema, en la construcción de la unidad. Algo así como si la mitad mía estuviera ya para siempre segura.

Vine ayer meditando en el purgatorio; pues la certeza de la salvación, no excluye la posibilidad de indigencia de purificaciones. La unidad no se rompe por eso; pero lo mismo que escribía la otra, la última mañana, me da miedo el purgatorio; me pasa para ella. Impulso a una forma de vida mucho más rica en expiación por ella y por mí... y por cada una de las personas que forman unidad con nosotros.

Radicalmente lo más importante, lo capital, es la Misa diaria; pero en totalidad, lo más importante es la "buena muerte", la muerte en gracia. Ahora es mucho más real, la "convivencia", la unidad en los cumplimientos de la misión; ella salvada, yo "trabajando en ella -la mía, la de tantos, la de la Iglesia diocesana, la Iglesia universal- con temor y temblor". En las muertes de papá y mamá pude constatar la realidad de la fe, la realidad de mi fe; pero ahora la constato con mucha más energía. Pues si ellos estaban terrenamente en las raíces de mi vida -si ellos eran las raíces de mi vida, en su

colaboración con Dios-, Paula María ha estado en convivencia en casi toda mi vida, desde poco después de la ordenación...

Esta muerte es motivo de crecimiento en la esperanza; no para ella - porque donde hay consecución no hay ya esperanza- sino para mí y para tantos otros.

Ella está ciertamente en el gozo de la unión con Cristo, incluso si todavía está en sufrimientos indudablemente purificadores. No puede padecer más sufrimientos de los que manan de la caridad: purificadores. A salvo de tantas tristezas, más o menos tontas y sin sentido, de este mundo... Y eso es causa de alegría.

Me ayuda a entender la presencia de la Iglesia celeste, en las faenas de los hombres de Iglesia que aún estamos aquí, a este lado del reino de la muerte, experimentando las resultas del pecado.

Lo que escribo es todo verdad sin más. No he sentido pena ninguna - excepto esa posibilidad de su actual purgatorio-; pero escribir es sumamente frío. Porque estas realidades de que trato son indecibles.

Esperamos los frutos... y esperamos la muerte mía: no debe de ser mucho egoísmo, porque la esperanza tiene también contenido individual. Pero estoy harto, más y más harto, del modo de vida terreno. De manera que la esperanza tiene también este matiz de liberación de una morada inhóspita. Liberación que, en ella, he recibido ya.

Entiendo, mejor que nunca, la frase del Señor: "si me amaréis os alegraréis, porque voy al Padre". Y además, El, y por El y con El, cada uno que muera, va "a prepararnos la morada" con el Padre.

Ahora por la tarde, de 6,15 a 7,45, completo el tiempo de oración acostumbrado: las dos partes del rosario, vísperas, y meditaciones... Con las interrupciones "normales".

Leídos los exámenes y puestas las notas. Aborrecible tarea, y triste, pues descubre las imperfecciones de los alumnos... y de nuestros métodos. Y el anquilosamiento del conjunto de profesores, incapaces de mejorar sistemas.

Muerte de Pepita Gómez Moreno, mi primera profesora. Como es normal a mis años, voy perdiendo continuamente compañeros de viaje por la tierra. Dos motivos perceptibles para prolongar la etapa: la propia santificación.

La muerte -nada teórico-; la muerte es siempre la actividad de una persona, y debe ser la actividad de Cristo que vive en ella. Sólo puede entenderse en la Iglesia: y sólo como presencia especial de Cristo, venida agraciadora a su Iglesia; ofrecimiento de vivificación... Por ser participación de la suya... y producir la resurrección. Misterio: naturalmente sabemos muy

poco: y aún no sabemos lo que seremos, porque le conoceremos tal como es...

Debemos meditar mucho más en este misterio, que tiene como en Cristo, doble rostro: muerte-resurrección. Trivialización en la misma liturgia, tal como se ejecuta. Pensar en la revitalización en torno del acto vital más importante de la persona humana, después de la concepción-nacimiento-bautismo.

## **Día 19 de Febrero**

Oración de 6 a 7. En el oficio de lectura, las declaraciones del Eclesiastés sobre la vanidad de las cosas: cazar viento - apacentarse de viento. Entendido a la luz de la revelación, desde la fe, sigue siendo exacta la apreciación. Y luego las exposiciones de S. Gregorio de Nisa en la segunda lectura: tener la mirada en Cristo, nuestra Cabeza, donde no hay tinieblas. Cita a S. Pablo, y rigurosamente diremos, no ya tener puestos los ojos en nuestra Cabeza, sino dejar que nuestros ojos sean el instrumento de nuestra Cabeza. No mirar a Cristo, sino dejar que Cristo mire con nuestros ojos. La mirada de Cristo ve la realidad que El mismo está creando y señorea; y crea la verdad que todavía no existía, sino que comienza a existir precisamente por nuestra mirada. Pues la mirada del cristiano es creadora. Tal es la fe: creer lo que no vimos, y crear lo que todavía no habíamos visto, porque no era... Y eso ya no es vanidad ni apacentarse del viento, sino viceversa, apacentar a los demás, e incluso a mí mismo, del alimento substancioso, sabroso, succulento, que yo mismo como miembro del Creador, creo...

Actitud que produce, claro está, sensación de necesidad al necio. Y así lo esclarece S. Gregorio, refiriéndose a S. Pablo. Que se proclama "necio por Cristo". Lo que interpreta el comentarista: "que es decir: nosotros somos ciegos con relación a la vista de este mundo, porque miramos hacia arriba y tenemos los ojos puestos en la cabeza. Por esto vivía privado de hogar y de mesa, pobre, errante, desnudo, padeciendo hambre y sed"...

## **Día 20 de Febrero**

Oración de 5 a 6,45. Muchas ideas, ¡como siempre!, pero dos particularmente intensas: la relación íntima con la Iglesia de los ya salvados, vivan en el cielo o todavía en el purgatorio. La presencia, realísima de P.M. Y ello me muestra el valor de las realidades que van sucediendo como dones divinos. Claro, si digo por ahí, que para mí es un favor divino su muerte... Pero así es. No voy a pretender que Dios ha dispuesto su muerte -con tantos compañeros- para hacerme a mí un favor. Nos lo ha hecho a los dos, y más

favorecida queda ella; pero tales conexiones no son ningún problema para El. Ya debo de haberlo escrito: es la primera vez que una persona de mi absoluta intimidad, que ha ido realizando la unidad en la tierra -progresiva y faliblemente, como siempre digo- [...] pasa los umbrales del cielo: la muerte. Y por lo mismo, lo que para ella puede ser un purgatorio, [...] debe serlo para mí también. Una invitación a la purificación individual, y extendida en el deseo y el testimonio, a tantos otros. Con el misterio del gozo simultáneo. No se trata de "encomendarme" a ella; sino de contar, como cuento más y más, con esa colaboración que ella deseaba en la tierra, y que ahora le es tan hacedera... y tan protectora. Pues ya -hasta que yo también muera- se nos han invertido los papeles. Mas espero, debo esperar, que tal actitud crezca y se extienda en cuanto a la reiteración del darme cuenta; en cuanto a la aplicación a otras muchas personas.

## **Día 25 de Febrero `90**

Debo revolver esta mezcla de oración-estudio, a que soy tan propenso. Y desde luego intensificar la atención al estudio. Lejos de disminuir la dedicación con la edad, he de redoblar el vigor de mi estudiosidad.

Pienso que voy entendiendo mejor, esta conciencia y sensación de necesidad de estudio, siempre sentida. El cultivo del trato personal individual, no merma su importancia en mi estima. Pero ahora pueden llevarlo a cabo un buen grupo de "colaboradores". Mientras que el pensamiento... nadie puede pensar por mí.

Supuesta la exactitud de mi pensamiento: la palabra de Dios es ante todo la persona humana, partiendo de la humanidad, personalmente divina, del Señor; y siendo la muerte el acto personal más denso, más personal, de la persona humana, y signo de la vida de Cristo en nosotros, es normal que una de las maneras más claras y fuertes, con que me ha hablado Cristo en toda mi vida, haya sido la muerte de Paula María. Sus caracteres de signo a mi personalidad total, no se han dado nunca como en ella. Pues alude a mi personalidad total, a la parte más larga y más intensa del desenvolvimiento de mi personalidad, por eso la considero gracia singularísima para los dos... que somos dos en un sólo Espíritu... Lo que naturalmente he de experimentar de todos a partir de Cristo, pero no menos naturalmente lo experimento de manera superlativa, en mi relación con ella. No hay exageración en decir que, verosíblemente, marque el principio de crecimiento sobremanera notable. Lo fundamental, presente, es la muerte-resurrección de Cristo... y la Iglesia, y la eucaristía; pero todo ello se me significa soberanamente en esta

palabra singular. Que, por lo mismo, me abre la inteligencia a la muerte-resurrección de Cristo, a la Iglesia, a la eucaristía... Simplemente, me entero con cierta plenitud, con experiencia más cercana a la totalidad, de lo que llevo diciendo hace años: que la muerte de Cristo se hace presente en la muerte del cristiano...

No la muerte mía, individual, en primer término, con su secuela intelectual: todo se acaba; sino la muerte de Cristo, con su secuela intelectual-volitiva-sensible: todo hombre está llamado a resucitar en Cristo.

## **Día 26 de Abril `87**

La vida escondida en Cristo... Las cosas de arriba... Vivir esta vida no consiste en apartarse de las realizaciones de la condición actual, terrena; sino en que tales realizaciones sean siempre símbolo de Cristo resucitado y de sus operaciones sobrenaturales... Ejemplo de la presencia eucarística...

Y nada tiene de extraño que, vez por vez, los espectadores no entiendan el símbolo y se queden en la realidad simbólica, significante... Pues el testimonio en suma es el testigo mismo, no necesariamente cada uno de sus actos. Y eso incluso para sí mismo. Pues la elección inmutable divina, para los progresos en la condición terrena, es perfeccionar la vida con ocasión de la muerte, de la enfermedad, de la flaqueza... que se manifiesta antes a los ojos carnales...

Debo cuidar más el sentido simbólico de mis operaciones y artefactos, pero sobre todo cuidando de mi actitud interior, y solamente después, de la expresividad de tales operaciones y artefactos... La iluminación interior -atracción del Padre- le corresponde a EL, no a mí, salvo en cuanto impetro con oración, cruz, merecimientos... en una palabra: haciendo presente -dejando que se haga presente- el sacrificio de Jesucristo...

Creo que debo proseguir, en los estudios y lecturas, la tesitura y marcha actual: abundancia, "robando" deliberadamente ratos a posibles conversaciones, variedad, espontaneidad... Advierto enriquecimiento de ideas que tienden a expresarse en palabras y en obras. Muy notable.

Observo, frente a los escritos de Juan XXIII, una visión de la vida muy peculiar, favorecida seguramente por mi talante intelectual. No pienso que debe apresurarme al cumplimiento de un menester, la cercanía de la muerte física; no puedo pensarla como detención o consumación de nada mío; en cuanto a mi individualidad la siento eterna... En cuanto a los menesteres, son eclesiales, no tengo que realizarlos yo: dejar tal grupo formado, tal idea expresada... Conciencia de sembrador; pero mientras dure el mundo terreno... indiferente sembrar en esta condición o en la celeste.

Solamente que la muerte, en el plan de Dios, debe llegarme cuando sea capaz de asumirla personalmente bajo la operación del Espíritu Santo. Esperanza e incluso prisa; pero la única faena que apresura es precisamente la de morir bien también, es decir: de manera que la muerte mía sea la muerte de Cristo en mí; la presencia del acto sumo del sacrificio del Señor, vivificante de modo principal y supremo...

## **Día 22 de Mayo `87**

Morir dentro de la Iglesia católica -frase de Carmen Castro respecto de Zubiri-, hablando claro, exactamente, no es morir. Es crecer en vitalidad. No me asusta la muerte, y de momento me asusta mucho menos el juicio. Pero todavía no puedo desear la "muerte" sin más; sino con el prólogo de un estilo de vida mucho más cristiano, más "ministerial", durante no poco tiempo, y durante un tiempo breve, pero muy intensamente "vivido". Y no acabo de alcanzar, de recibir, tal etilo de vida, en esta condición terrena...

Es notorio que, en el designio divino, ha de haber personas que laboren en esta condición, en la Iglesia del mundo, en este mundo; pero yo no me reconozco necesario en ella. Por eso, supuesto que se me diera a elegir, preferiría la conversión pronta y la muerte cercana, muy cercana en el tiempo.

Pero, desde luego, con esa conversión total previa.

Muy curiosos me resultan estos choques continuos, con personas palmariamente queridas, y con las cuales entramos en minúsculos y ridículos conflictos en las superficies. Algo así como, sin afectar a la salud, sufrimos golpes y menudos dolores en reiterados encontronazos con los objetos de uso cotidiano, de los cuales no queremos prescindir en modo alguno... Nuestra torpeza corporal... la misma origina tales insignificantes peleas y dolores psicológicos. La única solución, probablemente, es la paciencia, ante todo con nosotros mismos. La eliminación total de los choques aludidos, incluye un señorío de los movimientos corporales, en sus consecuencias psicológicas, que sólo puede dar la espiritualización total de la persona. La santidad plena.

Claro: es el punto de llegada, la deseable y deseada cima altísima, hacia la que nos conduce y nos va subiendo paulatinamente, dolorosamente, el Espíritu Santo. Cuando las reacciones defensivas egoístas se hayan tornado en reacciones de puro dolor por las imperfecciones ajenas, que ya no se sienten de ninguna manera como ajenas, sino más propias que las mismas sensaciones corporales, puesto que el alma del "otro" me es más próxima a mi propio espíritu, que el cuerpo que me reviste en su condición terrena. Ya

experimento que me dirijo allá; pero todavía falta camino, y todavía la andadura es lenta, muy lenta, demasiado lenta sin duda... Necesidad apremiante de acelerar el paso... y ello mismo es fruto solamente posible al Espíritu...

## SANTIFICACIÓN

**Día 23 de Abril `87**

Dos disposiciones ante la satisfacción: gozo del sufrimiento evitado (infierno, purgatorio) - dolor de los pecados... Es lo esencial, y nunca el confesor podrá imponer penitencia proporcionada...

Nínie destruida... por el pesar del pecado: tal es la destrucción del pecador, que Dios ansía...

(Anoto por mi cuenta: ni para mí, ni para los demás, advierto por lo común que nuestras austeridades son estrictamente debidas... Que Cristo de hecho ha sufrido psicológicamente y corporalmente por nosotros; y que le debemos la participación en sus dolores por nuestros pecados. Que el menester de cirineos nos corresponde en mera justicia; que además debemos, por "deuda ontológica", padecer por los pecados ajenos; que sería muy poco amor divino el no capacitarnos para tal faena, el no invitarnos a ella... Y que no podemos hablar como si nunca hubiéramos pecado... No se trata de obras supererogatorias, sino que la oración, la limosna y el ayuno nos son tan necesarios como el respirar, comer, etc... o tomar medicinas... o seguir un régimen saludable de nutrición...)

Unos no piensan en la conversión - otros la difieren - otros la emprenden débilmente...

El busilis está en creer que es posible -que es necesaria-. Y se requiere atractivo, estímulo, para acometerla con determinación y fortaleza. Dios eleva lo natural, lo realmente natural, que él mismo crea.

(Las operaciones divinas levantan lo creado; pero no lo destruyen jamás: parirá una estéril; pero no dejará de concebir la fecunda... Castigos parciales: la ceguera de Elimas... y bien raros...)

Podemos construir el vicio; no podemos, con las solas fuerzas naturales, destruirle sin esfuerzo; (podemos rompernos un brazo; no sanarlo; aunque la expresión aparente actividad positiva, realmente el vicio es negación). Pero podemos recibir la energía para reconstruirnos...

Una pasión vence fácilmente a otra; la razón vence difícilmente las pasiones; la actividad de Cristo ordena suavemente todo... pero quiere que participemos, con matiz de combate...

Sobre el ardor de la penitencia: Jesucristo quiere ser urgido: luego nos urge, a convertirnos. La conciencia de necesidad, título infalible para abordarla. No hay nada que deliberar: es absolutamente claro: hay que convertirse ya.

En las parábola del Buen Pastor encontramos que Cristo nos busca, nos encuentra, nos toma sobre sus espaldas...

En cada zona se da lo que señala Bossuet: el bien prometido no es todavía sensible; el mal del desprendimiento es demasiado sensible. Hasta turba el juicio... Huimos los acercamientos del Señor. Encontramos pretextos para dilatar el encuentro con El. No olvidar que, en el camino de la santificación, si no se avanza, se retrocede; si no se sube, se recae, se languidece, se muere... Si no se hace todo, nada se hace; caminar lentamente es arredrarse...

Tales realidades, contempladas, ante los ojos, nos guían, nos alivian, nos deleitan; atrás, nos sirven de carga... Es preciso sentir aflicción, invocar entonces a Cristo... y así se experimenta la salvación.

División del pecador: debilidad consiguiente: impotencia... gracia. Un momento perdido, es haber comenzado demasiado tarde... Y se nos escapan años enteros. Esterilidad de nuestras vidas.

El tiempo perdido, si no es prontamente llorado, nos anquilosa. Una pasión nos remite a otra; el tiempo no trabaja por nuestra santificación: hemos de ser nosotros quienes trabajemos. Y todavía advertir que tal vez la salvación podamos esperarla; pero la santificación... la perfección, la fecundidad destinada...

La cólera divina es el celo de su amor; son las gracias rechazadas las causas de nuestros tormentos... Y la raíz está tocada ya por el hacha... "la cognée s'applique toujours par le bienfait même; et la

Escribo ahora a las 8,25 de la tarde, ante el Señor sacramentado, en exposición mayor. Medito sobre la muerte. Mayor presencia de esta realidad: conciencia de la eternidad de mi persona, de la naturaleza transitoria de la muerte...

Pero en todo caso, no pierde la realidad de paso a lo definitivo.

He de estar siempre preparado, porque así lo dice el Señor mismo. Y no lo estoy: dispuesto para la entrada inmediata al Padre...

Porque soy responsable de muchas muertes. Multitud de personas morirán de una u otra manera, según me relacione yo con ellas...

Presencia de la muerte en las muertes de otros miembros - en el desgaste incesante de mi cuerpo...

La conciencia de la muerte me sirve, ante todo: para casos extremos: evitar posibles peligros de pecado o de establecimiento en lo mediocre. Y

sobre todo, para urgirme a crecer raudamente, pues no es ni siquiera exageración, decir que no puede ya estar lejos...

Posibilidad pavorosa: morir sin alcanzar la perfección. Mas ¿por qué tal pavor no me acucia continuamente?

Y la personalidad de quien sea... sus peligros parejos a los míos...

Implorar la conciencia y el sentimiento de urgencia, que no se me oscurezcan jamás...

La muerte como presencia del sacrificio de Cristo: muere en sus miembros...

La muerte como última Misa en la tierra... mi muerte, claro...

La Misa de cada día, como presencia de mi muerte pregustada...

Las Misas que se celebran dondequiera, presencia de mi muerte... en Cristo...

Cada renuncia, cada brecha abierta en mi egoísmo, en mi temperamento, es un avance simultáneo de la Vida y de la muerte... Solamente el aspecto "muerte", referido a la "persona" y no meramente al individuo, carece de substancia, de realidad. Es mera sensación psicológica: pues aquella realidad a que se renuncia, no me corresponde personalmente, y por tanto no puedo decir con realismo que renuncio a ella: mejor: caigo en la cuenta de que no me conviene, no me sienta bien, no me nutre... y más todavía: me desordena, me destruye, me apesadumbra y apena...

Celo pastoral: para muchos el momento de la muerte significa la muerte real: instalación definitiva en la lejanía de Dios: infierno.

Lo desesperante: ideas claramente contempladas, gozosamente contempladas, en su realidad y en su dinamismo, luego no me mueven a la hora de la acción... Verdad que habrá seguramente movimientos no reconocidos, y, viceversa, muchos movimientos contrarios no se producirán, gracias a la contemplación de tales realidades...

## **Día 29 de Abril `87**

Oración de 4,45 a 6,45. Advierto que llevo bastantes días orando puntual y largamente a estas tempranas horas. Y doy gracias a Dios, pues lo estimo óptimo para la seguridad del progreso, y óptimo en sí mismo: poder conversar un par de horas largas, cotidianamente con el Señor... Sin interrupción alguna en este altísimo menester, hondísima y anchísimamente fructuoso...

Hoy tomo -después de breves reflexiones acerca del salmo primero- los párrafos señalados del "Jueves Santo" de Bossuet.

La Pascua: el paso. Preciso "pasar" con el Señor... "Espiritualidad de las dos vías". Pero en el nuevo modo de unión con Dios, en Cristo, el camino es Cristo mismo: Camino que marcha, por el cual, simultáneamente, se va y se es llevado: la corriente del río...

Pasa el mundo (Jn. ep 1. 2,17), la figura del mundo (I Cor 7,31). Pasa Jesús al Padre (Jn. 13,1); pasa siendo traspasado... muriendo en la cruz: y nosotros morimos con él (cotidie morior: I Cor. 15,31).

Sentido muy peculiar de la palabra pasar en el NT. Alusiones al paso en el mundo: pasar haciendo caminos... Ay, señora, somos nosotros los que pasamos... Se va la vida, se va y no vuelve... La Nochebuena se viene...

Todo ello falso, si nosotros queremos simplemente ser. Entonces nuestro paso es meramente nuestro crecimiento: nuestra glorificación: sabiendo que era llegada la hora: "su hora", la hora de la glorificación (contraste: hora de mi corazón: la hora de una esperanza y una desesperación), sabiendo que el Padre había puesto en sus manos todas las cosas, y que había salido de Dios y a Dios volvía... Pero: el Padre está siempre conmigo... Yo estoy en el Padre y el Padre en mí...

Tal es la conciencia nuestra, la que nos pertenece, nos corresponde: tal es nuestro paso: crecimiento de la conciencia de nuestra realidad -y eso es crecimiento de nuestra realidad- de ahí el paso es que van desmoronándose, o van siendo derrumbados los obstáculos: tapias

Sucede que tales tapias y velos están arraigados en nosotros mismos, y por eso el traspasarlos -el romperlos- consiste en ser traspasados en carne propia viva, en ser rotos, y por eso duele...

Realmente pasar, ser trasladados, desvanecerse, no es nuestro, sino de las cosas, del tiempo... Pero nuestra condición de pecadores nos ha hecho consolidarnos con el tiempo y con las realidades pasajeras... Y por eso las padecemos al pasar... Y si nos autoafirmamos en ellas pasamos con ellas, somos destruidos, nos desvanecemos con ellas...

Pero entender que el Padre ha puesto todas las cosas en nuestras manos, (el párrafo de los lirios... la oración del alma enamorada)... Y pasamos construyendo... somos contruidos construyendo, como el órgano corporal se desarrolla, se vivifica vivificando...

Notar que la relación con las cosas y los sucesos del mundo, que a veces intentamos explicar a todos, para defendernos de sus acusaciones, expuesta desde este deseo defensivo, egoísta, es tan necia, como explicar nuestra conducta de adultos a un niño pequeño, a un enfermo mental. Las conversaciones con un desequilibrado psicológicamente exigen, a veces, previo tratamiento: las conversaciones con un hombre carnal exigen, muchas veces, operaciones antecedentes de la gracia interior... Otra cosa es ensayar la explicación, como gracia externa respecto de esa interior: hecho así: sin

ánimo de defensa mía, sino de ayuda a él; sin estribar en esa exterioridad de la gracia, sino probando su posible eficacia, como expresión divina de la operación interior con que el Padre atrae...

## **Día 30 de Abril**

Oración de 5 a 7. Me he levantado casi una hora más tarde de lo propuesto, por causa del cansancio. Corporal, desde luego, quizás también psicológico, debido al acoso de las gentes y las tareas por hacer. Muy poco estudio.

Voy a adentrarme en este mes de Mayo con extremada susceptibilidad para mis impurezas. La fragilidad ante el tabaco, la comida, los impulsos de mi biología y mis modos maníacos. Y acaso, sobre todo, de mi irascibilidad. Claro que no se dan aquellos antiguos violentos estallidos de ira, ni son frecuentes siquiera las respuestas fuertemente airadas; pero abundan en cambio, sin que falten éstas, leves brusquedades exteriores, alteraciones del tono de la voz, impaciencias interiores que surgen a las contradicciones de mis gustos, acaso sobre todo, frente a las interrupciones de mi marcha espontánea, o a las reclamaciones inatendibles...

No es malo que lo vea, y es preciso que se me conceda, antes que nada, la capacidad de convertirlo todo en material de humildad y humillación...

Intensificar la actitud contemplativa, la petición confiada... El cansancio aludido, aparte los aspectos corporales -que se corregirían no parvamente dejando el tabaco- promana muy verosímelmente de la reiteración de tales contradicciones, del esfuerzo, aun inconsciente, que habré de poner en juego para no dejarme llevar de ellas, cuando las experimento, de las airadas respuestas que se alzan en mi interior...

Pensando en la muerte: ciertamente la muerte como mudanza de condición no me aterra, viceversa, me atrae notablemente; no la veo como mera cesación de este modo de ser, de esta condición terrena, que no experimento como satisfactoria, ni siquiera como grata. Pero sí me asusta el purgatorio y la posibilidad de terminar el período de tal condición, sin haber recibido la perfección prometida y anhelada. No siento miedo al infierno, aunque no pueda excluir su posibilidad, pero sí a los aspectos aludidos. La tragedia de no morir santo, perfectamente santo. Y aun la realidad -no ya posible, sino actualmente real- de la infertilidad, por causa de tantas culpables deficiencias. Esta aspiración al arrepentimiento, objeto de tantos ruegos y aun no impetrado. Esperar que mayo, con acercamiento a la Madre de misericordia, traiga de una vez la contrición pertinente...

Principalidad de la fe: el hombre más enérgico físicamente no dirige su esfuerzo en la dirección que estima errada, para ejercer las faenas de su oficio. No es jamás la causa de la ira, como pecado, su vigor como pasión, sino la insuficiente estimación del objeto a que ha de aplicarse. Cuando uno está persuadido de que el tono blando consigue más que el duro, usa el blando...

Y en segundo lugar, importa saber que la manera humana de ser persuadido, incluye la reflexión discursiva, ordenada, pero eso ante todo como «removens prohibens», pues el impregnarse de realidad, no es fruto del discurso, sino del contacto vital repetido y total...

## SOMOS ETERNOS

### **Día 14 de Agosto `83**

Un aspecto en que descubro matizaciones nuevas, o poco menos, es la liturgia. Debo insistir en la manifestación de Jesucristo, pero a la vez en la conciencia de mi participación, parcialmente realizada y parcialmente prometida, de los «atributos» divinos. Así el salmo 22 me ofrece una visión de cómo he de ser perfeccionado en mi personalidad pastoral. El 74 me brinda una visión de la misma personalidad, en cuanto patentice la fortaleza en muchas ocasiones. Notar que ninguna manifestación es permanente, para cada una de todas las ocasiones.

Mucho me ha influido la conciencia escatológica: insistir mucho más en ella: cada salmo, cada frase de la Escritura, cada matiz de la realidad creada, natural o sobrenatural, como revelación divina, me remite a lo eterno: eterno es lo anterior-concomitante y venidero, sin fin, para el hombre. Es actuación continua de la esperanza y desvalorización de lo temporal supervalorado. Y sin esfuerzo, y por lo general con agrado.

Nada nuevo en sí, desde luego, y en absoluto nada nuevo para mí. En realidad, y en la realización consciente, que se desarrolla por particularizaciones, de altísimo bordo.

### **Día 12 de Marzo `84**

Voy siendo más sensible -sobre todo en los momentos de las absoluciones que administro- a este misterio enorme del ser humano. En el fondo de tantas personas, aparentemente sin importancia, desfiguradas por las costumbres, por la edad, por los anquilosamientos y los mecanismos más o menos patológicos -y son la inmensa mayoría-; en los niños, en los ancianos, en los desequilibrados, en los que se estiman por normales... descubro más y más espontáneamente la faz de Cristo... que quiso pasar por este «desfiguramiento», siempre en su vida terrena y, sobre todo, en las horas de la Pasión... Y voy cobrando respeto... Cuando a un crío que se me acusa, poco menos que mecánicamente, de sus rabietas, desobediencias, olvidos de Dios; cuando a un anciano, cuya mediocridad parece irremediable, yo le lanzo la absolución de sus pecados en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo... invocando la muerte y la resurrección del Señor... ¡Qué grandeza misteriosa debe de haber en el núcleo personal tan recóndito de tales individuos...!

Y estas apariencias humanas, tan miserables en sí, que me rodean por todas partes... y esta lamentable apariencia mía, la más perceptible de todas para mí, tan reiteradamente absuelta de sus pecados, miles de veces... ¡Qué gloria eterna debe de contener, o más exactamente: debe de ser, y por lo mismo debe ser! ¡Qué dinamismo de gloria en mí mismo; en cada uno de los «otros»!. La gente es -se manifiesta- superficialmente «pesada»: unos pesamos sobre otros y constituimos así, la inmensa pesadumbre que agobia a cada uno. Mas allá, al fondo, se oculta el «peso» real: la densidad del núcleo personal: la gloria, la grandiosidad humana, de la imagen divina, eterna, filial, cristofánica, espiritual... que ha de aparecer cuando se desvanezca la figura de este mundo; la apariencia pasajera, continuamente huidiza, que nos va desgarrando al huir. Y los mismos desgarrones, que ahora nos desfiguran más todavía, van abriendo el velo que esconde la grandeza imperecedera, con su peso que la lleva, en movimiento «uniformemente acelerado», a la ostentación de la realidad absolutamente maravillosa...

La misión que me ha dado el Señor en este mundo es cabalmente formar -con El- tales maravillas. Y el modo, es la honda y extensa participación en el sufrimiento que desgarrar y desfigura... Y yo tengo todavía demasiada fachada ante mí mismo y ante los más íntimos, para laborar en la tarea.

## **EN CUERPO Y ALMA**

### **Día 29 de Marzo `67 (Estudios: Diario de Raissa Maritain)**

En la contemplación Dios "es percibido como alguien que nos toca, y no como alguien a quien se ve". Preciosa expresión, por exacta y concisa. Ver: lejanía, actividad; ser tocado: cercanía, pasividad, intimidad... (todo contacto supone alguna intimidad, v.gr. las manipulaciones quirúrgicas sobre nuestro cuerpo, suponen que, en virtud de una superioridad reconocida y benefactora, hemos permitido a otro penetrar en nuestra intimidad.

Por cierto que me ocurre, al paso, otra reflexión de relativa importancia: la merma del sentido de eternidad, que origina la repugnancia por lo definitivo, lleva a la intimidad física sin repugnancia alguna. Es decir, lo que antes era signo de algo definitivo, hoy no significa nada. La intensidad física se aumenta en proporción inversa a la espiritual, puesto que ha dejado de significarla. Desintegración humana. Pero hay que oír la garla incesante sobre la personalidad.

Objeto de la oración. Es clara la idea de Raissa: hay que fijarse en Dios mismo, apartarse de las pequeñas preocupaciones, de las mismas

ocupaciones. Hay que detenerse, contemplarle, darle gracias, adorarle... "absorta, detenido el espíritu sobre la Persona del Padre...", "el corazón se refugia junto al Padre...". Innegablemente Raissa tiene en su cabeza una intimidad ilimitada con Dios.

Raissa teme el análisis, e incluso estima un posible peligro en la lectura de Santa Teresa, abordada sin preparación.

El ejercicio de la oración no es puro medio; participa del fin. Yo pienso que se puede decir que es la fuente de todo -y eso es una expresión suficientemente significativa- para que las gentes entiendan cual debe ser su situación, ante el ejercicio contemplativo. Sin embargo, es cierto que es medio, en cuanto que toda actividad es medio para un crecimiento personal. Pero medio para la intimidad, no para la realización de actividades externas. Creo yo que en el cielo será más perfecta la actividad externa que la meramente interior, porque la armonía, plenamente establecida, entre el alma y el cuerpo causará la dichosa ejecución totalmente humana -sobrenaturalmente, divinizadamente humana- de cualquier acto. Pero aquí en la tierra, en situación itinerante, el cuerpo agrava al alma, y el alma no se significa por el cuerpo. Es decir, la integración está en proyecto, en realización, no ejecutada.

### **Día 31 de Mayo `68 (Estudios sobre Unamuno)**

La encarnación del pensamiento. En "Por dentro", canta la angustia de los hijos interiores, los pensamientos que pugnan por expresarse y que, sin embargo, al encarnarse en palabra, verbo pronunciado, que inevitablemente los reducen.

"Terrible es la palabra  
poder de mal agüero.  
Muere en ella la idea cuando nace,  
enterrada en su cuerpo.  
Como muere al dar fruto  
del todo nuestro anhelo".

Esta es la angustia auténticamente humana. Que nuestra perfección consiste -se amasa en- en la realización de una imperfección. Que siendo corpóreos, no podemos, en modo alguno, prescindir de nuestras cualidades físicas; y que, sin embargo, éstas merman nuestra perfección meramente espiritual. Que tenemos la irreprimible tendencia a la expresión, y que ésta es constitutivamente deficiente, por ser material. La escena con X.X., en esta misma alcoba, hace pocos días. Nuestra idea no da fruto, si no se manifiesta -aunque sólo sea a nosotros mismos- de alguna manera. Y esta manifestación la

disminuye, la enerva, la impurifica. El cuerpo es, indiscutiblemente, un instrumento, pero instrumento limitante. Y hay dos maneras de enfrentarse con esta realidad ineludible; dos modos parigualmente nacidos de la soberbia: la soberbia de quien desea suprimir su condición carnal, actuando como si fuera puro espíritu. La soberbia de quien se gloria de su condición carnal, tomándola por una perfección en sí. Como ya he apuntado muchas veces, la corriente actual brota de este segundo estilo de soberbia. Inexcusablemente para la angustia. La repugnancia natural a toda reflexión sobre nuestras fronteras, nuestros acotamientos. Quiéralo o no, el hombre se halla confinado en su propio cuerpo, y esto es lo que genera la peculiar e inexorable angustia humana. El pensamiento, ya de suyo limitado, no sólo se mueve dentro de lindes irremovibles, sino que al conocer las cosas superiores, las empequeñece. Hay pensamiento prócer, que al tocar los objetos materiales los sublima, y aun ese al expresarse ha de amojonarse, encajarse en la estrechez de la materia. La única actitud válida es la que presta la humildad: reconocimiento de nuestra poquedad, reconocimiento gozoso, porque tal poquedad nos posibilita, sin embargo, la unión con Dios; y humildad esperanzada -las virtudes crecen conexas!- porque el hombre espera recibir de Dios (y lo que más le place es que lo recibe de Dios) la espiritualización de su cuerpo: la gloria incluso corporal, participación de la gloria que el hombre-Cristo recibió, y recibe continua, eternamente ya, del Padre. Entonces el cuerpo no será cárcel, será instrumento, pero no confinante. Y vive en la alegría de que, en sus dimensiones fundamentales y más encumbradas, la propiedad de la expresión no guarda proporciones con la comunicación. No le importa ya al hombre no saber expresarse para sí mismo, porque sabe -saborea- que Dios le comprende; no le duele no poder expresar a los demás con justeza, lo que piensa o siente, porque sabe -saborea- que hay un fruto que es independiente del acierto en la expresión.

## **Día 6 de Julio `68 (Estudios)**

Pero lo más grave que quería expresar esta noche, una vez más, es el sentimiento de servidumbre ante las cosas, ante las iniciativas ajenas. La terrible atadura con que nos ligan los acontecimientos menudos, cotidianos. Y el asombro ante la afirmación continua, por parte de los modernos autores, del valor positivo de nuestra condición terrena. Su repulsa, airada a las veces, y a las veces reposada, serena, cargada de razón evolucionada, de que nosotros, cristianos del siglo XX, hemos superado esa platónica influencia, que llevaba a los Padres a sentirse encarcelados, reducidos en su cuerpo. Parece, sin embargo, que Pablo mismo participaba de tales visiones! Y el precio del sufrimiento de

Cristo, no es la grandeza de la Pasión de un día, sino la magnitud de un amor que le hizo asumir la forma de siervo. Esclavitud del hombre, y de la creación íntegra, a la vanidad. Esclavitud de la condición actual, que sólo Cristo es potente a romper, haciendo estallar nuestro cuerpo, para devolverlo después en situación de señorío!

## **Día 27 de Diciembre `87.**

Oración de 4,30 a 6,30. Celebraré en Santiago.

Me levanto con dolor de cabeza. Ello indicia tensiones, por leves que sean, por imperceptibles. Y es que bullen en mi interior deseos, probablemente excesivos, por desordenados, aunque sus objetos sean santos. Aceptar la propia confinación, parece faena muy dificultosa para el muy limitado ser humano. Debe de requerirse muy viva conciencia de la intimidad divina, de la "animación" por el Espíritu Santo, para alcanzar la paz total, indeficiente. Probablemente el estado celeste...

La propensión a lo infinito, a lo desmesurado para la medida humana, constitutiva del ser humano, exige conciencia actual intensísima de la propia realidad sobrenatural, para que la apertura no duela, manifestándose en soberbia, en rebeldía; sintiéndose contradicha, impedida, aprisionante... Acaso sea tarea de la vida entera. Acaso precise de la participación de la muerte de Cristo, en la muerte material propia, rompiendo todos los límites, transpasando todas las fronteras, que aquí, en el espacio y en el tiempo, se experimentan psicológicamente como dolorosos. Y en este sentido, habrá que decir que el Verbo tomó carne para romperla, para transformarla. "Esta cárcel, estos hierros, en que el alma está metida". La necesidad de las acusaciones de neoplatonismo a la experiencia cristiana de la pesadumbre de la terrena condición.

El cuerpo, humanamente animado, participa del dolor del alma al sentirse coercida en su ejercicio...

Y cuando el hombre padece cualquier falta de cualquier objeto, material o inmaterial, lo que sufre o le duele es esta coerción; este golpe de sus dinamismos fortísimos con la realidad confinante... Y él cree que son penurias o carencias de dinero, de afecto, de saberes, de poder... Lo que padece es la contradicción de su inclinación a lo indefinido, y en suma a Dios mismo, por las líneas fronterizas invencibles, intransitables en nuestra condición actual humana...

# VIVIR MURIENDO

## MEDITACIONES SOBRE LA MUERTE

**Día 5 de Mayo `76**

Me he levantado a las 7, bastante fuerte, pese a haberme acostado a las 3. Es el primer día que me encuentro relativamente entonado, después de varios impregnado por la sensación de languidez considerable.

Lo cual ha tenido una consecuencia -o, mejor dicho- lo cual ha servido de ocasión para una gracia que estimo muy notable, y cuyo alcance sólo podré calibrar a largo plazo.

Es cierto que, intelectualmente, con visión lo bastante intensa para colorear vivamente mi conversación, he visto la muerte como algo inevitable, natural y positivo. Sin embargo, maldito el efecto concreto que ha producido jamás en mí. Desde luego, me ha asustado siempre la posibilidad de morir sin ser santo. Pero esa sensación, casi continua, de vigor, de que he gozado toda mi vida (aun en las enfermedades más prolongadas y dolorosas) me ha hecho sentirla como algo exterior, algo que no iba conmigo por ahora... De súbito, hace no más un par de días o tres, ante el desfallecimiento general que me trabajaba, la incapacidad para cualquier faena, ese arrastrarme, ese tirar de mí -que ya algunas veces había experimentado, pero sin resultas interiores- me ocurrió la idea de que acaso podría morir pronto... Morir, dicho así, no me ha aterrado jamás. Tengo una conciencia de niño mimado, que incluso en las peores circunstancias -los raros momentos en que he podido pensar en un accidente de mortales consecuencias repentinas- me ha llevado a considerarme irremediablemente salvado, por ese Cristo que parece especialmente empeñado en guardarme. Mas ahora se me presenta la posibilidad de morir pronto, de morir incluso en seguida. Y lo que me viene a las mientes es la inmadurez, la posibilidad -probabilidad- del purgatorio (donde, como suelo decir, no debo tener nada que hacer), que retrasa, innecesariamente, la visión de Cristo, la unión estrecha con el Padre y con el Espíritu Santo.

Curioso, como de golpe, ideas y frases sobradamente conocidas y aun reiteradas por mí mismo, cobran nuevos fulgores, se hacen efectivas, operantes. Me ocurren en tropel las innúmeras expresiones del evangelio que nos interpelan -personalmente, claro- respecto de la posibilidad de condenación, de la vanidad de la vida, de la inanidad de los sólitos atesoramientos. ¿Para qué almacenar conocimientos, libros, experiencias, afectos, seguridades, gustos...? Atesorar en el cielo, Dios mío, atesorar en el cielo, he ahí lo único sensato...

Por lo pronto, lo que acaso me influye más es el proyecto de evitar el purgatorio. De sacudir -por su gracia, evidente, y no digo sólo con su gracia- los apegos que me atestan la personalidad entera, y los castigos que, en justicia, aun muy misericordiosa, me corresponden sin duda posible. (Sobre el derecho al castigo, como algo ineluctablemente tocante a la dignidad personal del pecador, del criminal, tengo pensado no poco). Los apegos que han de purificarse en el purgatorio nos obstaculizan el ejercicio de la caridad en la otra etapa de la vida, nos retrasan la unión con Cristo y nos impiden ayudar a los hombres que aún viven su condición terrena.

Insistir en estas ideas: mi Pentecostés puede tener esta doble faceta: desear intensamente la comunicación del Espíritu, fuego purificador, en esta próxima fiesta litúrgica -desear intensamente, más intensamente aún- la comunicación total del Espíritu en el cielo. Y para pronto.

Insistir en la oración. Pienso que, si hay un restablecimiento de fuerzas regular, puedo ordenar las cosas, con bastantes probabilidades de realización, acostándome a la 1 y durmiendo hasta las 5,30. Ello me permite estudiar un rato casi todas las noches, y orar con paz y abundancia todas las mañanas. De 6 a 8,30, es un espacio aceptable como tiempo ordinario. Luego el resto del oficio, la Misa, algunos ratos sueltos de lecturas espirituales, y los estudios teológicos, como el que desarrollo actualmente sobre la primera de San Pedro, de innegables efectos espirituales.

Insistir en la mortificación: en cuanto a la comida creo que basta con contenerme, de verdad, en los amplios proyectos de Palencia: no comer pan, no echar sal en los platos preparados, aceptar sin más lo que me pongan (esto ya lo hago, desde luego), y no tomar nada nunca fuera de las horas de comer, ni cenar más de lo acostumbrado. Y por supuesto, ayunar los viernes y las vísperas de fiesta. Pero cuidar de no dejarme llevar de esos impulsos momentáneos, que me conducen de repente a «comilonas» injustificables. Cuidar esas menudas expansiones en los viajes...

Atender a menudencias que suelo descuidar (gastos de luz... y no creo que gaste en otra cosa, aparte de algún taxi no preciso, en algunas idas a Madrid).

Desear malos ratos: dolores de cabeza, incomodidades, malestar de la espalda... No suelo ser quejica ni impaciente, pero se puede, vaya si se puede, acrecentar la tolerancia ante esas diminutas, pero después de todo casi constantes, molestias físicas. En cuanto a lo moral... puedo también ahondar en el gusto de verme contradicho, despojado de realizaciones, de libros... Y probablemente me concederá el Espíritu -no me atrevo a proyectar, ni siquiera hipotéticamente nada- la capacidad de sacrificio para atender las tareíllas múltiples e insignificantes, que surgen a cada paso y que me resultan tan onerosas: ahora mismo, el arreglo de las cuentas en Pastoral, en

la casa sacerdotal, la contestación a algunas cartas pendientes, el concierto de dos o tres visitas en Madrid.

La verdad es que, hasta ahora, mi vida transcurre de una manera un tanto curiosa: cuando no veo las cosas de cierta manera, soy impotente para hacerlas -desde luego, no las hago- y cuando las veo, dejan de costarme... Bueno, Dios se las arreglará como le parezca.

También me ocurre que las mil y pico pesetas, que me vengo a gastar al año en tabaco, no tienen tampoco sentido mayor.

He comenzado a meditar con el P. La Puente los novísimos, y voy a ir recogiendo los textos del NT sobre el tema. Y leeré algo. He tomado alguna obra del V. Orozco, y para después pienso en Venegas.

Notar que, una idea cualquiera sobrenatural vivida, no es útil solamente para mí, sino que lo es igualmente para los demás, que también han de morir como yo, y que pueden lo mismo verse necesitados de purgaciones... o de castigo eterno. Paulatinamente voy estimando más absurda la actitud, muy corriente, que sitúa el infierno en el terreno de las hipótesis poco menos que irrealizables...

## **Día 7 de Mayo**

Me levanto a las 6 -apagué a las dos- señal de fortalecimiento. Prosigo las meditaciones sobre la muerte.

La muerte debe de ser -me parece indudable- el último acto de mi vida; el definitivo. Por tanto, puedo contar sin duda, con fulgurantes gracias divinas. Y en todo caso, algunas deberían preceder al momento de la muerte, si es que ésta pudiera ser en su sentido total perfectamente repentina.

Último acto de la vida de un cristiano, significa: acto que plenifica la unión con Cristo: Cristo muere en mí, me asume en su muerte. Lo cual indica ya el sentido, la dirección: la resurrección cristiana, la ascensión de mi vida posterior por Cristo resucitado. Para siempre...

Ciertamente todo lo demás es preparatorio. Tal fue el sentido de su vida terrena. Para mí y para los demás, para cuantos, según la divina traza, hayan de recibir los influjos de mi colaboración. Si tal es la condición de mi vida en la tierra, sin duda que lo único sensato es asumirla en plenitud. Considerar la muerte como «mi hora». Y vivir conscientemente, personalmente, desde ella. Lo mismo que hizo El con la suya. Presencia del acto vital del morir, del «paso al Padre». Ciertamente el hombre vive humanamente -y como cristiano, como único hombre posible en verdad- cristianamente, en la medida que vive su proyecto vital. Esto es vivir con sentido, sola manera de vivir en realidad, y consiguientemente, de vivir la relativa bienaventuranza posible en este mundo. Ahora, el sentido de la vida

lo confiere ese postrero acto vital, impar e insustituible, que me construye - por la gracia que lleva consigo- en persona cristiana eterna. Importa pues, esencialmente, esta presencia de la muerte en el hombre viviente peregrino. No sólo ya presencia del cielo, sino presencia del acto vital, en que consiste la muerte. Y aquí constato sin más, una gruesa deficiencia de mi predicación. (También compruebo otra cosa: cómo la teología pende de la experiencia del teólogo, y cómo en oración, se captan y saborean muchas realidades teológicas. Pues las verdades antedichas deberían concluirse del tratado de Verbo Incarnato, que he estudiado, sin embargo, morosamente muchas veces, sin que jamás haya inventado lo expuesto).

Ahora bien, hallo que yo no vivo así. Hace una temporada sentía muchas menudas incomodidades, que bien sabía procedían de la indisposición radical de mi personalidad total. Como era de esperar, han ido siendo eliminadas, sin mayores esfuerzos, a partir de la confesión del Miércoles Santo. Pero quedan manifiestas otras muchas desazones - diminutas, cierto- que sólo se desvanecerán, en la medida que mi designio vital se esclarezca y regule.

Algo es palmario: la muerte me enfrenta conmigo mismo, con mi última realidad, sin posibles disimulos. Conmigo como soy: con mis relaciones últimas, básicas, con las Personas divinas y humanas, con los múltiples objetos mismos (cosas, sucesos, ideas, sentimientos...) que ahora pueden ofrecerse especiosamente disfrazados por mi miopía y daltonismo espirituales... Por ello la muerte, que absolutiza y relativiza debidamente tales relaciones, ha de ser considerada y reconsiderada múltiple y reiteradamente a lo largo de los días.

Ante todo he de asegurar, en cuanto es posible, la muerte en gracia. Cierto que no puede asegurarse sin más -al menos la opinión más común recusa la idea de la confirmación en gracia- pero existe una seguridad relativa: que nos presta, en primer lugar, la confianza en el Padre. Dentro de todo, no ando muy mal en eso. Pero luego, he de añadir mi edificación personal: mientras los impulsos no hayan sido integrados, mientras no funcionen de sólito dóciles al entendimiento iluminado, y ello espontáneamente, no puedo menos de temer, en cualquier momento, la caída en pecado mortal. Aquí vuelven las consideraciones, mil veces repetidas, acerca del tabaco, el café, la comida, los libros y ciertas actuaciones, esporádicas, incluso en la abundancia y estilo de mi habla. Pero es patente que tal dominio gustoso y fácil -debería incluir la runfla de repugnancias frente a muchas actuaciones- me lo tiene que conceder Dios, sin más, y que el cauce de tal gracia es la oración copiosa y la consideración reiterada de la verdad, frente a la mentira, a la especiosidad, la seducción de las criatura. Y son curiosos los modos que Dios usa: ha bastado que los seminaristas

comiencen a pedirme libros, para que se rebaje muy notablemente mi interés por comprarlos, mi complacencia en la biblioteca, mi apego, en una palabra...

He temido siempre morir y condenarme -morir sin alcanzar la plenitud- y aun he temido -muy razonablemente- la posible vejez egoísta, desvalida (interior, personalmente, el desvalimiento corporal no me impresiona en absoluto). Temo el purgatorio. La inutilidad relativa de mi vida: morir a medio hacer. ¡Por más que a medio hacer significa, necesariamente, la gloria eterna!

Notar, incidentalmente, que casi siempre que me han acusado de algo, los acusadores llevan más razón de lo que ellos mismos podrían saber... Bueno, esperar... El año pasado esperaba bastante -no me atrevo a decir mucho- de Pentecostés. Recibí -aparentemente- sólo a medias. Acaso este año, en que no puedo precisamente apoyarme nada, en mi preparación, sea la fiesta de Pentecostés ese paso definitivo para una situación interior estable de docilidad al Espíritu... Esperar -desear confiadamente- es sin duda voluntad del Padre. Esperemos pues, con tanta más confianza, cuanto que en esta ocasión no puedo mezclar motivación alguna propia...

### **Día 8 de Mayo**

Voy progresando a mi manera lenta. Me levanto a las 6. (Anoche apagué un rato después de las 2). Prosigo las consideraciones en torno a la muerte.

Acto definitivo, en cuanto me establece, inamoviblemente, en situación eterna frente a todo. Frente a las Personas divinas: de ahí que el sentido de mi vida en la tierra venga dado, totalmente, por esas relaciones fontales. A medida de mi intimidad aquí, será mi inacabable intimidad. Por ello, los actos terrenos son válidos en proporción.

### **Día 10 de Mayo**

Las 12,30 de la noche. He rezado de 10 a 11, y luego he comenzado de nuevo a las 12, con proyecto de pasar tres o cuatro horas, en una especie de retiro. Bien sé que estos «retiros» míos son algo muy ambiguo, ni oración, ni meditación, ni estudio... Algo original... Como casi todo lo mío. Pero la experiencia me dice que ese algo extraño es, parejamente, algo fructuoso. Posiblemente estas horas nocturnas se reduzcan a releer apuntes pretéritos, y a estar en silencio -no me atrevo a decir en oración- con esta vaga idea y este vago deseo de recibir, recibir al Espíritu. Disponerme un poco mejor para ello. No redacto un cuadro de mí mismo, un plan de la faena

por realizar sobre mí, porque un raudo vistazo a las cuartillas de otros años me dicen que todo ello está suficientemente conocido. Acaso lo único por añadir es la conciencia de que una mayor consideración de la vida eterna en sí, o acaso precisando más el aspecto, de la eternidad de la vida, de cómo lo vital está, no más, incubándose aquí en la tierra, me aguijonaría acaso para caminar más velozmente entre las múltiples cosas, y sobre todo me desprendería de muchos apegos. Reiteración de que estoy apegado a muchos objetos, solamente que, tal vez, no esté muy apegado a ninguno... Lo que más siento es la intolerable autonomía de la impulsividad, que funciona a ratos, a su aire, imponiéndose al entendimiento. En tanto no sea capaz de comer según mis criterios, de abstenerme de fumar, y de comprar libros sólo cuando me parezca bien -¡qué vieja esta historia, esta enumeración!- no puedo estimarme ni siquiera iniciado, en una vida realmente espiritual propiamente dicha. Tengo la experiencia del año pasado, de cómo Dios me puede conceder de golpe todo esto, ya que fumé, con toda moderación, de noviembre a julio. Pero me lo tiene que otorgar El. Y pienso -¡como tantas veces!- que debe de querer otorgarlo pronto, pues mi tarea pastoral resulta notablemente infructuosa, debido a mi infantilidad espiritual. Y no están los tiempos para juegos pueriles...

La idea del cielo, la idea de eliminar la posibilidad del purgatorio, y la idea del valor apostólico de la abnegación, pueden ser tres canales de la gracia de Dios sobre mí, a su potencia unitiva inmediata con las Personas divinas.

Mi relación con las personas humanas: puedo establecer en este mundo, contactos que sean, sin más, perdurables: toda unión espiritual lo es de suyo, toda unidad de caridad, toda mutua inteligencia, surgida de la caridad y orientada hacia ella, pervivirá eternamente. Fabricar un cuaderno con Josecho no deja de tener su gaita, pero es incuestionable que tales charlas, con sus actuales menudos forcejeos, nos dejan más enlazados para siempre...

Hay encuentros que me capacitan a mí para unirme más con quien sea, aunque no me aseguren la unión con la persona concreta con quien trato, puesto que no se garantiza su perseverancia, ni siquiera su respuesta actual. Cualquier acto realmente pastoral tiende, de suyo, a unirme con el pastoreado, y me construye a mí en mi poder de unidad. Pero el fruto no puede quedar referido a la persona con quien hablo, por falta de disposición suya.

Hay encuentros que me destruyen, o al menos me obstaculizan el crecimiento. Todo lo aparentemente unido así, es irremediable materia combustible para el fuego del juicio. ¡Y cuántas conversaciones a lo largo de mi vida han servido, sin más, para fabricar infierno, o al menos purgatorio!

¡Y eso, en nombre del cariño, de la amistad! Aquí habría que repetir lo anterior. Puede suceder que esto me acaezca a mí solo -por la buena disposición del otro; puede que le pase al otro solamente, puede ser que ambos juntos -entrelazados en las raíces animales- trabajemos para destruirnos. Responsabilidad. Pues no hay acto en la vida del que no haya que responder...

Pensando en lo ya pretérito, me ocurre que debo examinar mis relaciones con las diversas personas con quienes, teóricamente -hablando a lo natural- he llegado a entablar amistad más o menos íntima. Y discernir las consecuencias. Pues toda referencia positivamente desviada, o aun simplemente deficiente, me ha dejado desvíos interiores que han de ser rectificadas ahora. Ya entreveo que la tarea debe de ser -mirada con respecto de mis fuerzas- abrumadora. No olvidar que hay dos aspectos: el ontológico, que me plantea la exigencia de purificación, y el jurídico que me impone la necesidad de castigo. Y que ambas referencias se tiñen, además, con la realidad del sentido comunitario, y para mí en concreto pastoral: es decir, que tengo que reparar también las desviaciones ajenas, en primer lugar, desde luego, las causadas por mí mismo...

Respecto de los objetos no personales -metiendo en el mismo saco ideas, sucesos y cosas- las relaciones planteadas pueden igualmente atenderse en cuanto medios de ejercicio de mis facultades (y el objeto se desvanece para siempre) o como referencia instituida para siempre. La comida, por ejemplo: no me puede crear una postura permanente frente a los alimentos, para la eternidad. Es claro -¡gracias a Dios!- que en el cielo no habrá que tostar pan ni cocer huevos... Ahí se trata de mí mismo, de mi interior exclusivamente. Más aún, parcialmente el resultado quedará eliminado definitivamente: el vigor corporal eterno no va a proporcionarse al vigor logrado con la alimentación en la tierra, sino a la estatura espiritual alcanzada por mi espíritu, en los actos de la comida. En cambio, la persistencia de conocimientos, de intereses, en suma de los objetos espirituales, o por lo menos intelectuales, no se ve que pueda negarse. La suma de conocimientos adquirida en la tierra tendrá, ciertamente, que ver con los venideros conocimientos en el cielo. Pero no, claro es, en proporción material directa e inmediata: no conoceré a los hombres arriba, según la amplitud de mis conocimientos psicológicos alcanzados abajo, pero sí en cierta correspondencia con ellos.

No podemos nosotros -¡tan ignorantes!- trazar el plano exacto de tales correspondencias, pero sí pienso que hemos recibido luz bastante, para podernos guiar por tales ideas. En consecuencia, debo estudiar que es lo perdurable en mis tareas, y fomentarlo; qué es lo puramente deleznable y

eludirlo... Espero que haya una muy considerable variación en muchas actividades...

Realmente la idea de fabricarme purgatorio me sugiere bastante, y me alumbra, creo que ya con cierta potencia atractiva, como para evitar no pocos errores teóricos y prácticos. Una vez más, creo que lo único capital es perseverar en la oración, en esta oración mía, pobrísima, pero eficiente, y dejar que Dios me la aumente en tiempo, intensidad y estilo.

## ABNEGACIÓN

### Día 25 de Septiembre `67

La jaqueca perduró intensa hasta esa hora, y aún en estos momentos parece como si tocase levemente mi cabeza. Intensísima, resistente a cualquier medicación, a los ratos de oscuridad en mi camastro, a los paseos al aire nocturno... A veces, cuando me ataca de esta manera, y por más que no suelo ceder a preocupaciones, o mejor todavía, que no suelo ser objeto de sus asaltos, pienso a veces en la posibilidad de un tumor cerebral. Ello acabaría conmigo pronto y atormentadoramente. Y no me asusta. Sería el recurso último del Padre, para cumplir en mí, la obra que no le permito realizar. Y mi pobre, mi paupérrima vida, no merece demasiado esfuerzo por repeler los asedios de las enfermedades. Pues toda ella no es sino lucha a la desesperada, aunque gozosa por cierto, por alcanzar alegrías, que sólo en el cielo se pueden disfrutar. La fruición de la sabiduría es el cielo mismo. Y como creo, con una fe no estrictamente sobrenatural, pues no existe formal promesa de ello, en la elección irrevocable de Dios sobre mí...

Pues ahora, y aunque se puedan sonreír mis escasos amigos, mi vida es ya pura ruina de ilusiones, de proyectos. Ahora sí puedo decir con verdad, como ayer en mi conciencia de inutilidad me lo repetía, aquellos veros que, a los 13 ó 14 años, eran tal sólo dolorosa imaginación, o tal vez, tal vez, presagio, presagio, presagio de mi futuro de entonces, mi presente de hoy:

Rota está la muralla de soberbia segura  
que yo alzara en los días de la infancia lejanos;  
y ya sólo me queda llorar mi desventura  
y mirar el vacío terrible de mis manos.  
Yo, que cantaba, nauta novicio, adolescente:  
de luchas y victoria he de llenar mis días,  
en otoñales viajes, navegando a poniente  
me encuentro ante mí mismo, con las manos vacías.

Pues, en rigor, mis estudios, mis luchas, esta inflexible tenacidad que domina las incomodidades y perfora los obstáculos, para hallar las sendas hacia la verdad, resulta, vista desapasionadamente, a mis 41 años, con mis desvalidas potencias, en penuria extrema de instrumentos, en falta casi absoluta de preparación, un camino cerrado.

Un tanto me acuerdo, a veces, como con cierto deseo de aplicármelo, de aquel poema de Amado Nervo (uno de tantos poetas preteridos ahora con injusticia)

De ti podrá decirse:  
"tuvo un incandescente  
anhelo, una gran ansia  
de santidad. Quería  
llegar a la excelencia  
cristiana; ser perfecto  
como el Padre Celeste  
es perfecto; soñaba  
con devolver caricias  
a quien clavó el colmillo  
de sus malevolencias  
en él, hasta cebarse.  
Amaba a Dios, acaso  
como pocos le aman  
(Dios, que lo ve, lo sabe.)  
Mas fue tal su miseria,  
su endebles para el vuelo  
divino, que las pobres  
alas lo traicionaron...  
Y se quedó en el fondo  
de su charca... Miraba  
pasar aves y nubes,  
con blando volar quedo,  
y le decían: "¿Subes?"  
y él gemía: "¡No puedo!".

Y no está mal, no. Ese amor a Dios... y esa charca, y esta conjunción de ambas realidades. Porque, ya lo he anotado muchas veces, no pienso que haya alma con tales tirones en sentidos opuestos. Y la lucha de la gracia y Satanás no es fácil que se haya producido tan a fondo, tan enconada como en mi vida, en las vidas de muchos hombres. No, por supuesto, en las que yo conozco.

## Día 13 de Julio `68 (Estudios sobre Unamuno)

**Agotamiento.** En el prólogo a Teresa, expresa Unamuno esa sensación de infecundidad por agotamiento, que tantas veces he sentido. Esos momentos en que, tras pensar y repensar un tema, nada encuentro nuevo, queda el asunto intacto, como la virgen ante el eunuco. Sensación tanto más dolorosa, cuanto que uno se sintió en otros instantes fecundo, potente, confiado en su capacidad como si hubiera de perdurar. Tanto más humillante, cuanto que no se divisa posible venidero panorama, como si uno quedara para siempre encerrado en la infecundidad. Claro, aquí viene toda esa fe en la utilidad, en la capacidad de servicio, que no se mide por lo que uno se siente poderoso a realizar, sino por la palabra de Cristo, que asegura que el Padre es glorificado en que fructifiquemos abundantemente. Fértil la tierra del mundo -pese a la parábola del sembrador- fecunda la palabra del apóstol, fecunda hasta fecundar el suelo estéril. Por eso yo no llego jamás al desconsuelo de D. Miguel, ante ese vislumbre de agotamiento; no llegé, pero qué bien comprendo sus sentimientos! Y más porque, en el concreto terreno de la idea, yo no puedo gozar de pretéritos frutos: *"recuerdo una tarde de íntima congoja que pasé, hace unos diez años, en 1913, yendo de Béjar a Salamanca, a la hora en que el sol fatigado, se arrojaba en nubes sobre la sierra de Francia. Tenía yo entonces cuarenta y nueve años y me asaltó el pensamiento de que se me agotaba la virilidad espiritual, y que la vena de la poesía se me acababa. Y entonces escribí en mi cuadernillo íntimo estos versos, que se me antojó serían mi último canto:*

*... Ya no encuentro  
para encarnar mi anhelo idea alguna;  
recordar esperanzas  
que queda nada más en esta vida,  
y entre tantas mudanzas  
prepararme al final de la partida.*

*.....  
Dejé de hacerme padre y el conato  
en lágrimas se queda;  
me tronza el arrebato  
y vuelve como esclavo, el pensamiento  
siempre a la misma rueda;  
besos no más, aire que lleva el viento.*

*La edad viril devuélveme, Dios mío;  
sobre mi frente pon tu mano amiga;  
relléname el vacío;*

*lo que tanto callé, deja que diga...  
más yo no sé lo que callaba tanto  
y esta mi queja es mi último canto.*

*Sólo una vez para morir se nace  
y tras vivir en anhelar inquieto,  
sin un punto de calma,  
a las veces se muere, es bien terrible!  
llevándose a la tumba aquel secreto  
que era el alma del alma.*

*Sin decir mi palabra  
mira Señor que se me va la vida,  
más antes que sucumba  
dentro mi corazón la muerte labra  
del silencio la tumba  
donde todo se olvida.*

*No me olvides, Señor, deja que cante  
para Tí nada más, de Tí delante,  
lo que tanto callé, lo que escondiste  
tan dentro mío que no lo encontraba;  
tus palabras, Señor, las que pusiste  
como huesos a mi alma, que con ellas  
en pie me sustentaba  
mirando las estrellas.*

*Que mi cuerda cordial en estallido  
se quiebre al dar tu nombre,  
ese nombre inefable que aterido  
del misterio, Jacob, pedía en vano,  
vida y muerte del hombre,  
remedio a la quimera,  
y el único consuelo soberano. (II - 276 - 7).*

Y, no obstante, en esta misma infausta sensación de acabamiento, en este escalofrío que deja aterida -que dejaría aterida- el alma, qué diferente la reacción del cristiano! Pues la palabra que aquí decir no pueda quizás jamás, la podré exponer eternamente, cuando esté traspasado, poseído por la Palabra, cuando ya resucitada mi lengua y mi garganta, sean en verdad y para siempre del Verbo. Y este es el triunfo de Cristo sobre la muerte. Que ni ella, ni sus mensajeros, el dolor, la senilidad, pueden exterminar nada nuestro. Ella y ellos sólo pueden imponernos momentáneos silencios, en menester de mero afinamiento, de entrenamiento o de reposo, para que el canto eterno sea más

fino, más puro, más acendrado. Pues no hemos venido a cantar a la tierra, sino al cielo; no por unos años, sino por la eternidad. Sí, esta es en verdad la victoria de Cristo; que naturalmente se siente tanto más viva y gloriosa, cuanto más sensible es uno al fracaso.

Ayer, como siempre acaece, reían las monjas al escucharme la humillación tremenda que me causa este quehacer nocturno cotidiano: el dormir. Esto de haber de interrumpir soberanas tareas intelectuales para comer, para dormir, para eliminar un dolor. Este sentirme yo, capaz de contemplar la Verdad, sujeto a tales imposiciones de la materia. No sienten esto los demás, por lo que he podido observar toda mi vida. Y, sin embargo, es para mí esto, mucho más todavía que la Pasión -que en su horror mismo deslumbra de gloria- lo que me significa la intensidad del amor de quien se hizo siervo por mí. Y es la esperanza de una eternidad sin tales esclavitudes, la que me señala el poder del amor de quien resucitó por mí.

## **Día 6 de Noviembre `74**

Oración desde las 3,30. Una cierta sensación extraña de insensibilidad domina el tono de estos días. Y sin embargo, soy fiel a la oración, voy a la capilla, leo según lo proyectado... Pero abuso del tabaco, y en la comida no me domino del todo -al menos así un día o dos- mejor, una o dos veces, pues otras varias sí he mantenido el control. He sentido ciertos movimientos de antipatía -que parecen superados- ante el [...].

Creo que se intensifica y extiende la actitud cristiana en positivo y negativo. Que voy viendo claro -raudamente- aspectos obnubilados hasta hace poco: sentido de la vanidad de todo. Me ocurre prolongar el voto de no adquisición de libros hasta Semana Santa, o acaso hasta las vacaciones de febrero. Mi negativa a leer, durante unos seis años, en el seminario, creo que me alcanzó el desprendimiento relativo que aún perdura. La facilidad para dejarme interrumpir -o interrumpir yo mismo- cualquier lectura. Esa conciencia de indiferencia hacia tantas cosas. Pienso que, tal vez, un voto muy duradero de no comprar ninguna obra, me alcanzaría la indiferencia total, el desprendimiento en este asunto. Pues ciertamente entiendo más honda, extensa y claramente la verdad de la idea ya pensada: mi biblioteca ha llegado a constituirse para mí en mi tesoro. Y es preciso atesorar solamente para el cielo. Pensamiento del cielo, del purgatorio, de la muerte. De la vejez, muchas veces he dicho que no quería morir sin ser santo, que me aterraba una vejez desabrida, angustiada... Lo que suelen decir las gentes: prepararse una ancianidad tranquila, lo dicen ellos del dinero: yo lo digo de la paz interior. Una vejez en la paz del Espíritu debe de ser un espectáculo,

una realidad maravillosa, aun aquí en la tierra... Si hay sufrimientos, que sean no más, los pesares del cristiano que carga con la cruz de Cristo, con el pecado y el dolor del mundo. Pero no ya las penas de los propios pecados, el egoísmo vivaz como nunca, la angustia del final, o la resignación ante lo ineludible...

Y el purgatorio... Necedad mayor que evitar las menudas mortificaciones de este mundo, para tener que ser purificado luego...

Conciencia paulatinamente esclarecida de mis apegos. La imposición del tabaco. La carencia de dominio en la comida... Respecto de lo segundo, pienso que sí podría establecer un control, ya que se trata de un rato al día (y añadir que a veces puedo desedificar). La gente no tiene por qué saber que, al cabo, es mi alimento de 24 horas. La charlatanería... Pero en esto y en el tabaco no veo la utilidad de «dominarme». Debe ser meramente fruto de la gracia.

Algunos atisbos respecto de la gravedad del pecado y la posibilidad de condenación. Penuria de mi celo pastoral: prosigo careciendo de la espontaneidad -que un tiempo poseía- para acercarme a la gente llevándola la palabra de Dios. Puedo tomar estos temas como asunto de mis reflexiones, y encomendarlos a Dios en oración estricta. Pero, en suma, es también pura gracia...

Creo que muchos apegos se van mermando por sí solos, como resulta de la abundancia de oración. ¡Pero qué mediocridad, Dios mío!

## **Día 2 de Febrero `77**

La iglesia primitiva se interesa en la afirmación de la previsión, la decisión, el ánimo de Jesús... Y el plan divino director de los acontecimientos ("es necesario", que se descubre en la Escritura). Entienden, como anunciadores, el salmo 22, 42, 69. No parece que aquí -sí en otros pasajes- influya el siervo de Yavé, pues no se alude a la muerte vicaria. Se trasladan al Mesías, los sufrimientos del justo del AT. Tal padecimiento se resuelve en Jesús, Hijo del hombre, señor y paciente. Ser rechazado, que indica más que una condena judicial, alude, probablemente, al salmo 118, 22s, que se cita más tarde, en la parábola de los viñadores. Los constructores rechazan al Hijo del Hombre, pero Dios le constituye en piedra angular de la construcción, y quien cae sobre él se rompe. Una manera más de expresar la ineludibilidad de decisión ante Jesús: o se deja construir por El -pues aquí la piedra angular es activa- o se rompe contra El.

Idea decisiva, y aplicable a cada acto: cada actuación mía o me edifica o me destruye, no hay término medio... Y cuando el constructor -y yo

también lo soy- rechaza el plan de Dios, es él el rechazado. Expresión pareja de lo anterior. Y es pavoroso captar semejante realidad: pues, momento a momento, cada uno de los hombres se está jugando la propia personalidad eterna. Y ante esto, todo lo demás se relativiza. Y al relativizarse, muchas aparentes realidades se muestran meras imaginaciones vanas. Necedad de casi todas las preocupaciones humanas: el problema no es v. gr. que Villaescusa u Oriol estén secuestrados, o que sean asesinados abogados comunistas, o guardias civiles; el problema único es que ellos, y todos los demás, uno por uno, se están jugando la personalidad... El problema es su enfrentamiento con Cristo, aceptando o rechazando... Nadie puede perjudicar a Oriol, sino él mismo.

Pero yo... también me juego mi personalidad eterna, y la ayuda a tantas otras, y en la práctica, sin más, me juego tantas otras personalidades, minuto a minuto. Cada decisión tomada rectamente, u omitida, o tomada torcidamente, es inevitablemente salvadora o condenatoria. Magnificencia de la vida humana, hermosura de la vida, y ante todo, como fuente, magnificencia y hermosura de Cristo mismo. La sola catástrofe. Perder el tiempo. El transfondo bíblico subraya con más vigor la resurrección que la muerte, aunque los discípulos no parecen caer en cuenta de ello.

Notar incidentalmente: en el AT. y el judaísmo contemporáneo, tres días indican, simplemente, un plazo breve: lo mismo que nosotros decimos «dentro de cuatro días». Pero lo decisivo es que «el tercer día trae un cambio hacia algo nuevo y mejor; la misericordia y justicia divinas crean una nueva era de salvación, de vida, de triunfo». Los discípulos no entienden hasta después de la resurrección. Pero yo, nacido después, ¿lo entiendo mejor?. En cuanto a la presencia de Jesús resucitado, en cuanto a su obra en mí y en los hombres, ¿lo entiendo? ¿lo predico?. Algo, hasta cierto punto, sin duda; pero me parece que muy mezquinamente. Y no obstante, es lo decisivo y lo central en mi mensaje...

Resistencia a entender todo el plan divino. Pedro tentador, y todos tentamos, nos tentamos unos a otros con nuestro lenguaje desvaído, mitigante, delicuescente...

Consolar a las gentes desviándoles de la realidad decisiva es escandalizarlas. Mi tarea es enfrentarlas con la resurrección de Cristo, y la suya propia, y naturalmente, la resurrección no puede menos de pasar por la muerte, y muerte de cruz.

Supuesta la fe, vale más -es mejor medio- sufrir que no sufrir. Padecer, es decir, recibir la acción de Dios. La mística se describe como un "pati" divino, pero eso no es cierto solamente de la contemplación, sino de todo. Los gozos sólo valen en tal medida: en cuanto son recibidos de Dios.

Buscar alegría es anticristiano... Desear padecer, recibir, con la dosis de cruz que aporte la soberana actuación de Dios...

Notar que Jesús comienza a hablar de sí «con toda claridad», mientras que hasta el momento ha pretendido el secreto.

34-38. El pueblo, no podía estar, significa cuantos lean u oigan el evangelio. Los discípulos: los creyentes en general; llamando junto a sí, indica la importancia de lo siguiente (7, 14; 10, 42; 12, 43) dirigido a todos los que han de creer. Las palabras iluminan el camino de Jesús mismo y de sus seguidores.

Cargar con la cruz: la imagen es muy clara en la época: el camino de la crucifixión. La vida será tan dura, como el camino de un condenado a muerte. Las expresiones usuales respecto de la vida del cristiano como milicia, como guerra, son todavía poco enérgicas, poco realistas, junto a éstas de Jesús. Cuidar de no azucarar el mensaje... Objetivamente, el seguimiento de Cristo, a los ojos naturales, es sencillamente terrible, y si no, pues no hay tal seguimiento de Cristo. Y en verdad, todas mis peroratas, mis santas peroratas acerca de la suavidad de la vida espiritual, son exactas, pero en este contexto. Los mártires. Acaso fuera provechoso releer las actas, o mis notas al menos, y tener algunos ejemplos.

Niéguese a sí mismo: a la propiedad de sí mismo. El sentido es radical, no meramente, ascéticamente, trivial: dominio de pasiones, paciencia en las adversidades. Renuncia total del propio yo... San Juan de la Cruz... Y cargar con su cruz es renunciar a la vida, no contar con ella, darla de antemano por perdida, sea cuan largo quiera el camino. Estar de despedida de todos y de todo... Como quien va al suplicio. Frente a esta seriedad, ¡cuán trivial se aparece la vida humana, la humanidad entera!. Sencillamente, choque a quien choque, qué necia, absurda y loca, qué pueril...

Su cruz: la que le corresponde, la que Dios le predestina, no los sufrimientos elegidos, precisamente por quien no se renuncia, aceptados por soberbia, como medios formativos. Estudio de los estoicos... Sino la cruz que el Padre me dispone, como participación de la Cruz de su Hijo. Grandeza de Cristo, porque negando todo lo humanamente aliciente, atrae siglo tras siglo, a multitudes. Las muchedumbres del Apocalipsis, de toda lengua y raza y nación...

Schmid: «con esto se da a entender una renuncia a la vida, tan absoluta, como la del que, con plena entrega, marcha a la muerte que le está destinada» (p. 842).

Pero esto, como subraya Lc. 9, 23, es la actitud constante, ininterrumpida.

V.35: no oposición cuerpo-alma, sino vida del hombre total. «Quien sólo quiere desarrollar su propio yo, y salvar su existencia para sí, perderá esa vida y marrará, irremediadamente, su objetivo vital» (Schnackenburg II, 26). Notar que, aunque la oposición vida en la tierra y vida en el cielo, va virtualmente incluida, la expresión tiene un sentido más vigoroso: se trata de quien se apoya en sí mismo, y se finaliza en sí mismo, en oposición a quien se entrega a Dios, para su fundamento y su fin. Se trata de la personalidad. Y por ello, pocas cosas hay más anticristianas, que la expresión «realizarse a sí mismo, realizarse uno». Pensar en las secularizaciones y divorcios, en nombre de la autorrealización...

Pero notar que todo esto es por mí, no por ideal alguno humanista. Y que los oyentes, ni siquiera los lectores de Marcos, tenían la más cochina idea de la realidad del Cuerpo místico...

Por el evangelio: término característico de Marcos: es lo mismo, puesto que para él evangelio es anuncio de Jesús. Y acaso indica la validez perpetua de la expresión; mientras se anuncie el evangelio, aún después de haberse ocultado Jesús, ya resucitado.

36-37: El mismo sentido, pero insistiendo en la necedad de la vida terrena. Se trata del ser o no ser, de la existencia definitiva, que se pierde o se gana con la muerte corporal. Quien hace eso es un loco, pues pierde la única vida posible, genuina, imposible de recuperar. Vida junto a Dios, junto a Cristo (Ello gana energía, recordando a San Juan en sus expresiones acerca de Jesús-Vida).

38: Recalca la relación con Jesús, y muestra su grandeza, puesto que de El depende la Vida, el Ser o no ser de todos los hombres. Se insinúa que es Juez, pero se insinúa más, pues la frase implica que es el dador de la vida, concepto ya indicado en Marcos.

Se trata de una actitud objetiva, de una decisión, de un «declararse» o no declararse. Y la fe se presenta como algo de consecuencia pública, y no mero negocio privado. Y pienso que esto, tomado en su totalidad, ha de aplicarse también a las muchas situaciones en que uno afirma una actitud de fe... Posibles conflictos prácticos con la humildad. Necesidad de discernimiento para mí y para mis dirigidos.

## **Día 14 de Julio `84**

Abnegación. Consecuencia de las visiones precedentes, la abnegación, unida a la Cruz en general, tomará ciertas matizaciones parcialmente nuevas: La identificación con Cristo víctima, integra necesariamente la orientación a la muerte: sin embargo, Cristo no murió sino

una vez; pero todos los actos de su vida terrena fueron hechos desde esta orientación, y por eso tienen valor redentor.

Igualmente yo no he de morir sino una vez; pero mis actos deben ser realizados todos en esta línea misma, en la cual la muerte no sería sino fruto espontáneo, consecuente con todo lo anterior.

Debo manifestar más -sobre todo manifestarme más- la actitud de dar la vida; dejarme destruir cualquier manifestación vital posible, en cuanto mía por elección, preferencia, gusto, razón...

Gozarme en ser destruido en estas posesiones; privado de ellas...

## **Día 2 de Noviembre `84**

Actitud ante los difuntos en el purgatorio.

La muerte de las personas que me rodean en el mundo, cercanas y lejanas corporalmente. Las «amistades». Sin duda hemos llegado a un tiempo en que han de ir pasando al Padre... la propia muerte.

Débil presencia de la muerte de Cristo, como realidad en que hemos de participar, en el aspecto «puntual» de la muerte física.

Necesidad del desprendimiento, real en lo posible. Toda negación particular, de cualquier objeto, acto, deseo, sentimiento... debe ser bienvenida.

Ensayos continuos, respecto de tales negaciones. Probar si soy capaz de prescindir de tal o tal objeto o acto. Pues, lo más verosímil es que me sobren muchedumbre de objetos y acciones. Y cada negación supone apertura a la Vida, al Espíritu. Y viceversa...

Sensación de fracaso muy general. Notar, que tantas veces he experimentado, que las épocas o momentos de rebajamiento preceden a las exaltaciones: a crecimientos raudos. El bulle-bulle de ideas, deseos espirituales en mi alma, debe irse realizando prontamente, sin que yo mismo trace los planes de crecimiento. Todo obra del Espíritu... Ignoro el camino, salvo en el sentido último, personal: Cristo mismo.

## **VIVIR LA PROPIA MUERTE**

### **Día 16 de Junio `72**

Las 5'25. Desde las 4'20 en oración. No he dormido ni tres horas, pues los chicos me tuvieron levantado hasta después de las 12, y aún leí más

de una hora "Pabellón de cáncer". Pero me advierto lúcido y con especiales ganas de anotar varias ideas.

Los frutos de todos estos días aparecen muy claros, pues se translucen de inmediato en obras. Tendencia a la oración: aprovecho, espontánea y gustosamente, casi cualquier momento posible para orar. No hay abundancia de "gustos", sino simplemente que me resulta gustosa la tarea de saberme con Dios, y de ser transformado por El, de colaborar a la transformación propia y ajena.

La muerte. Tema nuevo. El origen aparentemente intrascendente. Una menuda molestia en la mano, persistente desde hace muchos días, me trae la ocurrencia de que, acaso, fuera un cáncer. Y ello me lleva a plantearme con especial seriedad, mi postura actual ante la muerte, incluidos sus prolegómenos ordinarios. Si tuviera cáncer, fuera llevado a un hospital, y supiese que mis días estaban ya limitados concretamente, ¿qué sentiría? ¿qué pensaría? ¿qué haría?. Y me ocurre que pensaría que era un magnífico regalo de Dios, que sentiría gozo, y una facilidad mucho mayor para desprenderme de todos y de todo, y un particular regocijo en no tener sino ese quehacer: disponerme inmediatamente al traslado. Las facetas exteriormente duras, no me aterran. Dolores corporales: estoy bastante habituado a sentir dolor físico. Es cierto que me lamento bastante, pero en rigor, y creo que sincera y atinadamente, lo atribuyo, al menos en gran parte, a esa expansividad, de que tanto he hablado estos días. Posiblemente pidiera calmantes; tampoco me humilla cosa mayor, no me considero ningún héroe, sino positivamente flojo, más incluso de lo corriente. Pero no encuentro mal alguno en quejarse, en enunciar el propio sufrimiento; no se trata de una denuncia contra la Providencia, sino de la mera constatación de una realidad dispuesta por ella. Ahora, es necio que, actualmente, sin ese hipotético cáncer, no sienta lo mismo. Pues, de hecho, la muerte crece, de todas maneras, en mi interior. Madura inexorable y felizmente, y me acerca a ese otro lado del reino, que en resumidas cuentas, deseo vivamente conocer. Entonces ¿por qué no siento ya esa facilidad, que me daría la enfermedad experimentada? Ello se debe, pienso, a la ilusoria apariencia de los objetos terrenales. Pero la fe, humildemente recibida, debe hacerme presente y real, esta proximidad indubitable. Y así, ¡qué vanos resultan muchos de mis pensamientos y sentimientos!.

Esto enlaza admirablemente, con las iluminaciones precedentes, acerca del sacrificio de la Misa. Pues es la re-presentación de la muerte-resurrección de Cristo, la que me comunica su postura ante la muerte, e incluso su muerte misma. Evidentemente la muerte mía debe ser participación de la suya, y participar es recibir. De momento, sí se ha producido un mejoramiento en mis disposiciones para celebrar. Esperemos

que el Espíritu lo asiente, lo consolide, lo ahonde y lo difunda por todas las zonas de mi personalidad. Y esperemos que, al tiempo, sirva de testimonio eficaz para otros muchos. Ayer medité unos momentos (poco, desperté tarde) el capítulo que Kempis dedica al asunto. Y la lectura misma de "Pabellón de cáncer" contribuye posiblemente, a ahondar en esta realidad, un tanto preterida durante años.

Otro aspecto de la muerte, pero atendidas sus circunstancias más ordinarias, y desde luego el cáncer, es el abandono de todos. Para mi carácter, prevalentemente este olvido afectivo, debería resultar durísimo. Y sin embargo no lo es, por lo menos como previsto. Bien sé que en un hospital, las personas que actualmente parecen más amigas mías, incluidos estos seminaristas, teóricamente muy especialmente bien dispuestos hacia mí, me dejarían en la más absoluta soledad. Bueno, alguna visita esporádica, sobre todo al principio. Pero ellos poseen todos su propia vida, en la cual yo soy, no más, un ingrediente, de ninguna manera indispensable, temporal, utilizable. Pero las enfermedades prolongadas hartan a todos. Experiencia tengo bastante. En el interior, las personas más allegadas comienzan a sentir (sin quererlo confesar, es cierto) la enfermedad tuya, como carga suya, y empiezan a preguntarse si esto durará mucho... Por piedad para contigo, claro. Por no verte sufrir... Pues el ser humano es peculiarmente inteligente para justificar su egoísmo. Los últimos años de Aparici, me resultaron muy instructivos a este respecto. Pues una cosa es la admiración, el respeto, y otra, muy diversa, el cariño real, cuyas provisiones son muy escasas, a este lado del reino de la muerte.

Pues todo ello no me asusta. De momento puedo decir que lo deseo. Y además es, literalmente, lo que elegí -así, bien imaginado-cuando determiné seguir a Jesús en el sacerdocio. Y por gracia suya, la historia de mi cobardía, que tantas infidelidades mías ha producido, no ha sido capaz de construir ni una sola por parte de El, y me mantiene la gracia de desear este abandono. Mi experiencia nítida es que la soledad, el abandono en circunstancias, especialmente duras para el hombre como tal, me ha aportado conocimiento sabroso de su amistad, en grado mayor. Así en Totanés, con aquellos padecimientos, que no creo puedan superar otros, ni los del cáncer.

Ahora, todo esto el único objeto que tiene -pues no deseo entretenerme en meras posibilidades de tono novelesco- es ayudarme al despego actual de todo y de todos. Pues, una resultante de toda esta temporada es la persuasión, mucho más ahincada, de la necesidad absoluta de desprendimiento total. De que un solo apego impide la santidad; de que el amor de Dios es absoluto como El mismo, y no admite, en grado alguno, reparticiones. De que no se puede mantener, voluntariamente, la menor pizca de egoísmo. Y a la vez, observo cercanas, o diviso, o creo adivinar,

tendencias teñidas de egoísmo, por todas las zonas de mi ser. Claro, que yo no puedo blanquearlas; pero El sí, con tal que yo no mantenga positivamente el color. Sí, es la muerte de Cristo, comunicada en la Misa, la que me ha de librar de este egoísmo, haciéndome participar de su mortificación. Es su sangre, esa sangre que bebo cada día, la que ha de albear mis zonas todas personales. No me importa mayormente descubrir esta raigambre, mucho más honda y más recia de lo que pensaba, de mis apegos; mi debilidad no me me asusta, porque me hechiza su misericordia. La limpieza, la destreza, la ternura, con que Cristo opera en mí mismo y en los demás, es espectáculo que hinche de admiración gozosa, de ternura, a cualquier observador no positivamente enfrentado con El, no positivamente apegado en su voluntad, a este mundo de objetos a que la sensibilidad se apega.

### **Día 13 de Abril `85**

Pienso en la grandeza enorme de este lugar: esta capilla donde Cristo mora, y donde tantas veces se celebra el Sacrificio de la Eucaristía. Aquí murió una vez Antonio; pero aquí, sobre todo, se hace presente la muerte del Señor, con toda su obra redentora, de la cual, aquella muerte fue una manifestación.

Es verdad que la realidad me va penetrando muy lentamente, pero es mucha la morosidad, y muy leve todavía la penetración, como constato precisamente por esa pervivencia del egoísmo.

En relación inmediata con la eucaristía, voy sintiéndome atraído a vivir en preparación expresa, a mi propia muerte individual. A mi edad, puedo, sin duda, permanecer en la tierra relativamente muchos años; incluso puedo permanecer enérgicamente activo, aun hacia fuera, y no digamos intelectualmente... Pero lo mismo puedo enfermar, o morir muy prontamente... Debo apresurar aquellas pocas determinaciones que traigo entre manos: donación de la casa, entrega de los libros, seguridad del anuncio de mi muerte a la facultad de medicina, para entrega del cuerpo muerto. Gracias a Dios, no tengo que hacer testamento, pues en cualquier momento que muera, no tengo literalmente nada: como no se cuente este cacharro de máquina, y los bolígrafos y objetos similares. Ya es una gracia de Dios, pues casi todo el mundo tiene algo...

Pero evidentemente, lo capital no es el testamento, sino la disposición interior, que me «asegure» el paso inmediato al Padre.

Habré de dejar que esta idea, esta llamada sentida de la posible proximidad del paso de la muerte, me vaya calando. Y poco a poco producirá su efecto...

Desde luego no me asusta morir, ciertamente me atrae el paso. No obstante, y sin que me angustien, hay dos aspectos de la muerte que me duelen todavía:

a) la probabilidad del sufrimiento corporal. Soy mucho más cobarde que antaño, frente a él. La seguridad del sufrimiento espiritual de una purificación inevitable...

b) la posibilidad del purgatorio...

Por supuesto, ambos aspectos «negativos», repugnantes, pueden contemplarse de forma que se tornen estimulantes...

Me ocurren ciertas maneras de preparación, que he de ir madurando con cierta rapidez...

Vía-crucis frecuente, en conexión explícita con la Misa diaria y con mi muerte. Misterios dolorosos y gloriosos del rosario, con esta misma conciencia explícita, refleja.

Mayor exactitud en la confesión semanal, o algo más reiterada.

Preparación despaciosa de una confesión general, en orden a la muerte.

Conciencia de morir a toda acción y actitud egoísta: los sacrificios espirituales, de que habla San Pedro en la primera epístola. Alegrarme si se va presentando ocasión de ofrecerlos. Particularmente en su aspecto de vida, de crecimiento, elevación eterna; pero también en su aspecto de dolor, muerte... crucifixión.

Acabado el Diario de Juan XXIII. Advierto que no parece haber sufrido intensamente «una noche oscura del espíritu». Coincidencia con mi juicio acerca de la vida del apóstol en actividad.

Insistir en la compañía normal de los santos; vivir (pensamiento, voliciones, sentimientos en lo posible) con Cristo glorioso y con los santos ya en el cielo...

## **Día 21 de Abril `85**

Todo intento -aun fallido- de realización evangélica, acrecienta la vida eterna. Y la abstención engendra el hábito -el vicio- del estancamiento: al menos el vicio de la imprudencia, de la cobardía...

Presencia de la muerte, que convierte el tiempo en la tierra en «agonía».

Jesucristo vive en el mundo, en referencia continua a «su hora», que es el momento de la pasión - muerte - resurrección. El cristiano tiene que hacer lo mismo: referencia a la muerte de Cristo, participada por él individualmente. Y esto me falta casi por completo, al menos como actitud

explícita, refleja. Probablemente muchas operaciones de mi vida hubieran sido diversas. Hubieran sido reales, con frutos reales. Mientras que así... La muerte es el momento cimero de un continuado morir al pecado; muerte al pecado es no pecar, muerte a las consecuencias del pecado: es aceptarlas, y algunas como ciertas: la muerte física... Consideración de lo temporal como signo de lo eterno: si no vale como tal, no es nada. Apacentarse de viento...

La pregunta de los autores espirituales, ascetas, místicos, santos... ¿Qué vale esto para la eternidad? ¿Si muriera ahora? ¿Qué pensaré de esto a la hora de la muerte? Formulada a mi manera, más personal, con un sentido más exacto de la eternidad: ¿Se realiza así mi encuentro eterno con Cristo? ¿Me acrece esto la convivencia de Cristo conmigo? ¿Es un acto de Cristo que vive eternamente en mí?

Lo que significa simultáneamente: ¿Es un acto redentor para todos?

¡Qué horror de vida pasada! ¡Qué necesidad de contrición y de conversión en lo venidero, pero en lo venidero ya, desde ahora...!

La preparación de una confesión general -al estilo de Fenelon- antes de Pentecostés, exige un ensayo de enmienda antecedente. Certeza de que sólo la conversión iniciada, me abre a la contrición honda y extensa, total, de los pecados anteriores, con la eliminación de los vicios inveterados...

Importante hacer caer en la cuenta de que el temor a la «aventura», propuesta por el evangelio, es vano, pues ha de correrse de todas maneras. Por antigua que sea la consideración, no deja de ser absolutamente verdadera: la presencia de la muerte, el fracaso, el dolor, la enfermedad, la vejez, la anulación, las marginaciones en la sociedad, es tan evidente, que el no verlas supone ceguera, y ceguera culpable...

## LA MUERTE Y LA VIDA

### Día 11 de Julio `68 (Estudios sobre Unamuno)

**La muerte y el amor.** Referencia en el mismo prólogo a Teresa, a los versos de Rubén en el poema de Otoño:

Vamos al reino de la Muerte  
por el camino del Amor.

Unamuno apostilla: "Y al reino del Amor por el camino de la Muerte". En su discurso de ingreso en la Academia Maeztu, había dicho (cito de memoria, incluso me parece ahora, que es de la "defensa de la Hispanidad") "aunque la verdad, por supuesto, sea al contrario: vamos al reino del Amor por el camino de la Muerte". Yo que, aunque naturalmente mis palabras chocarían a cualquier oyente, y mucho más a cualquier auditorio, diría sin más: "vamos al

reino del Amor, por el camino del Amor". Pues todo este tinglado, respecto de la muerte, lo encuentro insignificante; sin sentido. La muerte es un momento que no tiene más importancia que ser la última etapa, y como tal brevísima, y frecuentemente indolorosa, de un camino entero. Se podría afirmar -y yo no lo negaría- que toda la vida en la tierra es, realmente, una muerte simultánea con la vida. Ello es dogmático: muerte al hombre viejo. Pero no es más que el aspecto negativo, insoslayable, pero no necesariamente atendible, de la vida misma, o mejor de la Vida misma. Hay simplemente una Vida eterna, comenzada aquí en la tierra, y con una etapa de reverso doloroso. Pero el que ama -el que vive- no atiende cosa mayor al dolor, ni por consiguiente a la muerte, si no es para admirarse de que Cristo lo haya asumido, y para ayudar a los demás a que lo arrimen, de una vez, al desván de su mente y atiendan a las realidades graves. Me parece que vivimos literalmente envueltos en mentiras. Y que el continuo revolver de asuntos sexuales, de asuntos de muerte y cosas semejantes, nos da la impresión de que esto tiene importancia casi absoluta. Si el órgano sexual más importante es el cerebro, según lo asegura Chauchard, lo mismo hay que afirmar del órgano de temor a la muerte. Para San Pablo, la muerte no tiene aguijón ni esperanza de victoria. Si nos decidiéramos a hablar de Cristo y de su Vida, nuestro camino nos parecería un progreso de vida en Vida, de victoria en Victoria, sin más que el ligero resquemor de la posibilidad -que sería bien remota- de no vivir. La muerte carece en absoluto de importancia; es algo sin peso para nuestra vida; somos nosotros, con nuestro continuo examinarla, repensarla, relatarla, quienes la conferimos el vigor de atemorizar, que contiene. Hablo, claro está de la muerte y no de la Muerte, esa muerte segunda apocalíptica, por la que Cristo sudó sangre, y que hace llorar a los santos. El amor, aun el terrenal, si es cristiano, lleva al deseo de la muerte como consumación. Pues aquí, el tiempo separa a los amantes, al menos en ciertos aspectos, mientras que la llamada muerte los une para siempre.

**Soledad de los vivos.** Inspirándose en Bécquer, a quien mienta reiteradamente, Unamuno escribe su rima 12 a Teresa, en tres estrofas que recuerdan a los antepasados muertos y a Teresa Muerta. Y las tres rematan con el verso:

¡Dios mío qué solos estamos los vivos!

Y no es verdad. No es verdad si es que no queremos estarlo. La iglesia entera, la Iglesia de los ciudadanos de cielo, que ya han plenificado su Vida, está con nosotros. Recordar el libro de Peterson sobre los ángeles. Y tantos documentos de los primeros cristianos. Y en general, los escritos de los santos. Ellos no se sentían solos a lo largo del camino de la tierra. Y cuando, por pruebas de Dios, que puede separa hasta de El mismo, en el aspecto parcial del sentimiento, e incluso de la seguridad intelectual, todavía queda en "la punta del alma" la fe en la unión. Una cruzada por la palabra incluiría la excitación a

expresar la verdad; y nuestras palabras casi siempre son mentira, en el sentido siquiera de que prescinden de realidades fundamentales. Y sobre todo de la Realidad.

**Otra vez la muerte.** Muy bien el verso de la rima 94:

Por no morir morimos huyendo muerte.

Pues, preocupados con la muerte, y sus nuncios, por huirlos prescindimos de la vida, del Amor. Cuánto vigor desgasta la gente en ensayos de excusarse enfermedades, molestias, dolores, incomodidades. Y así no Vive, y no ama. Los hombres emplean la mayor parte de su energía, en romper los puentes por donde podría llegarles la vida de Dios. Así con el dolor. El dolor, que les persuadiría de que son amados por Cristo doloroso. Aun los llamados cristianos están seguros de que su cardinal obra de caridad es hacer olvidar el idioma divino a sus hermanos. Muchos curas, con sus interpretaciones del mundo, semejan padres que recién venidos de fuera, y encontrando a sus niños ya balbuceantes, ya empezando a comprender el habla de los adultos, pusieran todo su esfuerzo en hacerles olvidar las pocas palabras aprendidas, para mantenerlos siempre en infancia - incapacidad de hablar, según la etimología. Como padres que, cuando sus hijos comienzan a saborear las delicias de los mayores, se empeñaran en la dura tarea de tornarlos a los juguetes pueriles. Sí, en verdad ésta es la criminal tarea, de una buena parte de nuestros sacerdotes.

Lo que no creo es todo eso del aprendizaje de la muerte, de que nos dice la rima 96. En otra época me hubiera gustado. Pero ahora, prefiero que se declare que hay que aprender a Vivir, y vivir sin más. Hay que aprender a conocer a Dios y a amarle. La muerte, etapa cortísima del viaje, como antes decía, no exige ensayos ni aprendizajes, como no lo requiere aprender a tomar un coche.

## **Día 7 de Agosto `68 (Estudios sobre Rilke)**

La Vida. En conciso esquema, Bolnow enuncia tres visiones de la vida en Rilke: en el Rilke temprano, la vida como fuerza arrolladora, que arrastra todo, ante la cual hay un desbordante entusiasmo, y que provoca una pasividad fluída, un dejarse llevar. Aquí es la vida en general: ríos, plantas, animales... Luego la Vida humana no más, todavía mirada como fuerza, pero ya con ciertos atisbos de posibles amenazas. Y finalmente -a partir del Malte- la vida no es más que un estado, uno puede estar vivo o muerto. Según Bollnow, Rilke cambia la filosofía de la vida por la filosofía de la existencia.

Me ocurre que el concepto de vida está muy ligado al de Persona; que sería muy importante considerar a Dios como el viviente. La distinción

entre la vida que tienen las criaturas y la Vida que es Dios. La tendencia panteísta del principio tiene su pretexto en la realidad. Me parece que aquí muestran su decisiva pertinencia, los conceptos de analogía y participación.

La persona es el ser que vive más perfectamente: con entendimiento y voluntad, con dominio de su vida, con libertad. Pero, en las personas creadas, esta vida es muy limitada, por eso en el concepto de persona entra la relación con otros. Vida auténtica es la que corresponde al ser que la posee. Por eso la mayor parte de los hombres no viven su vida. No participan de la vida de Dios -y eso es el pecado- vida falseada. El concepto de la vida es fundamental. Ahora está de moda hablar de autenticidad -y según parece esto viene de Heidegger, y se encuentra, y quizás provenga a última hora del propio Rilke-. Pero la idea de autenticidad es completamente inauténtica, tal como se utiliza. ¿Cómo van a saber lo que es auténtico los que jamás se paran, los que no se conocen?. Auténtico no es lo que sale espontáneo, o lo que brota de un compromiso inauténtico en sí mismo; auténtico es lo que responde al ser mismo del hombre, y esto sólo podemos saberlo por la revelación de Dios. La contemplación viene a ser, una vez más, fuente de todo. Decir, con Rilke, que la vida es salvaje, es no tener idea de lo que es la vida. La vida en Dios no tiene nada de salvaje; es la serenidad perfecta. No deben confundirse, de ninguna manera, la vida y las fuerzas que ella usa. Que haya energías que actúan de modo salvaje es innegable, pero son inhumanas, aunque estén en el hombre. Por eso la vida no constituye amenaza ninguna. Ni los dinamismos exteriores pueden dañarnos en lo más mínimo, ni los alientos interiores, si no queremos nosotros. La tristeza de la vida consiste en que uno se pone una vida ajena, una vida que le ahoga, o que le estorba por demasiado ancha. Pero no es esa la vida, sino la falsa substitución que él se ha forjado. En el fondo de todo está Satanás, el que posee más fuerzas vitales en estado de muerte, y por eso deforma las vidas ajenas, las mortifica. Ya es significativo el uso -malo, aun en los mejores autores- de la palabra mortificación. Mortificación es en realidad el placer indebido. Mortificación es la distracción, todo lo que debilita o desvía los bríos específicamente humanos, de su orientación hacia Dios, de su dependencia de El.

Rilke muestra notable incapacidad de síntesis, aquí como en otros lugares. O piensa la vida como fuerza que nos lleva, impersonal, desatada en la naturaleza entera, o la piensa como algo que hay que construir con esfuerzo propio y peculiar iniciativa. Ahora, la verdad es que la vida viene de Dios, y el hombre ha de recibirla -sin oposición alguna- dejándose llevar, pero racionalmente.

La vida nos introduce en la zozobra, porque multiplica las amenazas. Y Rilke encuentra defensa en la mujer: a veces en la madre, a veces en la

enamorada. Ambas defensas son engañosas; no acaban con la amenaza, sino que nos defienden de su invasión. En realidad son una distracción más. A lo menos en parte. Pues, en parte, la tarea señalada a la madre es interpretar. Y la interpretación nos muestra como falsa la causa de la angustia. Pero resulta que hay angustias auténticas, es decir, que lo inauténtico es no angustiarse.

Aquí hay temas altísimos. El valor de la interpretación: el mundo interpretado es el mundo humanizado, despojado de su misterio infernal. Pero eso sólo puede hacerlo el santo, porque recibe la luz interpretativa de Dios. Cualquier otra exégesis es engañosa. Y lo peor es dejarse engañar por los halagos de las hipótesis mentirosas. Luego queda lo que de verdad es, de suyo, angustiante: y eso sólo puede desaparecer por la interpretación de la palabra divina, o quizás, sin más, por su simple transmisión. No hay más que pensar el ejemplo de la muerte: puede uno no pensar en ella, y esto es ciertamente no angustiarse, pero neciamente. Y tal postura acaba en la angustia eterna. Puede uno angustiarse, e incluso tratar de acomodarse a la angustia, que es lo que pretende Rilke. Y eso es antihumano, y sobre todo anticristiano. Pues es radicalmente falso. Puede uno creer en la resurrección, y sin negar la muerte -que ya no angustia, aunque todavía entristezca- se ha liberado de la angustia.

En verdad, la gente que no se angustia, no siendo plenamente cristiana, lo único que revela es su ausencia de humanidad. Carece de no sé qué innombrable órgano receptor de la angustia. Y todavía hay que distinguir la angustia ante ciertas realidades particulares, las angustias peculiares de ciertos individuos, que le vienen de su "ser así", y la angustia que viene del hecho de ser hombre. El que carece de angustia, como el que carece de temor, es simplemente un mutilado.

## **TRIUNFO SOBRE LA MUERTE**

**Día 24 de Julio `90**

6,25. He ido leyendo despacio, pensativamente, la meditación de Martini acerca del texto de S. Juan, en que relata los diálogos con Pilato y el traspasamiento con la lanza, ya muerto en la Cruz. Martini sostiene, con otros exegetas, que todo ello expresa la visión de S. Juan: Cristo reina, triunfa, ya en la condenación y en la Cruz. Y la aplicación es fácil: nosotros manifestamos su triunfo en la humillación y en la muerte. Cita incluso una frase de S. Juan Berchmans al morir: ¡cómo resplandece mi crucifijo!

Que el triunfo de Cristo se realice ya en la condenación, en la Pasión, en la cruz, en la muerte, no me ofrece duda ninguna. Estoy cierto de

ello. Sorprendió a algunos en una tanda del verano pasado -¡y eran curas!- la negación de todo ello como fracaso, porque, dije: quien cumple su deseo no fracasa. Y la cruz era el deseo, el objetivo de Cristo en esta vida. Hubiera sido fracaso una acogida por motivos falsos -un desprecio que no le mira como importante para ser sacrificado- (Recuerdo los que se queman o mueren de hambre por alguna causa... humanamente no son fracasados).

Esto significa, que nosotros tampoco fracasamos cuando cumplimos nuestra voluntad de cumplir la voluntad de Cristo, cuando somos movidos, de una u otra manera, a la muerte por el impulso del Espíritu, aceptado en el momento o de antemano. (Pienso en las muertes dolorosas, pero queridas, como la de Antonio, y aun la de mamá; en las muertes gloriosas manifiestamente; pero pienso también en las muertes o enfermedades simplemente aceptadas, humildemente, a veces humillantes, cuando se sufre la «muerte de otros» como gustaban decir Bernanos o Green; pienso también en esas muertes desprovistas de apariencia, humildes por lo mismo, como la de PM., que remata una vida, en suma, del mismo estilo...

Pero hay algo que debo predicar con frecuencia: lo que no debe suceder es que la muerte venga infligida por los mismos católicos; la muerte o la humillación previa. Es visión falsa, falseada del AT., que ha de mirarse desde el Nuevo, y no viceversa. Las traiciones, las deserciones, las debilidades y fragilidades del Pueblo de Dios, no corresponden a la familia de Dios, al Cuerpo de Cristo, al Templo del Espíritu Santo. Pues el velo del antiguo templo fue rasgado, y el templo destruido para siempre. Hemos de ser perseguidos (los del AT perseguían ellos, si eran buenos); pero no por la Iglesia misma. Este equívoco es de máxima gravedad; pues se acepta como modelo algo inadmisibile. Y se quiere justificar como plan divino. El pueblo antiguo perece, precisamente, cuando rechaza a Cristo; porque el pecado contra el Espíritu no tiene perdón. Y cuando en la Iglesia de Cristo se repiten sucesos parejos, la Iglesia no avanza, retrocede. Pues los inmoladores, en el plan de Dios, no son los Obispos, los ministros, los sacerdotes del sacerdocio común, de Cristo, sino los adversarios del Señor. Que así se convertirían...

Es el mismo tema de la dureza de corazón, respecto del divorcio: el Espíritu nos ofrece un corazón de carne, donde no tienen lugar estos impulsos criminales...

Por eso, sin dejar de aceptar cualquier muerte, o preparación a ella, venga de donde venga, he de predicar sin cesar, para que no sea la Iglesia quien nos mate...

## VIVIR LA HORA DE CRISTO

**Día 29 de Abril `85**

Realmente es Cristo quien quiere en mí y conmigo, y lo más radical, lo verdaderamente personal de mi querer, es verdaderamente suyo. Pero la efectividad de la expresión paulina: «no hago el bien que quiero» alcanza esta hondura. El hombre obra, interior y exteriormente, desde la superficie no más, y tal operación impurifica, embota y, a la larga al menos, destruye su realidad total, que parte de la raíz ignota. A fuerza de ejercitar lo que aparece, el hombre se transforma en fantasma; perdiendo la substancia, la realidad, inmediatamente nutrida, mantenida por Cristo, en quien todo consta. Cuando me desprendo de El, y en la medida que me desprendo de El, dejo de constar: pierdo la substancia. (Debo estudiar y saborear esta frase paulina).

Esta faena maldita, pero continua, de pervertirnos, desubstanciándonos unos a otros. Y muchas veces esto se llama amor. No puede quitarse a uno la sustancia -que sólo Dios crea y sólo El podría aniquilar- pero sí podemos desenraizar los accidentes de la sustancia, de modo que ésta no crece, y lo accidental toma su función, produciendo mera apariencia. Hasta que pasa la apariencia de este mundo y aparece la sustancia, raquífica, incapaz de conocer a Dios -y por tanto de vivir- como debiera; pero poderosa, sin embargo, a vivir su muerte eterna.

Conciencia más y más intensa, espontánea y operante, de la necesidad ineludible de vivir la HORA de Cristo, viviendo mi hora. Presencia de la muerte y la resurrección: atención a las muchas maneras de muerte de los hombres, y sobre todo a la certeza de que ahora mismo, estoy viviendo mi hora en la muerte humana de muchos. Y por lo mismo debo vivir muriendo.

Aproximación a los sufrimientos de Jesús: el hombre único que ha vivido la realidad profunda, con profundidad infinita, enraizada inmediatamente en la divinidad. No embotado, no distraído, no reducido a lo somero. No podemos hacernos idea del sufrimiento real. Aplicación de las expresiones de Bernanos, en boca del cura rural, respecto de la unidad humana...

Esta mañana voy a tener unas horillas libres. Acabo la tarea fija a las 11,30. Procurar rematar la obra de Galdós, y proseguir con el libro de von Balthasar. El día 1 de mayo debo comenzar a diseñar el discursito. No puedo permitir que me coja, poco menos que de sorpresa, a última hora. Y debo leer el tratado de Alfaro...

## **Día 30**

Oración de 5,30 a 7,30.

La realidad del Cuerpo Místico, partiendo de la realidad de Cristo como Cabeza, en el más perfecto sentido paulino, es la realidad total.

Cristo que viene del cielo -¡sin dejarlo!- del seno del Padre, y nos asume a todos, uno por uno, de manera que sea necesario rechazarle positivamente, para desprenderse de sus dinamismos. He de buscar los textos de Santo Tomás sobre el primer acto humano, que nos sitúa en la gracia, o en el pecado mortal, al llegar el uso de razón. Y ahondar y extender su intuición.

La salvación de los pecadores por la acción de Cristo, incluye la acción de Cristo en sus miembros, por sus miembros, y de modo particular por sus miembros ministeriales. Ahora, Cristo no se ha limitado a acercarse al pecador, sino que se ha unido a El en su situación, en su lugar de pecado, soportando las consecuencias de éste: la sensación, la conciencia humana del alejamiento de Dios, de la desustanciación, de la muerte. Como el médico que entrara en el lugar contaminado, donde mueren los apestados, sufriendo las molestias del contagio. Y por ello, el ministro de Cristo (ungido por el mismo Espíritu vivificante) es introducido en tal ambiente asfixiante. No sólo toma sobre sí las cargas externas del pecado, sino que penetra hasta la irrealidad misma del pecado, sintiéndose pecador. Y eso es la Cruz, el descenso a los infiernos. No se comienza por ahí, sino por lo más externo; pero hasta ahí es preciso llegar, para salvar a los hombres: razón de la noche oscura del espíritu.

Cristo sufre con nosotros y en nosotros, no a nuestro lado, sino en nuestro interior; porque es realmente nuestro principio. Toda agonía es realmente agonía de Cristo, padecida realmente por El. Realismo de la Misa: no que nosotros ponemos nuestras penas, sino que nos percatamos de que están presentes en la oblación sacramental de Jesús. Las pasadas (insuficientemente vividas por nosotros) y las presentes y las venideras. Las de millones de futuras personas, que pueden ser salvadas ya, por mi participación en la cruz del Señor...

## **Día 5 de Mayo `85**

Meditación sobre la muerte, con los textos de Bernanos y von Balthasar, ya aludidos en otras cuartillas.

Propiamente del mundo no es nadie, puesto que vivimos, nos movemos, somos en Dios. Ni siquiera puede decirse, en sentido perfecto, que «estamos en el mundo», puesto que la expresión se capta, casi

necesariamente, en sentido exclusivo; falso. Pues el mundo mismo está en Dios, y nosotros no estamos en Dios, porque estamos en el mundo, viceversa... Y esa es la fuente de contradicciones experimentadas, de las angustias.

Pero si «nosotros» estamos de manera personal, psicológicamente hablando, por la divinización ontológica, sólo podremos sentirnos en «casa», en la medida que nos sentimos en Dios. Y por lo mismo, somos templos del Espíritu... Lo que tenemos de vida (y por ello de gozo) es lo que tenemos de habitación con Dios, en Dios. Y todo lo que nos oscurece esta realidad es la costra, la corteza del pecado (incluso del fruto del pecado ajeno).

Pensar que Cristo habla de su muerte como del «paso al Padre», con quien y en quien jamás ha dejado de habitar. Igual nosotros...

El egoísmo combate por lo temporal (el egoísmo, necesariamente limitado, es también miope) y por lo mismo, por colmar los hiatos del abismo, de la hondura...

Pienso que la presencia de la «agonía», continua en el mundo, continua en cada vida, debe ser mucho más intensa, de manera que sienta lo restante como preparación ontológica a ella, mejor, como vivencia psicológica, adaptada a la realidad de la agonía. Como ya anoté otro día: vivencia de la hora, de la HORA de Cristo en mí...

Y pienso que en referencia a esta realidad única, debo vivir en recogimiento. El examen cotidiano doble, voy a reducirlo a menos puntos, parando cabalmente en el recogimiento. El horror de la carne puede centrarse en el horror de la disipación. Y en torno a eso, vivir la muerte a la carne, en la repulsa reiterada de cuanto me disipa.

Yo sé perfectamente que no soy capaz de suprimir los trapicheos con Dios, las trapacerías para cumplir los deseos de mi sensibilidad y de mi cuerpo. Yo sé, perfectamente, que sólo el Espíritu puede vivificarme, salvándome de tales engaños -irrealidades- iluminando la realidad inmediatamente venidera, como aliciente; robusteciendo la voluntad, de modo que se complazca en construir la realidad, en lugar de eludir la, formando castillos en el aire, meras apariencias... Igual da la trapacería de la sensibilidad, que la trapacería de la razón, es la misma mentira, idéntica irrealidad... que forma una costra encubridora del vacío, de la nada interior. La realidad no puede medirse desde fuera, sino dejándose sumergir.

## **Día 15 de Mayo `85**

Oración de 5,45 a 7,15. Después de 40 minutos de lectura.

Las concepciones, que tienen su importancia, se esclarecen y se organizan espontáneamente. He comenzado ahora la novena a San José, pues

ayer olvidé hacerla. Y voy calando la realidad de la muerte, como acto supremo de la vida de Jesucristo en nosotros. Por ello, nuestra muerte está dejada en sus manos. Puede ser gozosa (y mi visión del acto de morir, muy probablemente impregnada de la primera muerte contemplada, la muerte de Antonio, y de algunas otras muertes presenciadas: la de mamá... es, hasta ahora, ineludiblemente optimista, alegre) y puede ser igualmente penosísima. Supuesta la santidad del sujeto, depende de la función que le corresponda en el Cuerpo Místico.

San José, como padre real de cada cristiano, es necesariamente, con María, quien ha de asistirnos en el momento de morir. Precisamente porque no estuvo al pie de la cruz (así como María porque sí estuvo). San José nos ilumina el valor infinito del acto redentor de Cristo, que santifica de antemano la muerte de su padre... Acaso le alumbró a él, a este José que le había criado, el sentido de aquel acto, y le saturó el alma de esperanza... o acaso lo dejó compartir la oscuridad de sus antepasados, con la cual, hasta cierto punto, y de otra manera, quiso identificarse él mismo, compartirla, oscureciéndose en su propia muerte...



## “QUE TODOS SE SALVEN...”

**Día 12 de Agosto `83**

Entiendo; la oración de petición es infalible, en el nombre de Cristo. Mas «en el nombre de» tiene una gradación extensísima. Ahora mismo, no puedo dudar de que estoy orando en su nombre, pero con tal mezcla de ingredientes carnales propios. Si examino las condiciones que el Señor mismo señala: caridad con todos, humildad, confianza, perseverancia ¿qué pureza podría hallar en mi petición?

Es cierto que «el celo» de la casa de Dios, de cada una de las casas de Dios, de cada persona, se me acrecienta. Que me va espantando, más y más, la situación de una y otra persona. Que me empavorece la conjetura de su posible condenación, de su probable necesidad de purificación, al llegarles la hora de la muerte. Que «quisiera» rogar y expiar por cada uno. Que tal deseo se fija especialmente en las personas que más trato. Pero apenas se queda todo en un «quisiera», veleidad debilísima, fragilísima, de minúscula realidad, puesto que mis impulsos carnales, todos los señalados reiteradamente, en páginas próximamente anteriores, perviven vigorosos, derribándome momento tras momento...

Y no obstante, no veo otro camino sino éste: insistir en las vigilias, por mediocres que me resulten; insistir en los ratos de oración y lecturas y ejercicio de la predicación. Y en la atención a la palabra divina leída, meditada, pronunciada por mí mismo... Y sobre todo pedir, pedir sin cansarme, por la intercesión de María y de José, por intercesión de los pastores santos, por intercesión de los ángeles custodios... Pedir con mi irremediable falibilidad, defectuosidad, pedir humildemente, fijo en la misericordia INFINITA, tan perspicuamente manifiesta en la capilla, por la presencia corporal del Señor sacrificado y ofrecido en comunión... Confiado -mediocrementemente, es claro- en esta misericordia, precisamente porque veo mi indignidad y la de cada uno de todos...

**Día 14 de Marzo `84**

Sobre el libro de Job. El enigma, el escándalo, para los hombres del AT era la prosperidad de los malvados, y la frecuente pesadumbre alargada de los justos. Y querían tranquilizarse repitiendo la falsedad del castigo terreno de los malos. Esquema mental que hace saltar el cap. 21 del libro, con las descripciones realistas de Job. El enigma para los modernos es la prosperidad de los malvados, y la realidad del infierno. Por una parte, no se

puede negar que muchos, alejados de Dios, viven y mueren en «relativa» felicidad. Por otra parte, no se quiere admitir que puedan sufrir eternamente. La imaginación no alcanza para influir en la conducta, participando de los pesares ajenos; la caridad no llega tampoco a tanto. A lo más algunos se apuntan a la revolución, teórica o práctica, y de hecho tropiezan con nuevas maldades... Todos quisieran tener buen pasar en la tierra, una idea satisfactoria en la mente: en cuanto a la justicia y en cuanto a la sensibilidad: nadie se condena... pero se realiza una justicia comprensible para nosotros... No hay humildad para reconocer que no comprendemos... porque somos impotentes para ello. Y nadie quiere asumir la realidad del amor divino, dando la vida por la felicidad de los «otros».

El santo: acepta la realidad (no la mera posibilidad, como nunca realizable de hecho) de la condenación. Y participa de los males terrenos de quienes sufren por la iniquidad ajena, para salvar a las víctimas y a los verdugos del eterno castigo... Humildad de juicio -humildad en este mundo para compartir el envilecimiento de la humanidad... La salida de la mayoría es no pensar en el tema: o se niega el infierno- y se satisface teorizando acerca de soluciones actuales, intramundanas, que no le acarreen dolores ahora... O se retrae de pensar nada y se acomoda al cumplimiento mediocre de unas leyes religiosas que le garanticen la salvación.

Recibir la palabra divina, con humildad y esperanza, respetando el enorme misterio de la condenación realmente posible, y sometándose al sufrimiento humano, participado voluntariamente...

## **Día 4 de Abril `86**

Lo capital es la esperanza, esperar de su amor, creer en su amor... Que no permitirá que mi marcha se extravíe de nuevo, ni siquiera por dentro de las zonas benditas... Ni aun para coger las flores en los jardines del Señor en la tierra...

El espectáculo de la humanidad: entreteniéndose con criaturas que alimentan su egoísmo, ceban sus apetitos... y que, por consiguiente, han de traerles inevitablemente dolores pavorosos...

De orates, este deseo de eludir cualquier molestia en la tierra, evitar la mera abstinencia de bienes y gozos momentáneos, inseguros, disponiéndose dolores mucho más duraderos, y ciertamente más intensos. Y seguros, ineludibles. Y yo, que debo avisarles continuamente, caigo con ellos en el mismo dislate...

Poquedad de nuestra misericordia: tiene más de compasión - sensible- que de misericordia verdadera. Y por ello, apenas alcanza lo

visible, o palpable, o audible... y apenas dura lo que dura la impresión. (Que es menos que se alarga la visión... pues pronto viene el embotamiento).

Temor al purgatorio, que es alejamiento innecesario de Dios mismo; súplicas por quienes penan en él... Aviso a los mortales: ¡Qué no vayan!. Que vivan aquí, de tal manera, que pasen inmediatamente al cielo.

Sin duda que mi actividad, positivamente, ha dispuesto a muchos al purgatorio. Y que mis omisiones han sido causa de que otros muchos no mueran bastante purificados. También viceversa: hay quienes habrán tenido que purgar menos, o nada, por el simple haberme conocido. Gracias a Dios...

Suplico a Cristo que me conceda la gracia, a partir de estos ejercicios, de no perder la claridad de visión, sino de ir creciendo en ella, de modo que, más y más espontáneamente, vaya creciendo en vigor, mermando en egoísmo, fecundando su Iglesia, su humanidad...

Vanidad del pecado. Consideración muy vieja, y hasta cierto punto siempre -aunque no en cada momento- eficaz: ¿qué me queda?

¿Y qué me ha quedado de tantos años de vida, de tanta actividad, de tanto pensar y tanto querer, e incluso de tanto amar?

EL INFIERNO. La posibilidad de condenarme; la posibilidad de condenarse de cada una de todas las personas que trato. ¿No las trataría mejor, si viera a cada una de ellas como posible santa, posible alma en el purgatorio, posible condenada?

Yo no veo contradicción ninguna entre el amor de Dios y el infierno. Me dirán, los eternos objetores, que soy tonto, o que soy muy inteligente. Para éstos la respuesta es obvia: pues háganme caso...

Seriedad de las palabras de Cristo. No va a amenazarnos como las madres a los niños, con el coco; no va a avisarnos de peligros inexistentes... La higuera estéril; las vírgenes tontas; los invitados que se excusan (y con motivos objetivamente válidos, razonables); de modo semejante, los contemporáneos de Noé, preocupados de su vida en la tierra. Las parábolas de las minas y de los viñadores homicidas; el consejo de la vigilia perseverante, permanente. Las lamentaciones sobre Jerusalén. Y las expresiones definitivas de San Juan...

## **EL PURGATORIO**

**Día 20 de Julio `83**

Escribo unos momentos, después de la oración de la mañana, completándola. Son las 8.

Estos días se van manifestando muy provechosos. Lecturas de Sigüenza: intensificación del temor al purgatorio: sobre todo conciencia de la inmensa pesadumbre del retraso en la unión total con Cristo, solamente por causa de mis impurezas. Deseo muy vivo, al menos mucho más vivo de lo ordinario en mí, de la pureza de corazón para mí mismo y para todos. Experimento más fuerza para ordenar la vida de modo que elimine las cesiones a la carne y me deje mover por el Espíritu. Y en cuanto a lo pretérito, ansia de contrición y avidez por lucrar la indulgencia plenaria.

Notar cómo los movimientos carnales se van patentizando al producirse. Esta impetuosidad y rapidez temperamental: así al escribir mismo, una mayoría de equivocaciones se debe a que adelanto las letras... Y lo mismo al hablar. La prisa, la prisa maldita, pues me causa desatención al Espíritu y, consiguientemente, al prójimo.

La relativización de las tareas, y la serenidad y facilidad para seguir las inspiraciones del Espíritu, eliminarían tales dificultades. Así en una conversación, la indiferencia por tener que cortar al interlocutor, permite charlar tranquilo el rato debido, con la certeza de que al llegar el momento de terminar le diré firme y suavemente que he de marcharme yo, o que tiene que dejarme ya. El temor a la molestia de despedirle influye en una situación de nerviosismo durante la última parte, al menos, de la charla.

No podré ver a Dios sin un corazón limpio, que es lo mismo que totalmente espiritualizado. Sólo el Espíritu me puede capacitar para entrar en contacto inmediato con el Padre; por ello, sólo totalmente espiritualizado puedo «entrar en el cielo». Es decir: gozar de la conciencia plena de mi vivir en el seno del Padre, con Cristo, en Cristo...

De ahí la necesidad de atención actual al Espíritu Santo. Y consiguientemente de triturar -por la contrición- las construcciones egoístas que se oponen a su acción en mí. Insistir: en la meditación de todos estos aspectos -lecturas sobre el tema- penitencia incluso corporal, que contribuye a la trituración, dada la participación del cuerpo en los pecados pretéritos -destrucción sistemática de las inclinaciones carnales-. Destrucción que debo entender como estrictamente necesaria y sobremanera urgente. Frecuencia del sacramento de la confesión: cuidando más y más las disposiciones. Atención a los múltiples actos de arrepentimiento y humillación, que me inspira el Espíritu Santo en las realizaciones litúrgicas.

Aplicación de todo esto a la «agenda». Con paz, cierto, pero aplicación. Es palmario que una actividad que no me brota espontánea, resulta ocasión privilegiada para la actuación intensa de la fe, la caridad, la esperanza, la prudencia... y finalmente para la contrición misma, pues de hecho, hay que romper anquilosamientos mentales y sensibles.

La conciencia de la realidad ineludible de la purificación: si no me encuentra el Señor puro, tiene que purificarme después. Y tal purificación por "satisfacción", no alcanza gracias para nadie.

Por otra parte, la certidumbre de que puedo acelerar la purificación de muchos -una parte de esos muchos por quienes Cristo ha derramado la sangre para el perdón de los pecados-. Y que no recibirán el fruto del sufrimiento, de la entrega de su cuerpo, del derramamiento de su sangre, si yo no lo hago presente en la tierra...

### **Día 13 de Diciembre `84**

Pensar en cada persona: pueden no alcanzar a ser santos, con los horribles, inútiles, padecimientos de la mediocridad.

Yo entiendo «bastante bien» las exigencias del amor y sus ineludibles sufrimientos. Si yo entiendo perfectamente que no puede llamarse amigo mío, sino quien comparte todo conmigo, ¿cómo no aceptar con plena aprobación, con gozosa inteligencia, tal actitud en Cristo? Y si, en mi adolescencia o primera juventud, me dolía tanto -hasta perder el sueño- la separación intelectual de quienes estimaba como amigos, ¿cómo no entender el deseo devorador del Señor en busca de nuestra amistad? Y simultáneamente: que sólo tal amistad puede perfeccionarnos y, consiguientemente, plenificarnos en el gozo. Y que una vez pasadas para siempre las distracciones de la tierra, debidas a la actividad de los sentidos, el deseo de poseer en plenitud la amistad de Jesús, ha de ser una tortura espantosa: el purgatorio. Y eso es lo que he de evitarme a mí (y en este «mí» entra quienquiera, como miembro del mismo Cuerpo).

X, X, X: pueden morir impuros, necesitados de la purificación del purgatorio. Y es mi caridad -que ha de ser purísima para ser válida- el instrumento que puede purificarlos, con hartos menos dolor, con mucho gozo, con mérito fructuosísimo.

Urgencia de pureza personal: la tendencia impulsiva anda muy vigorosa, muy poco combatida. Los planteamientos, generalmente rectos, se impurifican en las ejecuciones, muy mezcladas de impulsos, de carne inoperante, esterilizadora. ¡Cuánta operación vana, infecunda, por mi pereza, mi cobardía, mi negligencia! Los apetitos de todo orden: corporales: alimentos, tabaco, comodidades, locuacidad, afán de comunicación, inercia, curiosidad, intelectual sobre todo... Contradicción permanente conmigo mismo, con lo más medular de mi personalidad, al cabo ya espiritualizada hasta cierta altura... Carne, carne, carne... ¡Oh asco de esta mediocre manera, que después de tantos años es aún la mía! Y el espanto del efecto de

semejante mediocridad. Pues las gentes no la discernen, y vienen a mí, y yo les doy aguas contaminadas, infecundas, acaso envenenadoras... Responsabilidad...

Acuciante sensación y conciencia de insistir en los estímulos reales, que realmente me espolean... Las mansiones divinas -Dios mismo, el seno paternal de Dios- que nos cobija ya, y del cual habremos de gozar con plenitud de gozo y amor eternamente... El celo de la casa de Dios, que son sus hijos. Los cuales me confía, y a los cuales desatiendo por saciar mis apetitos, ¡tantas veces!. Siempre diría, en cuanto casi nunca debo de producir un acto de pura caridad.

### **Día 3 de Abril `85**

La realidad del purgatorio. La certeza de que, si muriera ahora, debería ser intensamente purificado. Mientras advierta mis tendencias egoístas, carnales, suficientemente vigorosas para hacerme salir de proyectos razonables, a la luz de la fe, he de estimar que, indiscutiblemente, queda materia de purificación. Doctrina universal de los místicos. Tal principio ilumina mi pensamiento, respecto de la certeza del sufrimiento en el purgatorio, si no me dejo transformar raudamente.

El purgatorio es demora en la unión íntima total con Cristo, con las Personas divinas: aspecto de caridad. Es retraso en el ejercicio de la fecundidad, en cuanto a muchas personas. Y es sufrimiento espeluznante, innecesario en sí, infructuoso, salvo la precisión de producir limpieza de corazón, para ver a Dios. Ciertamente evitable, si planteo el resto de la etapa en la tierra, tenga la duración que tenga, de modo espiritual. ¡Esta serie de gustos, de cesiones momentáneas, que retrasan neciamente el progreso de mi personalidad, con pérdida de tiempo, y construcciones que han de ser luego demolidas!

Insistir en la esperanza, en la meditación, en la súplica, en la oración, en las confesiones, en la mortificación expiatoria y meritoria...

Eficacia de las celebraciones, las absoluciones impartidas, las predicaciones, las molestias corporales del menester pastoral, las menudas, pero reiteradas, negaciones, las oraciones de petición, las reflexiones iluminadas por la fe. Eficacia del ejercicio de la caridad pastoral... De la recitación devota del oficio...

## INFIERNO

### Día 23 de Febrero `67 (Estudios sobre Eliot)

"La posibilidad de condenación es un alivio tan grande, en un mundo de reforma electoral, plebiscitos, reforma sexual y reforma de vestidos, que la condenación misma es una forma inmediata de salvación; de salvación del hastío de la vida moderna, porque al fin confiere alguna significación al hecho de vivir".

Es verdad que el hombre, generalmente, está ocupado por una plebe de menudos e insignificantes pensamientos y preocupaciones, y que ni siquiera es consciente de su bajeza, pequeñez e insignificancia. Pero, al mismo tiempo, lleva en sí, por forzosidad inexorable ontológica, la tendencia a algo definitivo, y no puede sentirse conscientemente a gusto, mientras no encare tal significación. La posibilidad de condenarse, es una idea, frecuentemente escamoteada, a los fieles, y que sin embargo, presta a la vida y a las acciones humanas, un dramatismo que el ser humano precisa, para sentirse tal como es. También aquí, casi todos andan dislocados y por tanto doloridos. El dolor no es más que el anticipo de la condenación, y en la tierra puede transmutarse, milagrosamente, en salvación eterna. Esta es la grandeza que les hurtamos. Y por eso, concedemos una importancia decisiva a los salarios y las promociones humanas, que sólo puede entenderse, a la luz de la doctrina sobre el amor de Dios a los hombres, y la repulsa de éstos: el pecado y el infierno consecuente (con consecuencia ontológica).

Luego el hombre necesita sentirse digno ("pues la cuestión social es, ante todo, una cuestión de dignidad", decía el doctor Delbende al cura rural de Bernanos) y no hay manera mejor de señalar su dignidad, que demostrarle que es capaz de salvación o condenación eterna, que es merecedor de premio o de castigo. Hay que bosquejar, cuanto antes, la figura de Cristo y mostrarle como Salvador, y a esa luz, apresurar la predicación sobre el cielo y el infierno. De lo contrario, el hombre vive divertido de sí mismo -inhumanamente- o angustiado en sí mismo y en su contorno. El ámbito humano es muy angosto para el hombre, que tiene en sí el agujijón de la gracia. Hablar pues, del infierno: no un infierno que manifiesta la severidad de Dios, sino el infierno verdadero, que manifiesta la grandeza del hombre libre, capaz de repeler los ataques amorosos de la gracia paternal.

No hay que olvidar nunca, que toda tendencia humana es tendencia hacia Dios. Que no tenemos que traerlo todo de fuera, sino que el hombre vive inconscientemente en relación con Dios incesante, aunque sea en la relación de porfiado repudio.

Niños en la fe -o sencillamente, aún no nacidos a la fe- son como el niño que chupa ansiosamente la mano, cuando tiene hambre, y busca en realidad el seno de la madre, que ella tiene que ofrecerle, y en el cual descansa gratamente. Toda búsqueda de criatura es la búsqueda pueril de Dios. Estas ideas se hallan expresadas perennemente, en la literatura cristiana, en los escritos de los santos. Pero nuestros pastores no las saben, ni las saborean. Nuestros pastores no pueden penetrar, ni con el intelecto ni con el corazón, las posturas profundas, las tendencias cardinales del hombre; se hallan demasiado ocupados en el estudio de la realidad, que es siempre, por definición, la exterioridad significativa en sí, pero insignificante para quien no posee luz bastante, para observar los signos.

"Es verdad, decir que la gloria del hombre es su capacidad de salvación; es verdad también decir, que su gloria es su capacidad de condenación. Lo peor que puede decirse de nuestros malhechores, desde los estadistas a los ladrones, es que no son bastante hombres para condenarse..."

Yo me acuerdo con Eliot, hasta cierto punto. Es exacta la afirmación de que la dignidad del hombre -plena- es estar salvado: el hombre sólo realiza plenamente su dignidad -sólo entonces es plenamente hombre- en el cielo. Entonces su libertad será también libertad perfecta. Aquí en la tierra su dignidad relativa, una dignidad en construcción, consiste en la facultad de unirse a Dios -potencia obediencial-; en ese sentido, la dignidad humana en la tierra entraña la posibilidad de condenarse. Por la imperfección de su estado, pertenece a su dignidad la potestad de elegir el infierno, pero de tal forma que, en tanto en cuanto lo escoge, rebaja su dignidad y se desbarajusta en su misma esencia. No condeno pues la frase, pero creo que habría debido matizarla, y esta carencia de matiz es penosa de constatar, en una mente alerta y exacta como la de Eliot.

#### **Día 4 de Marzo `68 (Estudios)**

Es notorio, que las presentes concepciones acerca de la indiscutible inculpabilidad del ateísmo teórico lleva en la práctica -contra la primera apariencia- a justificar también nuestros ateísmos prácticos. La comprensión de la fragilidad humana, como auténtica comprensión iluminada por Dios, conduce indefectiblemente a la humildad, a la confianza, al deslumbramiento por la bondad del Padre, que nos ama -el cristianismo repite, pero con un sentido de hondura inconmensurable, los versículos asombrados del salmo 8- y al deseo de conversión y cruz satisfactoria por los pecados de todos, que obstaculizan la visión nítida de Dios. Respeta sus misterios -que adora, que disfruta- y por lo mismo, no se desconcierta ante la muchedumbre de ateos o

paganos. Pero obedece sus normas, tanto en lo que respecta a la vida privada, como en lo referente al apostolado, porque arde, literalmente, en ansias de gloria de Cristo, vale decir, de que Cristo sea conocido y amado. No son estos los frutos sólitos de tales posturas mentales. Por lo contrario, constatamos por doquier un reblandecimiento de la fe: una debilitación de la esperanza, un enervamiento de la actividad estricta y primordialmente apostólica, y una desafortada relajación en las normas de nuestra propia vida. Desacostumbrados a contemplar el amor divino, los hombres conciben la misericordia de Dios, como una especie de lejana mirada despectiva, consentidora de cualquier clase de mal -con tal, si acaso, de que no riñan demasiado entre sí- y que va a acabar ineludiblemente, sea cualquiera la vida, con una obra perfeccionadora de esta tierra. El desprestigio de la visión beatífica para el cristiano, es paralelo a la merma de celo por anunciar a Dios. Nada importa conocerle en la tierra, como nada se espera de verlo en el cielo. Lo que cuenta es la relación con los demás hombres aquí abajo, es el trabajo, los mejoramientos de este mundo -en gran parte mejoramientos económicos- y la construcción de una tierra y un cielo -todo visible desde ahora- nuevos, cuya única novedad consiste en que serán el remate normal, inevitable, de una evolución en marcha. Esto es la caridad cacareada a todas horas. Pero el amor de Dios es un celo exigente, es una actividad llameante, que vierte gracias velozmente sobre los hombres, para que cuanto antes, le conozcan y le amen. Y quien rechaza ese amor, lo rechaza como hombre que es, como imagen de Dios mismo, responsablemente. Y Dios acepta la misma repulsa, y ésa es la condenación eterna. La ambigüedad en el lenguaje sobre el infierno indica sobradamente, el bajísimo concepto real que todos estos garlantes tienen del hombre. Un ser irresponsable, a quien Dios tiene que salvar no se sabe por qué. Seguramente, porque a uno le resulta muy duro pensar en sufrir eternamente, y, desconocedor del amor divino, le resulta también duro entregarse a él y dejarse santificar. La verdad es que tal mentalidad se encuentra difusa por todas partes, y es, actualmente, el mayor obstáculo para la santificación de los cristianos. Las consecuencias son, en aparente paradoja, pero en rigurosa consecuencia lógica, los acrecentamientos de la angustia, del temor, de la soberbia...

## **Día 13 de Febrero `75**

Me levanto a las 2,45; una hora leyendo y rezando el rosario, y vuelvo a dormir hasta las 6,30. Ahora una meditación sobre la muerte:

1º El evangelio repite muchas veces (debo examinar los textos) el anuncio de la venida inesperada de Cristo. Necesidad de tenerlo presente.

2º Por muy tarde que venga, siempre, naturalmente hablando, el tiempo es muy breve: «Enseñanos a contar nuestros días...».

3º Puedo morir: muerto-inmaduro. Unica tragedia.. Mi llamada desde pequeño: evitar una muerte inadecuada. Precisión absoluta de morir santo. Más aún: evitar una vejez desdichada. Que no tengan que compadecerme, entretenerme... Una ancianidad plenamente madura, contemplativamente gozosa...

Todo ello induce a una postura de vigilancia. Y cuidar mucho, soy muy capaz de derivar otra vez a la vanidad. La perseverancia final es gracia especial, que no cae en el mérito... Oración perseverante. Una vez más: el proyecto único es la oración constante, no abandonarla nunca. Desde Agosto he sido fiel, y las resultas son bien perspicuas. Los dos últimos días en Toledo, enfermo, pude comprobar como la omisión, aun parcial y ligera, provoca conflictos, riesgos...

De aprovechamiento avaro, ávido del tiempo: no sólo debo eludir la posibilidad de una muerte «mala», sino también la inmadurez. Debo estar plenamente dispuesto al ingreso inmediato en la gloria del Padre. Eso me lleva a desear un aprovechamiento del tiempo acuciante. Aprovechar el tiempo es, solamente, recibir la gracia sin interrupciones. Y ello para madurar en amor -para purificar los apegos, el corazón- para pagar las penas debidas...

Afán, por tanto, de crecimiento, de depuración y de dolor...

4º Todavía hay una pregunta de importancia: ¿cómo me hallo actualmente frente a la muerte? Sin duda, en situación muy positiva, pero necesitada de maduración urgente.

Ciertamente, lo único que me impide desear la muerte inmediata es la conciencia de no estar dispuesto, purificado. Y la conformidad con los designios divinos. Por lo demás: no hay una sola amistad, ni una sola tarea que tenga entre manos, que no se realice mejor desde la gloria, que en la tierra. Por tanto, no siento miedo ninguno, sino viceversa: deseo...

Cuidar los atesoramientos; pero, gracias a Dios, sólo poseo libros, y aun esos constituyen un tesoro muy relativo para mí... Pero es apremiante el liquidar aun, esta parva tendencia a la posesión...

Y pensar que la presura que la muerte imprime a la vida, no es algo que me compete a mí en exclusiva: se refiere a todos... a cada uno... Sentir sinceramente las actitudes de muchos... y trabajar por reformarlas.

A la 1 de la tarde. Meditación sobre el infierno: en substancia, es de fe que puedo condenarme. Actualmente mi distancia del pecado mortal, puede ser muy bien un par de días de disipación...

La debilidad del impacto de la idea del infierno sobre mí, se debe a falta de fe y de imaginación... Pues ciertamente aborrezco el sufrimiento.

Pena de daño: sencillamente: carencia del amor personal y de la sabiduría personal. Ahora, la experiencia triple de ausencia, de rompimiento personal en mi vida me ha causado, en las tres épocas, dolores acerbísimos, intolerables. Y eso a pesar de que, en las dos postreras ocasiones, contaba con fundamentos muy hondos y elementos de superación valiosísimos (Desde luego solamente puedo contar tres ocasiones: las separaciones por muerte -los padres- o alejamiento meramente físico -X- no las he sentido jamás como ausencias). Pensar, nada más, qué sería el verano de hace tres años (o los que sean...) en Lebanza, prolongado indefinidamente, sin remitir...

Lo que he sufrido en mi vida por no saber más... Por no poder estudiar...

Pena de sentido: no aguanto muchas veces el frío, me atormenta el calor, la jaqueca. Ciertamente el infierno es un padecimiento incomparable...

Evidentemente: es absolutamente necesario alejarse lo más posible del peligro...

Celo apostólico: cualquier sufrimiento mío es totalmente desestimable, por alejar del riesgo de condenación a cualquiera...

En cuanto a muchas teorías actuales... No me hacen efecto mayor. Es de fe la posibilidad de la condenación; y no se puede andar con especulaciones alegres, cuando se trata de algo tan única y eternamente serio... Todos los santos han vivido esta realidad para sí y para otros...

Esta tarde repasaré mi situación actual de apegos... Y mañana señalaré orientaciones concretas, especialmente para la cuaresma. Irlas apuntando las que me ocurran.

## **EL TEMOR A LA MUERTE**

**Día 5 de Mayo `88**

Medito Hebreos II, 14-18.

Los hijos que Dios le ha dado poseen sangre y carne, él comparte exactamente, sin ninguna diferencia -ni cuantitativa, ni cualitativamente- lo mismo: la sangre y la carne. Para (finalidad) reducir a la impotencia a aquel que tiene el poder de la muerte... el diablo.

Poca conciencia de lucha contra el diablo, realidad tan reiterada y claramente expresada en la Escritura del NT. Tener el poder de la muerte: dominar en este terreno... Príncipe de este mundo: el mundo de la muerte.

Parece que tener en común (koinoneo: perfecto) indica el lote permanente de todos: la sangre y la carne; el segundo verbo: metejo (aor) indicaría el acto de la asunción de tales realidades: la encarnación. Además el segundo indica el hecho físico; el primero señala los fundamentos constantes de la comunidad...

Los versículos tienen buen sentido, entendiendo que la muerte de Cristo vence al diablo por la expiación del pecado: y así alude al sacrificio perfecto de Jesucristo.

Desde luego, la idea de que la victoria viene de la presencia de la muerte de Cristo, la tengo bastante asimilada; aunque muy poco practicada...

El v.15 alude al temor de la muerte que esclaviza a los hombres... Verdad que no faltan, y acaso menos ahora, gentes que no sienten tal temor. Pero ni ello prueba que no lo tengan, ni menos que no estén esclavizados por él. Todo el modo de existencia depende de su actitud frente al hecho de la muerte, y el "despreciarlo" se explica como modo de eludir el sentimiento de temor... Yo puedo enfrentar alegremente la muerte, a partir de la muerte de Cristo. Ellos no... Y muchísimos siguen experimentándolo paladinamente.

## **Día 1 de Enero `90**

### Notas del oficio de lectura:

1ª Lectura: Hebr. 2, 9-17. La encarnación se describe como para morir, y así aniquilar al señor de la muerte: el diablo, para libertar así a los sometidos a la esclavitud, por temor de la muerte.

Visión de la muerte: Cristo muere realmente en nosotros, si vive en nosotros. La muerte es el último acto vital de cada persona. Y el acto vital dicho es el último -y debe serlo en cuanto a perfección- de una actitud que se va realizando en el "menester de abnegación". Por ello, cada acto vital de abnegación, que es siempre elección de otra posibilidad, aceptación de la posibilidad ofrecida por Cristo para unirse con él.

Y por ello, llevar a cabo esa tarea de liberar de la esclavitud a quienes temen la muerte.

Semejanza con los hermanos: también ha de ser verdad en mi vida. Contemplar sin cesar cómo se lleva a término esa asimilación: participar de su condición, para que ellos participen de la condición de Cristo. Perfección de la humanidad, normalización progresiva de mi modo de ser humano... precisamente tomando sobre mí las humillaciones, sufrimientos, estados de los hombres... Todo esto debe pesar en las decisiones u orientaciones del retiro de hoy.

Para ser misericordioso: mucho esmero en revolver el misterio de la misericordia. Que, si es realmente tal, es necesariamente universal. Esmero, porque en la comparación inconsciente con los demás me veo misericordioso. Y sin embargo de lo que veo, lo soy todavía muy poco; y expreso muy deficientemente la misericordia. Aplazamientos innecesarios, evitables, en la atención a quien sea, sobre todo a los pobres. Incomprensiones respecto de todos... minúsculas críticas, contestaciones bruscas... eliminaciones de mortificaciones que podrían ser muy eficaces... La forzosa vocación de expiar los pecados del pueblo, por la intención constante y perseverante: por la ejecución de pequeñas contradicciones psicológicas o corporales... y eso "con alegría".

## RELACION CON LOS SALVADOS

### Día 25 de Julio `66 (Estudios)

El esfuerzo del crítico para comprender, para ponerse en lugar de otro autor, y de los hombres de otra edad, debería ser un esfuerzo de la caridad. Y el acompañar a las gentes de otra época, en sus goces estéticos, es una aplicación, como otra cualquiera, del "alegrarse con los que se alegran". No olvidarlo jamás: para el cristiano no hay muertos.

### Día 7 de Febrero `87

De Virginia Woolf: La presencia de lo pasado. Lucha contra las convenciones. La abnegación de criterios y actitudes recibidas inconscientemente, realmente impuestas; una costra que reprime el crecimiento de la personalidad real; el impulso de los dinamismos reales... Ello produce personas inmaduras, tanto por lo que no tienen desarrollado, como por lo que tienen desarrollado. Rebeldías contra lo que debería ser asumido, recibido; asunción de lo que debería ser rechazado...

Necesidad de "realismo", que sólo puede iluminar el Espíritu Santo, que nos capacita para discernir... La actitud ante los muertos: olvido - formas de presencia ilusorias - ilusión de desvanecimiento, reconocimiento de la presencia real de quienes traspasaron la condición terrena.

Formas ilusorias: non omnis moriar - encerramiento de lo pretérito. Una muestra más de la coherencia como manifestación y prueba del realismo: la presencia de la persona "muerta" me dirige más intensa y realmente a las que "viven" en condición terrena; la presencia ilusoria me desvía de ellas, o me priva de una colaboración más eficaz en mi atención a ellas.

Respuesta creativa a los recuerdos. Estimo muy importante este darse cuenta de la actitud frente a lo pasado. Pues, si no se admite el influjo, éste se produce inconscientemente, y, como jamás será perfecto, daña sin que podamos conocerlo ni enmendarlo.

Actitud: agradecimiento - contrición. Historia personal de salvación.

### Día 27 de Febrero `90

La liturgia de los santos: las "memorias": el sentido real de la conmemoración litúrgica. La presencia de la Iglesia del cielo, del

purgatorio... Aquí se esclarece la maternidad de la Iglesia: si puedo tener la alegría de "mis muertos" es porque viven; pero viven, conviven verdaderamente conmigo, y yo puedo saberlo -tener la certeza, saborearlo- porque somos hijos de la Iglesia, porque vivimos en ella y de ella.

Naturalmente aquí en la tierra, esto se me esclarece de modo superlativo con P.M., puesto que los signos de convivencia han sido mucho más expresos durante años, y en esa vida de la Iglesia, ya desde el comienzo de nuestro trato. Que sólo alcanzará su perfección cuando yo muera, y sobre todo cuando los dos resucitemos. Lo primero puede retrasarse un poco, o llegar muy pronto, hoy mismo... lo segundo, mirado desde nuestra tierra, va para largo...

En todo caso si todavía no lo tenemos, ya lo saboreamos. Los dos... Mejor ella que yo, claro.

La maravilla es que en suma, lo que queríamos personalmente, lo que hablábamos como algo satisfactorio en nuestra propia relación, se va cumpliendo, y mucho mejor desde el otro día, desde su "paso al Padre". Y lo que temíamos que pasara, lo que nos dolía que hubiera pasado, lo que nos fastidiaba que estuviera pasando... todo eso ha pasado para siempre.

Suelo decir que la vida en la tierra, digan lo que digan, no es una tragedia, pero es una "lata"; pues precisamente esa "lata" -lejanía, dificultades de comunicación, cartas, correos, huelgas...- eso ha pasado para siempre. La intimidad ha crecido mucho... y sólo queda la certeza del crecimiento en la medida de mi santificación. Esta es la realidad. Y estimo gracia particular -pues no veo que le pase a muchos- que lo vea, lo sienta así espontáneamente. No tengo que discurrir, como tenía, por ejemplo, que hacer para escribir una carta, o para variar el tono de la carta misma... Y lo mismo, sé, sucede en cualquier relación humana, genuinamente humana, con sus crecimientos y sus retrocesos o parones...

### **Día 3 de Marzo `90**

Frecuencia de confesiones, de exámenes, incluso si no son muy regulares, con ansia de ser purificado. Aun si ahora, me parece, que los actos deliberados no andan del todo mal, he de tener en cuenta la miopía espiritual para advertir suciedades indudables, y la prolongada historia de pecado en mi existencia anterior. Mucha, mucha impureza hay y más debe de haber, que yo no vislumbro siquiera.

La tendencia general es gruñir contra todos, y luego de muertos, decidir que eran santos... Así satisfacen todos sus malas tendencias... Pero la realidad es lo contrario: no puedo juzgar de los pecados en la vida terrena;

no puedo canonizar a nadie después de muerto. Siempre la persona humana, cualquiera que sea, es pecadora llamada a santa; y siempre queda en el misterio -salvo el misterio de la canonización- de las operaciones secretas divinas, sobre todo en los momentos de la muerte. Puedo tener, desde luego, certezas de salvación; pero jamás pasaré de presunciones de pura santidad, de situación celestial. Ello me estimula a trabajar por la purificación de todos, incluso de los que ya pasaron a otro lado del reino de la muerte. Sin que me estorbe la comunicación gozosa y humilde con ellos...

Jamás he pensado tanto en la muerte; pues diría que es la primera vez que me experimento como habiendo muerto yo mismo. Así lo decíamos, y era cierto. Y eso significa: también por vez primera experimento la salvación como alcanzada ya. Un Ya parcial, en bosquejo, pero real...

#### **Día 4 de Marzo. Domingo I de Cuaresma.**

Oración de 5 a 7,30. 1/2 hora previa de lectura con discursos del Papa. Relectura de los textos litúrgicos desde el miércoles. ¿Qué prácticas cuaresmales se van realizando? ¿Qué pobres asistidos; qué pecadores evangelizados; qué mudanzas en los modos de vestir, de comer; qué reuniones cuaresmales de oración, clamando por el perdón de los pecados? La figura de la ciudad prosigue sin variación alguna... Y reclamamos misericordia, en nombre de nuestras prácticas cuaresmales, penitenciales. Pienso en el Ramadán de los musulmanes.

Es exactamente pura comedia. Como quien asiste a un espectáculo de fantasía, o lee un cuento de hadas, un cuento, por ejemplo, de Andersen. Ya sabemos que no hemos de hacer caso. Gusta oírlo, leerlo, contemplarlo. Pero sin más incidencia en nuestra vida, que haber descansado un rato.

Pensar más y más, que toda palabra divina se ha escrito para ser cumplida. Forzosamente ha de haber circunstancias en que hayamos de cumplirla. Sacudir el polvo del calzado, abandonando la ciudad donde se nos rechaza... ¿No va planteándose la interrogación respecto de la diócesis? Absolutamente esencial la afirmación escrita: toda palabra de Dios ha de cumplirse, y toda postura personal que la anula es, necesariamente, mentira.

Ciertas actitudes enneguecen, sin más, pues psicológicamente incapacitan para la operación. Quien tema al juicio del mundo, o las persecuciones, o la angustia psicológica posible, como consecuencia de las obras evangélicas, forzosamente procura no ver. La sorprendente capacidad del hombre de "no enterarse"... de interpretar los sucesos de manera tranquilizadora para su manera de ser, su debilidad... ¡El Señor habla de entender los signos del Reino! de su venida, de su presencia...

La ausencia del esposo, del novio... Quien tiene ganas de música, de comilonas, es que no siente tal ausencia. Los versos de Sta. Teresa: véante mis ojos...

Las reacciones ante la ausencia parcial de los que pasan al Padre, pero comenzando por el Señor mismo: conciencia, sensación casi, de la realidad de su presencia; pero en cambio, desvanecimiento del aliciente de las criaturas de la tierra; impaciencia por verlos, ansia de la muerte y de la resurrección... Nada de nada. Cuatro lágrimas o lamentaciones, certezas falsas... porque somos hombres lloramos; porque queremos estar tranquilos, los colocamos en el cielo; porque vivimos en la tierra, olvidamos...

Todo lo contrario de la realidad: porque somos hombres gozamos de la salvación; porque estamos ciertos de ella, no podemos olvidar, pues hemos pasado a otra manera de vida respecto de ellos: no hay recuerdo ni olvido, sino presencia; porque los amamos, deseamos realmente ir con ellos, y las cosas, y los acaecimientos de condición terrena pierden mordiente, aliciente... Y en cuanto a los hombres, las personas humanas, no Cristo-divino, ni la Virgen o los canonizados -excepciones por diversos capítulos- rezamos y nos sacrificamos por ellos, pues salvados y todo, pueden estar todavía sufriendo, necesitando de nosotros sufragios, aunque a la vez puedan darnos mucho más por la salvación ya realizada.

No me acuerdo de PM, como no me acuerdo de Jesucristo. No puedo acordarme de quienes están conmigo; el recuerdo va siempre a lo ausente. Y luego, aunque ya interviene mi manera especial de ser, no me atrae mayormente la posesión de "recuerdos" o la visita a los lugares de su vida terrena -aquí sería tierra santa, Perú- por esta absorción de lo real actual. Si los tengo a ellos ¿para qué voy a ir a buscarlos?. Presencia real eucarística, espiritual, de Cristo; eucarística también, a su modo de participación, especial de PM, y en su orden, de todos mis amigos, de quienes dicen que han muerto, porque han sido confirmados indefectiblemente en la vida... Lo mismo que no me pesa ni me duele dejar para siempre el lugar de mi nacimiento -el cuarto donde nací-, porque mi nacimiento, como hecho mío, lo llevo en mí mismo para toda la eternidad. No les reprocho sus estilos -el Cura de Ars guardaba un espejito del Sr. Balley- simplemente yo no soy así... Y me gusta más mi peculiar estilo, porque es más realista, más personal... Y a última hora más gratificante. No dependo de hechos y lugares; en este sentido, vivo fuera del tiempo y del espacio.

## INTERCESIÓN

**Día 28 de Abril `72**

Segundo aniversario de la muerte de mamá. Murió a las 7'40 de la mañana. En esos momentos estaba hoy celebrando, hace poco más de media hora. Proyecto de madrugar un poco más, de hacer una especie de retiro. Proyecto fallido, pues no me he despertado hasta pasadas las cinco. De todas maneras, sí he podido orar un rato. Se aviva la conciencia de la muerte como triunfo, como vida. No es por ellos -mamá, papá, Basi...- por quienes siento preocupación. Seguridad de su victoria. Con todos los defectos, a lo largo de su paso por el mundo, fueron los tres fieles a Cristo. Anduvieron por este Camino único, aunque a veces, y acaso muchas veces, desfallecieron al andar. Pero durante muchos años no se salieron jamás de él. Tengo toda la seguridad accesible a un sacerdote, que ha convivido con ellos, de su pureza esencial, respecto de pecados mortales, quiero decir. Y porque caminaron por el Camino, han tenido que llegar necesariamente a Dios. Sus enfermedades finales, sufridas con humilde paciencia -con las menudas impaciencias cotidianas, por supuesto, de todo el que no ha alcanzado la santidad plena- debió de purificarles, y su muerte les conformó con la muerte de Cristo. Paz de mamá; seguridad perfecta y serena de su arribada al cielo. Deseo de él...

Victoria de Cristo. Visión impresionante de belleza soberana. El triunfo de Cristo en la resurrección es ciertamente maravilloso; pero su triunfo en la muerte de los cristianos... Que estas pobres personas, tan débiles en suma en su vida, tan sujetas, después de todo, a las pequeñas, ridículas manías humanas, tan sensibles a tantas menudencias bobas, puedan estar ahora gloriosas, soberanas de estas visiones, de estas tendencias que yo persigo hace tantos años sin alcanzarlas... Grandeza de Cristo en nuestra muerte. ¡Este sí que es el paso del Señor! ¿Quién es éste, que pasa por la muerte y la transforma?.

Además de esta paz y gozo ante su muerte, mi postura -que deber ser la normal de un cristiano, ante los llamados difuntos cristianos- incluye doble aspecto: esperanza en su ayuda. Ninguno de ellos pudo comprenderme en la tierra. Inevitable incompreensión brotada de las diferencias de edades, vocaciones, modos de ser; incomunicación debida a las barreras de nuestros egoísmos. A decir verdad, sobre todo del mío. Como quiero analizar un poco luego, he tenido necesariamente que huir la excesiva comunicación con el prójimo, dado que lo personal más íntimo no era, lícitamente, comunicable. ¿Qué hubieran pensado ellos de mi vida? No eran santos para comprenderlo todo, pero eran incomparablemente, ya en su vida por aquí, más virtuosos

que yo. ¿Cómo hubieran reaccionado ante la confidencia de esta red intrincada de mis pensamientos, mis deseos, mis voliciones, tan ininteligiblemente contradictorias?

Pero ahora me comprenden; al menos me entienden, me pueden ayudar. De hecho, parece que ha sido a raíz de la muerte de mamá, cuando mis sendas van siendo enderezadas. De todos modos, es cierto que me ayudan. Los tres tuvieron el celo de Dios. Papá laboró intensamente en apostolados exteriores; mamá y Basi rezaban por todos, ofrecían por el mundo sus padecimientos. Hoy, ya purificadas, ya ardiendo siempre la caridad que alcanzaron, su celo es incomparable. Y debo esperar que me lo comuniquen. No, no puedo decir que fueron santos en su vida; pero sí, espero, que los tres lo fueron en su muerte.

Arrepentimiento por mi conducta con ellos, y al mismo tiempo esperanza en el valor retroactivo de la oración. Arrepentimiento. También aquí palpo la gracia de Cristo superando la naturaleza. Un índice, que establecí hace muchísimos años, para juzgar mi nivel espiritual, fue el comportamiento con ellos. Y el resultado fue siempre condenatorio. Jamás alcancé el mínimo de expresión externa, que pudiera manifestar un grado de caridad medianamente elevado. Jamás superé las dificultades engendradas, allá en la niñez, por los egoísmos de todos. Por añadidura, soy bien consciente de las deficiencias de mi ayuda en sus últimas épocas. Como sacerdote, ¡cuánto más pudiera haberles auxiliado en aquellas postreras luchas por la santidad! Y sin embargo, no conozco lo que suele llamarse «remordimiento». Sino es pena tranquila, y relativamente humilde, del que no ha subido hasta donde debía subir. Y esta confianza de que mi oración venidera, cuando Dios me transforme, habrá sido tenida en cuenta por Dios para llenarles de gracias a ellos. Un estímulo, no una angustia paralizadora.

Y esto es pura gracia. Pues no es así mi temperamento. Por mi naturaleza, me hubiera encerrado en la intranquilidad, en el escrúpulo, y acaso hubiera caído en la desesperación.

Muchos bienes dejé de hacerles que pude -que debí- haberles hecho. Ellos ciertamente me perdonan, pues están en el cielo. Me perdonan: es decir, me tornan a ofrecer la amistad que yo rechacé en la tierra. ¡Aquellos pobres intentos de papá, para tender un puente sobre la inevitable ruptura de la mutua confianza! Pero entonces no producían sino pesar ineficiente; hoy, desde el cielo, puede alcanzarme gracia interior transformante, eficaz...

Al modo que a los 13 años repetía, miles de veces, los mismos poemas, ahora reiteraría las expresiones de admiración ante la obra de Cristo en mí. «Stupenda patravit inter filios hominum». «Me hizo cosas grandes el poderoso». ¿Cómo después de tantas repulsas, a sus ofrecimientos reiterados, apenas ceso un poco en mis resistencias, se multiplican, se

intensifican, se matizan y se expanden estas visiones sobrenaturales, que me inundan interiormente como avenidas incoercibles?. Esta es realmente mi experiencia de Dios, y si no única, por lo menos rara, pues nadie se ha opuesto tanto como yo a su gracia. Como fondo a la historia del amor divino, yo escribiría con gusto mi vida: «historia de una cobarde resistencia».

## **Día 1 de Marzo `90**

Pensando en la ayuda indudable de PM. concluyo que debemos acudir con fe, gozo y confianza, a aquellas personas que han trabajado, imperfecta, pero sinceramente, en edificar la Iglesia diocesana. Pienso ante todo en Antonio, pero también en papá mismo, en los mártires de Acción Católica... Paula María salió de la diócesis, y aparte de ello, o como fruto de ello, estaba singularmente interesada en nuestra labor diocesana. ¡Qué será ahora!. Con tales personas debemos contar ante todo, y no con la partida de bolos que forman el conjunto de sinodales, y lo convierten, lógicamente, en una partida de bolos. Pero Dios puede mudarlos todo... ¡Y seguro que quiere!.

Releyendo las máximas de S. Felipe, advierto la necesidad de afinar el entendimiento para entender rectamente el pensamiento de los santos, y en general de cualquier autor o interlocutor. Pues cada frase va dicha en situación singular de tiempo, circunstancias, humor, etc. Y por otra parte, caigo en la cuenta de mi imperfección terrible en todas las virtudes. Apenas las tengo a medio hacer... Y ello debe literalmente aterrarme; pues me indica el riesgo de morir sin ser santo, y de ser infecundo en mis operaciones... Como la fábula de Samaniego:

tantas idas y venidas  
tantas vueltas y revueltas  
quiero amigo que me digas,  
¿son de alguna utilidad?

Pero ando -y andamos- como las ardillas... Muy simpáticas y graciosas a veces, pero estériles y apenas vivientes.

## **Día 5 de Abril `90**

Me parece que la conclusión única, de este retiro, habrá de ser insistir en la oración -y predominantemente eucarística- y en la fidelidad a los cuasi-imperceptibles movimientos del Espíritu.

Esto va muy preñado de consecuencias, pues pienso que, a estas fechas, soy bastante perspicaz para discernir no pocas insinuaciones de

intenciones o actos que antaño -un antaño que no lo es, sino reciente- me pasaban por lo común inadvertidas. Pero ese ejercicio de fe, como discernimiento, es lo que me puede formar, para alcanzar muy prestamente las últimas decisiones. Imprevisibles, aunque parezca otra cosa, dada la novedad característica del evangelio.

Por más que se diviertan con ello, y por más que sepa que no sabemos nada de tal futuro, yo literalmente siento que llevo recorrida casi la mitad de mi vida ministerial. Lo que equivale a: me quedan más de 37 años de vida de cura., o simplemente: de vida en la tierra.

Entre otras posibilidades está la siguiente: mi tiempo psicológico puede apresurarse de tal modo, que en poco espacio llene muchos tiempos... De todas maneras afronto largo porvenir, no sólo eterno, claro, sino temporalmente prolongado, con empresas desmedidas por hacer. Me tiene sin cuidado equivocarme, cosa que puede fácilmente suceder; en todo caso, que hay algo muy importante, no tiene duda en la Iglesia, ni siquiera en mi colaboración. Pero, cierto, en absoluto puede ser quehacer de pocos días incluso...

Al llegar al pasaje en que se relata la muerte de Hurrel Froude, y su efecto en Newman, se desatan bandadas de pensamientos en mi cabeza. Ante todo la diferencia normal: no puedo sentir pena por tales «muertes». Pero luego, y supuesta su presencia evidente -y con PM naturalmente me vienen también Antonio, Aparici...- ¿no podemos, o debemos admitir, que han dejado en la tierra una obra para la Iglesia en la tierra, que los que estamos todavía en la tierra debemos pulir y acaso llevar a cierta plenitud?. No se trata de las conservaciones nostálgicas de la casa, las habitaciones, las camitas o las pelucas... se trata de pensamientos y sentimientos que no llegaron a desarrollar -por falta de tiempo, por falta de misión- y que ahora han de desarrollar con nosotros, asistiéndonos para tal desarrollo. ¡Ahora que ven! ¡que son infalibles! ¿Quiénes como ellos mismos, para conocer lo real y lo irreal, lo justo e injusto, lo oportuno y lo inoportuno de sus aportaciones, ahora que VEN en el cielo?

No es más que una profundización, muy poco sensible, nada sensiblera, de doctrinas comunes: los miembros de la orden, fieles al «carisma del fundador». Y es valorar la amistad, como algo que mientras estamos en la tierra uno de los dos, de los amigos, exige su desenvolvimiento en la tierra...

Tengo papeles de Aparici, de Antonio, de D. Anastasio, de D. Elías y sobre todo de PM., que en punto de amistad en la tierra es absolutamente singular. Se trata de ponernos los dos, sin peligros de perder tiempo, para exprimir el zumo de lo que Dios la haya dicho en la tierra para la tierra...

## LA VIDA ETERNA

**Día 22 de Octubre `72**

Despierto tarde, pasadas las 6. Pero hay tiempo, relativamente largo, de oración, puesto que la Misa no se celebra hasta las 9. Ayer día mediocre: pasé, con mucho, la cajetilla de celtas y bajé a cenar. Verdad que un día a la semana me permito ese lujo, según los planes teóricos... Y la tarde quedó vacía de visitas. Y a estas fechas aseguro que el diálogo con las gentes, o mejor dicho la predicación individual o de grupo, me vigoriza espiritualmente. Hoy en cambio, el panorama es muy apretado. Acabada la Misa, retiro en el Divino Maestro, a la 1, entrevista con X. y por la tarde de 4 a 11, al menos, seminaristas...

El capítulo de La Puente sobre la unión con Cristo en la comunión, óptimo. La comunicación que Cristo quiere hacernos es prolongación de su unión con el Padre. Ilimitada por consiguiente. San Gregorio Niseno -citado por el autor- «Ut id efficiamur quod ipse est». Y comenta: «Para que dejando de ser lo que somos, seamos lo que él es; de modo que lo que él es por naturaleza, lo participemos por su gracia con inefable semejanza». «El mismo Cristo también come tu espíritu y corazón, pues le muda y transforma en sí, como el que come, transforma en sí el manjar que ha comido».

Todo el rato, desde que he comenzado la oración, conciencia muy vivaz de intercesión. Así como nuestra comida, nuestro ejercicio, se realiza por medio de ciertos órganos concretos, pero aprovecha a la persona entera, así mi oración es oración de la Iglesia total, aunque ejercida por mí, si este yo que actúa se ejercita realmente como miembro, consciente y amorosamente, confiada y deseosamente, las luces y los impulsos recibidos caen eficaces sobre tantas personas como no pueden disfrutar de estas horas dichosas de intimidad divina. Y pienso, por supuesto, una por una en tantas personas conocidas, a quienes yo quisiera contemplar iluminadas; pero incluyo, sabiendo -saboreando- también su personalidad peculiar, en tantas otras desconocidas para mí en la tierra, pero perfectamente conocidas por Jesucristo, que es quien me mueve a la oración, quien en cierta manera verdadera, ora en mí, por su Espíritu que enciende estos inenarrables deseos. Sí, estos interiores esclarecimientos centelleantes acerca de la comunión sacramental, aunque percibidos en estos momentos por mí solamente, frutarán en las comuniones de otra muchedumbre de cristianos, que carecen de esa gracia individual de vacar horas y horas a la contemplación de tales realidades superlativas. Así cuando escriba o hable, puedo obrar con el interno sentimiento de seguridad de que mi palabra cae sobre algo que interiormente poseen, aunque se hallen privados de la expresión racional

humana manifestativa; y por ello, ni siquiera se sepan dueños de semejantes tesoros.

Ello anima mi esfuerzo; atiza mi deseo de oración. Garlen por ahí quienes quieran, declarándose contra el espiritualismo que nos lleva a los muy pocos a orar prolijamente; nosotros vivamos en esta intimidad ya consciente, y ciertamente humildísima, pues la oración misma aviva la conciencia de nuestra horrible, penosa situación deficitaria. No acortemos, sino prolonguemos más y más estos espacios nocturnos, estas horas de gracia, en que además alcancemos la capacidad de acoger gozosamente, sin sensación de trabajo, sin tentación de sentimientos de generosidades soberbias, a cualquiera de esos hombres por quienes hemos orado.

La comunión aumenta -y en su caso produce la primera- la gracia. Es decir, alimenta la vida sobrenatural. Voy ahondando y extendiendo este aprecio y este conocimiento y deseo de lo que significa participar de la naturaleza divina: ser divinizado. Voy sintiendo paulatinamente la pena de la desestima general de este don supremo; el ansia de que sea conocido, apreciado, buscado. La Misa actual, en los textos del ordinario, lo reitera muchas veces. Pero los sedicentes partícipes no suelen enterarse cosa mayor de estas levantadísimas realidades que les rodean, que se les ofrecen. Y aquí hay alimento para nutrir la estima de mi vocación: la misión mía, la que en concreto me ha sido confiada ahora y aquí, es cabalmente esa: despertar y acrecentar, sin término, el conocimiento y el anhelo de estas realidades, en un grupo de jóvenes que, a su vez, van a recibir idéntica misión. ¿Cuántas personas disfrutarán en el cielo, mucho más, del comercio con las Personas divinas, precisamente porque yo he guardado la fidelidad esencial a una llamada acogida a los 17 años? Aspecto consolador -con el consuelo que suministra el Espíritu Paráclito- de una verdad total, cuyo desolador aspecto es el siguiente: ¿cuántas personas habrían disfrutado más, eternamente, de esta intimidad divina, si yo hubiera guardado la fidelidad total al llamamiento de mis 17 años?

Y la vida que proporciona es la misma vida de Dios; eterna. Pienso que si yo contemplara -con el sentido más alto que tiene espiritualmente la palabra en los mejores espirituales; con el sentido humano hondo que tiene en los mejores poetas, como un Rilke- esta verdad, esta donación de eternidad, me sentiría, hasta sensiblemente, tan atraído por su aliciente, que todo lo demás se me tornaría inasequible. No podría, literalmente, detenerme en nada, pues es cierto que tengo sed de eternidad; que lo pasajero, lo perecedero, me ofrece tal amargura, que no puedo acercarme siquiera a ello. Con tal que lo observe como perecedero, claro. Y por otra parte, que toda unión humana, a la que ciertamente me siento tan llamado, toda amistad, no tiene sentido sino ahí, en una vida eterna.

Y la acrecienta sin tasa. No, no existe confín alguno, por nuestra parte, ni siquiera imaginable, para la exuberancia de Vida que se nos ofrece. Ciertamente nuestra posesión tiene fronteras; pero tales confines están mucho más lejos de los últimos términos donde nuestro deseo alcanza; están exactamente donde llega la capacidad de nuestro deseo real; capacidad inexpresable, inconcebible para nosotros aquí; capacidad que es aumentada a la vez, pues cada crecimiento en la vida total incluye, ineludiblemente, acrecimiento de esperanza.

Y con ello, en conexión necesaria, produce gozo. Gozo inefable, tan subido sobre los gozos que acostumbramos a sentir, como está levantada la sobrenaturaleza por encima de la naturaleza. Y La Puente señala: «los embriaga de modo que pierdan los cuidados del siglo, y el miedo de la muerte y se olviden de todo lo terreno» (cita de San Ambrosio). Embriaguez: concepto usado con relativa frecuencia por mí, y sin embargo, nunca demasiado vivido. Este es el modo del desasimiento: «con ansias en amores inflamada». Un poco de conocimiento nos lleva a la comunión «un poco» preparada, con «un poco» de desprendimiento de «unas pocas cosas». Y esa comunión nos enciende -aun imperceptiblemente- y nos faculta para nuevos menudos despegos... Y así el proceso corre en nuestra vida, y un día podemos contemplar que tantos objetos, tantas personas, tantas actividades han quedado ya fuera, lejanas del campo de nuestras tendencias; y podemos constatar que no ha sido ello fruto de nuestro esfuerzo, inductor de soberbia, sino fruto no más del superlativo aliciente de Cristo, que se nos ha ido descubriendo, comunicando día tras día, y que nos ha inundado, hasta redundar de unas alegrías, cuya esencia ni podíamos sospechar, cuya existencia misma estaba fuera, lejana, muy lejana, de toda posible conjetura terrena.

Crear vivamente en estas leticias ignotas para casi todos. Creer, predicarlas, colaborar con El para que se multipliquen las personas que han llegado a percibir las. Que cuanto antes se desvanezca esta ilusión de que la vida cristiana es muy dura, que supone, que exige, el dolorosísimo sacrificio de las realidades auténticamente letificantes en la tierra. Sacrificio sí, pero ello es sublimación de los objetos, sublimación de las potencias, sublimación de los gozos: sublimación, en suma, de las personas mismas.

## **Día 26 de Julio `83**

Sin que me sea muy gravoso, tanto corporal como psicológicamente, no podré jamás encontrarme a mi gusto en la tierra. Algo que debe estar presente siempre en el ánimo, sin constituir obsesión, ni condicionamiento a

la acción divina. Por lo contrario: un estímulo, al menos una ocasión, para la esperanza. Y una cala en la realidad: no pretender que nadie sea dichoso en este mundo... La felicidad de la tierra es meramente inicial: felicidad de una vida eterna, meramente comenzada, y con velos, obscuridades, obstáculos, aquí abajo...

La manía de «hacer la vida agradable» sólo deja de ser manía, para tornarse en realización personal -razonable- del amor, cuando tiene en cuenta la relatividad del agrado... Un camino, como tal, no puede caracterizarse por lo grato -ello es bueno para «un paseo»- sino por la posibilidad de ser recorrido, con las menores dificultades, con la mayor rapidez...

## LOS ANGELES

### Día 21 de Agosto `68 (Estudios sobre Rilke)

Las divagaciones sobre los ángeles. El que no cree se preocupa mucho más de ellos, que cuantos confiesen su existencia. Calidad superior de la existencia angélica: realidad. Comparación con nuestra vida. El ha visto, que el conocimiento del hombre acerca de sí mismo lucra no pocos logros, con el confrontamiento con los ángeles. El estudio de estos seres realísimos debería constituir también faena predilecta y perseverante para mí. El ángel como puente entre la realidad visible y la invisible. Hay aquí toda una visión muy honda de la realidad. En efecto, los ángeles viven conexos con el mundo de los muertos y con el de los vivos -llámase muerto y vivo a unos o a otros, a los que están todavía en el cuerpo, o a los que ya lo han abandonado-. Están fronterizos entre lo terreno y lo celeste. Y su mero contacto es ya iluminador. El ángel irradia efluvios cósmicos. Y todo esto no es más que la expresión poética de la realidad revelada. Debe de ser caudalósísimo el amor del Padre a los ángeles. Otra empresa gustosísima: repasar el tratado de Santo Tomás y seguir en la Biblia las manifestaciones angélicas. Me parece que, si algo quieren decir es, al menos, que Dios actúa en todo, mal que le pese a González Ruiz. El ángel de Tobías, los ángeles de Elías.

Y un recorrido por la historia de la Iglesia, con estaciones en los templos maravillosos, que son las almas de los santos. En todos ellos se arremolinan los ángeles, se arraciman en actividad infatigable. No ha habido apenas santo, que no haya gozado del comercio con estos seres robustos y bienhechores. Más cercanos a Dios que nosotros, más partícipes que nosotros de su Fuerza, de su simplicidad. La personalidad de los ángeles. Si es verdad -y lo es irrefutablemente- la doctrina que a la continua predico, de la acción suscitadora de actividad que Dios ejerce, ya se puede comprender la medida -incomprensible para nosotros- de la actividad angélica. Su función en el universo, en la ordenación del mundo. Rilke ha visto bien y ha calificado muy acertadamente:

Tempranas perfecciones, vosotros, seres mimados de la creación...  
articulaciones de luz, pasadizos, escaleras, tronos,  
espacios hechos de esencia, escudos de felicidad...

Espejos que expanden a oleadas la propia belleza  
para reproducirla de nuevo en su rostro.

Hablo, con frecuencia, de la "clave teológica" indispensable para el conocimiento del hombre. Pero una de las notas de esa clave es, precisamente, el ser angélico. Por lo que tiene de semejante -por lo que tiene de disímil- por lo que tiene de conexo. Es preciso un estudio comparativo entre el hombre y el ángel... Y es forzoso integrarlo cuanto antes en mi predicación. El ángel como espejo. No diremos que quien se mira al espejo se evade de sí mismo. Por el contrario, es allí donde se encuentra y donde siente la sollicitación de la huída, quien no puede contentarse con su perfección, o no tiene humildad para satisfacerse con su imperfección. Los modernos católicos han hecho, ni más ni menos, que la vieja del romance de Quevedo: arrojar el espejo. Y hay que recomendarles, como el poeta a su criatura

arrojar la cara importa,  
que el espejo no hay por qué.

Cuando faltan estas dimensiones espirituales del acrecentamiento, los llamados progresos son puramente accidentales y, por tanto, nuclearmente ambiguos. Los ángeles son "espacios hechos de esencia", y el hombre los huye. Prefiere "dominar", según su lenguaje pedante y embaucador, los espacios constituidos de accidentes. Ir a la luna. Lo que él puede medir, calcular. Lo que le da impresión -por falsa que sea- de señorío. Aunque, si reflexiona unos instantes, acaba constatando que el tal señorío suele terminar en el rompimiento de la crisma. Pues nuestra relación con los ángeles, excluye de suyo, la soberbia. No es relación de dominio, sino de sumisión: recibir lo que ellos quieren comunicarnos. Y saber que ellos nos protegen. Aquí tenemos también el concepto de servicio, pues no dudaremos que los ángeles nos son superiores. Por algo los Obispos -o sus equivalentes- son llamados ángeles.

## PAGANISMO Y NOVEDAD CRISTIANA

### Día 29 de Septiembre `67 (Estudios)

El sentido de la gloria futura. Según me iba sugiriendo el contacto con los latinos, Jaeger lo presenta como algo esencial en el hombre pagano. Sería suculenta, una sosegada y prolongada meditación sobre el tema. Pues el deseo de la gloria póstuma es consecuencia necesaria del ansia de pervivencia, en todo aquel que no cree -aunque la afirme en su pensamiento- en la inmortalidad, y que al mismo tiempo posee un sentido personal. En muchos modernos, la prevalencia del sentido de clase, de comunidad reducida, este anhelo toma la forma de ilusión progresista, de complacencia en los futuros paraísos terrestres.

### Día 2 de Noviembre `67 (Estudios)

Si escribo esta noche, ya casi esta mañana, es meramente por desahogo. Ese desahogo de quien goza intensamente, y como ha recibido la comunicación de la palabra, acrecienta su gozo conversando. La noche ha sido variada en actividades: me levanté a las 3,30 -y me había acostado casi a las 12- pero la jaqueca era demasiado intensa, para no amenazar la integridad del día entero, y así, después de estudiar un poco, mientras tomaba el nescafé, volví a echarme, a oscuras, durante cerca de tres cuartos de hora. Las tinieblas y 3 cafiaspirinas me restituyeron la capacidad normal, y me entregué a la lectura del libro primero de las Tusculanas, hasta terminarlo. Y ese fue el gozo. En primer lugar, es maravilloso contemplar la mente humana tanteando, atisbando la verdad, entre sombras, entre ignorancias, y lanzando afirmaciones, o más bien presunciones, atinadas. Admirable verla acertar en un ambiente de ignorancia, vislumbrar la luz en medio de las tinieblas. Estupefaciente mirarla disfrutar de sus hallazgos. Luego, todo esto confirma las ideas establecidas en Teología, y tantas veces y tan calurosamente expuestas por mí, de la potencia e impotencia del hombre natural, y de la incapacidad de arribar a la visión de Dios partiendo de las criaturas. Así hace -¡qué otra cosa podía hacer!- Cicerón, en compañía de todos los filósofos antiguos. Y así es letificante su tino, como es jocunda su incertidumbre. La contextura del libro, sin más. Su disposición, por la cual se examinan las dos posibilidades, la inmortalidad y la muerte total. Sí, porque hacía falta la resurrección de Cristo, para que el hombre tuviera la seguridad absoluta de la resurrección; en rigor no existe, como cierta, más inmortalidad que ésta. La supervivencia era puramente probable, asunto

cuestionable, y de hecho cuestionado. Las controversias se extienden fuera de la Iglesia Católica, y los filósofos no saben probar definitivamente, la existencia, del alma sin cuerpo. Y es que, en realidad, no hay tal existencia sino como provisional. Por eso, todo el discurso de Cicerón, todos los ejemplos propuestos, no son, aun en su mente, bastantes a tranquilizar al vulgo. La maravilla del cristianismo, como notaba sagazmente San Justino, es que transforma en egregia a la gente más gregaria; en aristócrata al más vulgar. Y esto no en posibilidad, o en excepción, sino en realidad y en masa. ¿Quién podrá negar la evidencia de la resignación, cuando menos, de multitud de cristianos ante la muerte, precisamente porque creen en otra vida?. Hay por cierto otra pasividad, otra conformidad, que es la del animal, pero más baja aún, porque supone el desbarajuste de la persona. Pero estar encima de la muerte, siendo por otra parte un cualquiera, y estarlo personalmente, con plena conciencia de lo que es, no agazapándose o escapando para no verla; he ahí algo exclusivamente cristiano. Aunque Cristo pueda concedérselo a un pagano.

Y por contera la elocuencia ciceroniana. Hay párrafos que impresionan hondísimamente, sobre todo los dedicados a cantar, más que probar, la inmortalidad del alma. Las descripciones del gozo de las almas separadas, de sus inefables delectaciones. La comparación con nuestros disfrutes intelectuales. La substancia del libro es persuadir de que la muerte no es un mal: pues, o no se siente nada, o se...

### **Día 7 de Noviembre `67 (Estudios)**

Es inútil. No puedo estudiar ahora, pese a las buenas dosis de nescafé ingeridas. Habré de acostarme inmediatamente, y tratar de madrugar a las 2,45. Para comenzar inmediatamente con Cicerón, anotaré concisamente mi sensación de luminosidad de los postreros días. Lecturas varias: artículos de A. Machado, dos capítulos del libro de Pablo María de la Cruz, que me han sugerido halagüeñas ideas tocantes a la fe y la caridad. Casi la mitad de la "Primacía de lo espiritual". Poesías modernas. Ideas bullentes. Borbotones de pensamientos. Pero en unidad: torrente cogitativo. Fecundidad. No, en verdad no es cabeza, no es fertilidad, no es deseo ni voluntad lo que falta. Es nada más -y nada menos- tiempo. Por eso brota tan espontánea y vivaz la comprensión de la humillación, del anonadamiento del Verbo que tomó forma de siervo: servidor de Yavé, servidor de los hombres, sujeto, humillado, a la servidumbre del tiempo...

Abandono, como un corredor rendido en la carrera. Dispuesto queda todo, para iniciar el menester en cuanto logre levantarme. Voy a cambiar la

folia, voy a preparar el café... Pero ¿podrán bastarme 3 horas para el cansancio del día?.

### **Día 8 de Noviembre**

Y sí. Las 2,50 cuando reanudo mi tarea de escoliasta. Dos horas largas de sueño, más bien agitado, ya que el nescafé, si no me robusteció lo bastante para el quehacer, me privó un tanto de la gana de dormir. Pero al fin, aquí estoy ante las Tusculanas, con 5 horas y media para mí.

El sentido del cuerpo. Cicerón reprueba la jactancia de Aquiles, triunfador de Héctor, en una obra de Ennio:

He visto que yo Héctor veía mis padecimientos  
pasados: cómo era arrastrado crudelísimamente  
por una cuádriga

Y comenta: "a qué Héctor te refieres? Accio y alguna vez el sabio Aquiles dijeron:

Ciertamente he devuelto a Príamo el cuerpo, a Héctor  
Me lo he llevado.

No has arrastrado pues a Héctor, sino su cuerpo, el que había  
Sido de Héctor".

Verdad que no dista mucho de la expresión del poeta cristiano, y nada menos que de la categoría poética y cristiana de Fray Luis de León:

Aquí yacen de Carlos los despojos.

La parte principal volóse al cielo.

Mas con todo, se reconoce que esos despojos son una parte de Carlos, puesto que al cielo ha volado la parte principal. En todo caso, la Iglesia ha requerido siempre respeto al cadáver; precisamente porque no es un mero receptáculo externo, sino un elemento de la persona. Mas tal gesto, demandante de medida, expresa la fe en la resurrección, y más aún, como raíz, la fe en la Resurrección, y en el Resucitado Resucitador.

No obstante, Cicerón recomienda guardar las fórmulas de veneración, usuales socialmente, a los cadáveres, con tal de que se ejerzan con lúcida conciencia de su insensibilidad.

"En cambio, al acabarse la vida ésta puede buscar consuelo en sus propios logros y merecimientos y entonces la muerte se enfrenta ciertamente con un ánimo muy sereno" (109) "Aunque se haya ido la sensibilidad, sin embargo los muertos no carecen de sus propios e inalienables bienes, los que dan honor y gloria, y esto aunque no puedan sentirlo. Porque aunque esa gloria nada tiene en sí misma para ser deseada y apetecida, sin embargo ella sigue a la virtud como su sombra " (109). Y en el 110 desarrolla pulcramente la idea: destruidos serán un día, los lugares en que ejecutaron los valientes sus hazañas, o los sabios; permanecerá todavía el recuerdo del sabio y del

valiente. Buena es la idea, pero inconsecuente. Pues si el difunto no puede carecer de nada, tampoco puede de nada gozar. La gloria posterior no pertenece a nadie. Aquí, como en otros muchos casos, se observa cómo un cierto sentido primordial perdura, tras la pérdida de la idea base.

Dos secuelas de tales consideraciones: aun en la prosperidad prefiere el sabio morir: más dura es la segura pérdida de sus bienes, que jocunda la posesión. El dolor por la muerte de los amigos debe moderarse, de lo contrario, muestra es de egoísmo más que de amor. Si es que en verdad creemos que son felices, o no son (111).

Fruto de las consideraciones de Cicerón, la frase de Bruto: "La parte inicial de tu discurso hacía que yo deseara la muerte; la última parte hacía que o bien no la rechazara o, al menos, su consideración no me hiciera sufrir. De todos modos se ha conseguido con todo el discurso que yo no considere la muerte entre los males" (112).

Ignoro, claro está, si era tal ordinario fruto de parejas meditaciones, en los ánimos del vulgo romano. Más bien creo que no, según las observaciones de San Justino, acerca del fracaso de los filósofos. En todo caso, pienso que nuestras meditaciones relativas al asunto son poderosas, por la divina gracia, a convertir en gratitud y gozo, la pavorosa imaginación de la muerte. Y eso porque, como digo tantas veces, Cristo la ha tocado al pasar:

mil gracias derramando  
pasó por estos sotos con presura,  
y yéndolos mirando  
con sola su figura  
vestidos los dejó de su hermosura.

Que no son tan sólo sotos de terrena pulcritud, sino los que en la terrenal estimación habrían de considerarse tremendas selvas, bosques espantosos.

Tal la muerte. Tal el dolor. Tal la humillación... Y esto patentiza, más todavía, la inimaginable grandeza de Cristo. Cristo decorador, el que lo viste todo de decoro; mejor aún, el que convierte las cosas en decorosas, sería un justo y pulquérrimo título, si el vocablo no despertase, de inmediato, la idea de una belleza nimia y cominera; mejor dicho, de un hombre dedicado a afear deliberadamente un aposento, según las leyes de la moda.

Encomio de la muerte. Leyendas y citas de poetas, en que los dioses manifiestan su juicio; la muerte es preferible, la muerte es en sí un bien:

Eurípides: "Nos parecía bien que en las reuniones celebrativas de alguien que había sido llevado a la luz, la familia lamentara las diversas desgracias de la vida recordada; igualmente que los amigos acompañaran con sus cantos alegres al que ya ha acabado, con la muerte, sus duras penas"

Esta conversación, como las que proyectan para los días siguientes, versa sobre "esta y esa otra filosofía que considera principalmente el alivio de la enfermedad, de los temores y pasiones como el fruto más ubérrimo de toda filosofía".

Así se describe la tendencia filosófica de Cicerón, utilitarista en un cierto aspecto superior: no tan sólo traza normas de conductas -y también las traza- sino que penetra más profundamente, procurando formar al hombre interior en una armonía de facultades y funciones que asegure su paz.

Y como respuesta a una cuestión que yo acabo de anotar, la frase un tanto desilusionada del conversante: "Aunque las cosas son así, sin embargo haría falta una elocuencia sublime, como una arenga desde una elevada tribuna, para conseguir que los hombres o comenzaran a desear la muerte o dejaran de temerla racionalmente" (117).

Y finalmente, nueva alusión religiosa, que cimenta todo el optimismo de su concepción en el amor, digamos la benevolencia, de los dioses: "No hemos sido plantados ni creados al azar, sino que hubo seguramente una cierta energía que favorece al género humano, y no permite ni el apurar hasta el fin los sufrimientos ni el llegar a la muerte como eterno mal: consideremos a la muerte más bien como un puerto y un refugio que ha sido dispuesto para nosotros" Y tal fuerza no es otra realidad que la madre naturaleza, o los dioses inmortales. Una vez más, columbramos la superlativa maravilla de la revelación, que toma la alternativa buena del dilema vislumbrado por la razón natural, y nos lo muestra infinitamente alzado y en perfecta seguridad. (118)

## **Día 21 de Octubre `67 (Estudios)**

Cercanía de la muerte. También el joven anda cerca de ella; y esta respuesta es muy acertada. Mas el viejo no puede menos de tenerla a un paso, y el joven puede esperar vivir largamente: necia esperanza, la esperanza de lo incierto. Esta respuesta, verdadera y todo, no es la principal, ni destruye completamente la dificultad opuesta. Pero Cicerón ahonda más, y responde: "¡miserable de aquel viejo que, en el tiempo de su larga vida, no ha conocido que es despreciable la muerte!". Con la cual se coloca, sin más, fuera de los tiros del objetante, ya que el viejo que teme la muerte no es, sino el que ha vivido mal sus anteriores edades.

Lo curioso es la contestación dilemática: o nada espera, o espera la dicha. Y se consagra a probar la inmortalidad del alma. Curioso, por el desenfadado descarte de la tercera posibilidad: la inmortalidad dolorosa. Cicerón aporta el pertinente discurso de Sócrates, de idéntico tenor.

"A mí nada me parece duradero que haya de tener algún fin, porque cuando éste llega, aquello que ha pasado se desvaneció, y ya sólo nos queda lo que con la virtud y buenas obras hayamos alcanzado. Se pasan las horas, los días, los meses y los años, y el tiempo pasado nunca vuelve, ni se sabe el que vendrá". Añejo tema, que ése sí, perdurará mientras medite el hombre. Cicerón condena el suicidio; el hombre ha de caer en la muerte, como cae la fruta madura del árbol. La muerte es, para el mismo Catón, cual arribada de larga navegación. Y luego, las buenas obras granjean inmortalidad; pero Cicerón difiere -o es simplemente que se explica más- de otros autores ya leídos, en que basa este deseo de gloria en la inmortalidad real; el justo, el sabio, gozará de la fama entre los hombres de la tierra, pero gozará realmente, puesto que él, desde ignorado lugar, la conocerá. Y es forzoso pensar esto frecuentemente, pues sólo con tal condición se puede gozar de sosiego en la vida, ya que, de lo contrario, nos amenaza inminente, a cada paso, la posibilidad de la muerte temida. Y por lo mismo, ya en la tierra, gozamos en esperanza la compañía de los grandes que antes fueron, ni nos desconsolamos desmesuradamente por la marcha prematura de los amados: sabemos que no muy largo trecho de tiempo nos aleja de ellos.

Son todos, como se comprende, pensamientos muy fáciles de elevar. Es la llegada al confín del natural razonamiento, apoyado por el deseo, por la necesidad de perpetuidad. Conforme a lo que sentía -aunque lo expresara malamente- el Unamuno que sentía con menos terror la posibilidad del sufrimiento infernal, que la aniquilación. "Y si yerro en pensar que las almas de los hombres son inmortales, yerro con toda mi voluntad, y no quiero que me saquen de este error mientras vivo, porque en él me gozo". Estamos muy distanciados del Lucrecio que afirma, machaconamente, que la creencia en los dioses nace del temor y la ignorancia. Estamos en un terreno que puede sin más iluminarse, mostrando el panorama mucho más bello de lo que el pagano piensa; pero incluyendo cuanto piensa y confirmándolo. Rompiendo en mil fragmentos inencontrables la sombra de la duda, que al prudente Catón le hace citar todavía la opinión de los que dicen que tras de la muerte no hay ya sentido. Y que apoya sus juicios acerca de la inmortalidad en el ansia de gloria de los buenos, y en los divinos orígenes del alma, que, de no ser celeste, no podría conocer tantas cosas con tanta rapidez. Hay, sin insistencia mayor, un cierto concepto condenatorio del cuerpo como cárcel. Pese a su aprobación de ciertos sanos deleites físicos.

En las líneas escritas ha habido un intermedio lírico, en el cual he leído algunas poesías de Alfonsina Storni. Son poemas imperfectos, con esa desafortada facundia que, con raras excepciones, caracteriza a nuestros hermanos de hispanoamérica, y que me resulta tan antipática. Recuerdo una frase de no sé que autor de aquellas tierras, citada por Jorge Mencías en una

charla, hace tantos años, pero que no he olvidado nunca: "El fárrago, el fárrago es lo que nos mata". Los versos de la Storni, con un poco más de pulimento, podrían haber constituido poemas magistrales. Como decía Julián Pemartín en un también antiguo -todavía más antiguo- artículo en Acción Española, comentando la poesía "moderna" -moderna en el año 35- "¿En el umbral de la poesía?", se titulaba, si mal no recuerdo, escribir un buen verso es fácil; lo difícil es agregar otro y otro después, también buenos, y en consonancia con el primero. Alfonsina Storni, por la breve muestra que he conocido, abunda en ideas poéticas, hondas, beneficiables, y en buenos versos, definitivos. Y la cito aquí, no sólo porque acabo de leerla, sino porque, suicida a los cuarenta y tantos años, ha dejado hermosas expresiones sobre la muerte:

"la vida, al fin de cuentas, se mide por la muerte"  
"Que el arte de morir es cosa dura;  
se ensaya mucho y no se aprende bien".  
El ansia de liberarse de esta  
"cárcel de los sentidos que las cosas me han dado"  
la sensación:  
"que todo a medias se te dio en la vida."

Tiene, por otra parte, vivaz y acertadamente dicha ansia de entrega. Aquí no puedo transcribir, pues habría de copiar demasiado. Pero vaya al menos a copiar alguna estrofa del poema "Me atreveré a besarte":

Mírame aquí a tu lado: tirada dulcemente  
Soy un lirio caído al pie de una montaña.  
Mírame aquí a tu lado... esa luz que me baña  
Me viene de tus ojos como de un sol naciente.

Acoge mi pedido, oye mi voz sumisa.  
Vuélvete a donde quedo, postrada y sin aliento,  
Celosa de tus penas, esclava de tu risa,  
Sombra de tus anhelos y de tu pensamiento

Acoge este deseo, dame la muerte tuya.  
Tu postrera mirada, tu abandono postrero,  
Dame tu cobardía; para tenerte entero,  
Dame el momento mismo en que todo concluya.

Te miraré a los ojos cuando la muerte abroche  
Tu boca bien amada que no he besado nunca.  
Me atreveré a besarte cuando se haga la noche  
Sobre tu vida trunca.

Y es que, como adivinaba, entre las sombras de las cosas, Cicerón, columbrando la sombra de Dios, el hombre que viene del cielo, que va al cielo, ensaya en fracaso continuo, posturas celestes en la tierra. Y forzosamente persigue esa entrega, esa admiración, que sólo Dios merece, que sólo en Dios se sacia, y que sólo referida inmediatamente a Dios, se convierte otra vez en divina y recae sobre los hombres, no menos apasionada, pero más vigorosa y más apacible.

La mujer necesita admirar, y procura encontrar al Admirable, y como tal lo veían y expresaban los clásicos, el humano se persuade fácilmente de aquello que desea, hallamos de golpe, casi divinizados, a hombres que conocemos deleznable. Pero la mujer ya se contenta con ser, como Alfonsina,

Sombra de tus anhelos y de tu pensamiento.

Y es que, en rigor, tenemos ya en nosotros, viva, inapagable, la sensación de ser eso, sombra de un anhelo y de un pensamiento. Sólo que en la realidad se trata del Amor y el Verbo divino; más claro, más personal y directamente dicho: somos sombras del Hijo y del Espíritu Santo. Y por serlo precisamente de ellos, sombras vivientes, luminosas sombras. Y entonces saciamos -creemos que saciamos- luego tenemos que decir:

que todo a medias se te dio en la vida.

Así, en un momento, la mujer piensa haber encontrado aquel anhelo, aquel pensamiento cuya sombra es, y se da, se da plenamente, sintiéndose encontrada consigo misma, con su real naturaleza de sombra... Hasta que un día descubre el engaño, se desarreboza la verdadera personalidad, no menos sombría, del amado, y se precipitan ambos en la tremenda oscuridad de la desesperación. Claro, no todas las desesperaciones son como la de Alfonsina. No todas conducen a la amplísima acogida definitiva del mar. Hay desesperaciones disimuladas, en las cotidianas pequeñas discusiones, y desesperaciones disfrazadas en nuevos amores, y desesperaciones arrebozadas en cines, televisiones, teatros, novelas, apostolados, ciencias... Pero la verdad, la terrible verdad, es que las gentes están poseídas por el demonio de la desesperación, y que los que por la misericordia de Dios no se suicidan, viven suicidándose poco a poco. Lo que presenciamos es el lento y disfrazado suicidio de la personalidad humana, que puede suicidarse cantándose a sí misma, y ésta es forma de morir muy actual.

## EL TRIUNFO DE CRISTO: LA VIDA

**Día 30 de Enero `84**

Oración de 6,15 a 8,15. Tomo lo primero el librito de Mollat. Sentido de la «realidad». El Verbo no solamente «está en el seno del Padre», sino «vuelto hacia el Padre». Por ello todas sus acciones son revelación del Padre, y cuando actúa, su operación no es autónoma, sino que se desarrolla desde, en y hacia el Padre. Por eso «no puede» hacer nada que no haya visto hacer al Padre...

El hombre, «engendrado, como creatura, y de hecho como hijo» en el Hijo, en el Verbo, no tiene tampoco otra realidad. Propiamente tampoco puede hacer nada que no haya visto hacer al Padre, por más que su «visión», su haber visto, sea «infinitamente» defectuoso... Pero siendo «imagen» de Dios, todo lo que no hace a su imagen, es no hacer. Es apacentarse de viento, es «soñar» -pero aquí la dosis de realidad es menor- pues en lo que llamamos sueño, precisamente lo que se realiza (al menos puede realizarse) es la operación con su crecimiento en la facultad operante, y en la «aparente» realización, en la construcción de artefactos «tangibles» es la misma operación interior la deformada, y por ello el artefacto es inexistente como tal.

Confirmación por la palabra verdadero (auténtico, genuino) que Jesús se aplica a sí mismo en las «semejanzas». «Estos símbolos, aplicados a Jesús, corresponden a los anhelos más esenciales del hombre y a las divinidades que éste ha inventado, como nos enseña la historia de las religiones, para pedirles que le satisfagan: la luz, la fuente de agua viva, el pan, el pastor, la vid, el camino, la propia vida. Jesús es aquel en quien se revela el sentido de estas realidades para los hombres, y las propone con verdad; todo aquel que, fuera de él, dice que lo es, o no lo es, sino de manera deficiente, o no salva al hombre de su angustia existencial». (p.30).

Esto nos lleva a la visión de la realidad humana: un ser personal, en Cristo, en el Padre, hacia el Padre, que se va construyendo por la acción del Padre -de Cristo, del Espíritu- en actividad que mana del Padre hacia él mismo... Y cuando no es así, no es nada. Ello es coherente, lo mismo con esta noción de la Verdad y de la Vida, como la exposición del no ser del mundo (pecado, tiniebla, carne, abajo...) y de la necesidad de redención... (Notar la vigencia fortísima y extensísima de la tendencia a la muerte, a la nada, en la «civilización» actual: negación intelectual, suicidio, admisión del no sentido -de la ausencia de sentido- de los fenómenos, inestabilidad, accidentalidad de las operaciones y los artefactos...)

La presencia de Cristo, que evoca el Yo soy de Yavé, en las épocas de mayor desconcierto de la historia de Israel, es una intervención divina de importancia decisiva, para los destinos de la humanidad...

Y naturalmente, para los míos... Esta presencia permanente eucarística...

El amor a la Vida: Cristo es Vida, y por ello, sin que pueda ser de otra manera, su presencia se orienta a la comunicación de la Vida: es vivificante; y de lo contrario, es que no ha sido captada como presencia de Jesús. En su aspecto «liberador», Cristo realiza un exorcismo, que incluye esencialmente, aun de antemano, la presencia de su muerte: «y ahora el príncipe de este mundo va a ser lanzado fuera». El ahora es el momento de la muerte, la hora de su muerte...

Aplicación de todo ello a mi realidad personal...

## INDICE

Muerte y santidad.....	5
Consumación de la personalidad.....	5
Santificación.....	12
Somos eternos.....	18
En cuerpo y alma.....	19
Vivir muriendo.....	23
Meditaciones sobre la muerte.....	23
Abnegación.....	30
Vivir la propia muerte.....	39
La muerte y la Vida.....	44
Triunfo sobre la muerte.....	48
Vivir la Hora de Cristo.....	50
“Que todos se salven”.....	55
El purgatorio.....	57
Infierno.....	61
El temor a la muerte.....	65
Relación con los salvados.....	68
Intercesión.....	72
Vida eterna.....	76
Los ángeles.....	80
Paganismo y novedad cristiana.....	82
El triunfo de Cristo: la Vida.....	90

